

Cenizas de Izalco

Biblioteca Básica de Literatura Salvadoreña
Volumen 18

Cecilia Gallardo de Cano
Ministra de Educación

Abigaíl Castro de Pérez
Vice-Ministra de Educación

Roberto Galicia
Presidente de CONCULTURA

Primera edición, Seix Barral, Barcelona, 1967
Cuarta edición
Dirección de Publicaciones e Impresos
Consejo Nacional para la Cultura y el Arte
CONCULTURA, San Salvador, 1997

Ilustración de portada: *Elena Alvarado Oh*
Diseño de portada: *Mirella Antonacci*

Dirección de Publicaciones e Impresos
17 Avenida Sur No. 430
San Salvador, El Salvador
Teléfonos: (503) 271-1806
(503) 222-0665
(503) 222-9152
Tel/Fax: (503) 271-1071

Claribel Alegría
Darwin Flakoll

Cenizas de Izalco

Presentación por
Julio Valle-Castillo





Presentación

Además de sus valores intrínsecos, que la acreditan como un clásico centroamericano, Cenizas de Izalco, *novela de la salvadoreña Claribel Alegría (1924) y del estadounidense Darwin J. Flakoll (1923-1995), tiene una historia familiar, más bien de relaciones literarias, reveladora de la historia personal del boom, que bien vale recordarse ahora que aparece esta edición masiva en El Salvador. Nuestras obras, precisamente por centroamericanas, suelen verse de soslayo en los centros metropolitanos de irradiación cultural, cuando no las diluyen las mezquindades de la propia patria chica o grande. Aunque éste no es el caso, pues* Cenizas de Izalco *ya ha sido estudiada y exaltada por la crítica hispanoamericana, europea y norteamericana, multieditada en español (1966,1977,1982) y traducida en inglés (1989).*

Concebida en el tránsito de la década del cincuenta al sesenta, al calor de las transformaciones sociales y políticas del Caribe, que relanzaban en el mundo la problemática de América Latina, fue redactada en Francia entre 1962 y 1963 y quedó como finalista en 1964 del Premio Biblioteca Breve de Seix Barral —la editorial por excelencia del boom— y apareció en Barcelona dos años más tarde, en 1966, en las vísperas de Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez. Durante la etapa de redacción, Carlos Fuentes había sido uno de los principales impulsores de Cenizas de Izalco, *según nos han referido sus autores. Y ya concluida, Julio Cortázar fue acaso no sólo su primer lector sino su comentarista más entusiasta. De ahí que podamos afirmar que* Cenizas de Izalco *es en cierto sentido una obra colectiva y con otra exclusividad en el contexto: está firmada por la persona literaria que integran dos escritores distintos, que asimismo fueron esposos y que hasta llegaron a suscribir con un único nombre: CLARIBUD. Vale resaltar también que en esta doble autoría, una es de mujer, con conciencia, voluntad y temática femenina, lo que*

no fue común dentro del boom, marcado por un signo decididamente masculino. Novela escrita, animada y valorada por aquel núcleo cordial de latinoamericanos exiliados voluntaria u obligatoriamente en París, la virtual capital de nuestras letras desde el Modernismo de finales del siglo pasado.

Así que Cenizas de Izalco *deberá de localizarse como la única novela centroamericana del boom, aportadora a esta revolución y generación narrativa, que dispensó a la literatura hispanoamericana volver a colocarse en el centro del idioma español. Interiorizando el contexto centroamericano, vale tener presente para establecer la correspondencia que los sesenta son los años de auge de nuestra narrativa periférica o marginal:: reconocimientos como el Premio Nobel a Miguel Angel Asturias, 1967; nuevos textos verdaderamente nuevos, experimentales, inventivos, novelas, fábulas y cuentos breves, maravillosos, terroríficos y urbanos, y nuevos autores como los guatemaltecos Augusto Monterroso, Alfredo Arango y Lionel Méndez Dávila, los hondureños Oscar Acosta, Marcos Carias, Eduardo Bahr y Julio Escoto, los nicaragüenses Juan Aburto, Fernando Silva, Mario Cajina Vega, Lizandro Chávez Alfaro, Rosario Aguilar y Sergio Ramírez, más salvadoreños como Manlio Argueta, José Roberto Cea, José Napoleón Rodríguez Ruiz, Roque Dalton y los costarricenses José León Sánchez y Samuel Rowinski. Es el igualmente narrador salvadoreño Alvaro Menen Desleal quien en 1971 afirma: "La novela [salvadoreña] está todavía en influencias norteamericanas, hispanoamericanas y europeas, aprovechando la tradición nacional y trascendiendo las inveteradas limitaciones para concretarse en verdaderos logros. Desde su argumento, la novela subvierte con la aparición, muy a lo Borges, de un texto o diario no se sabe si es apócrifo o auténtico y, a partir de él, subvierte el contexto familiar, que equivale al honor nacional dejando al descubierto pecados veniales y mortales y masacres sociales. Resulta que Carmen Rojas Valdés, una muchacha salvadoreña burguesa, educada en Estados Sociales e irremediablemente casado con Paul, el "perfecto organization man" ha retornado a Santa Ana a las exequias de su madre, de quien recibió por medio de una tía, quizá como única herencia, un secreto muy bien guardado, un diario íntimo y unas cuantas cartas, "gastadas de tanto manosearlas, de tanto ser releídas". Por su lectura, Carmen descubre que el autor de aquel diario es Frank Wolff, un norteamericano borracho, escritor o investigador de las culturas indígenas o del ambiente centroamericano, con que su madre, doña Isabel Valdés, le fue temporalmente infiel a su padre, el médico nicaragüense, Alfonso Rojas. A través*

del diario se revive la matanza de campesinos por el general Martínez y la erupción del Izalco, cuyas cenizas como la palada de tierra caen sobre el ataúd de la difunta, y forman un túmulo inquietante, con el que la narradora-protagonista se aproxima y separa, rechazo y adopción, juegos de espejos, reconocimientos y negaciones.

Novela breve. Escritura coloquial, conversacional, distante de la oralidad costumbrista, donde, sin embargo, el habla y el léxico salvadoreño se emplean con la certidumbre y la naturalidad de quien domina su lengua y expresa con su lengua, sin reservas academicistas ni aliños regionalistas, su identidad. Es el escritor hispanoamericano con convicción de hispanoamericano. Su relato no es lineal; tiempo y espacio se trastuecan, se entrecruzan y se rompen. la trama se desarrolla en los años treinta y se descubre en los años sesenta. Dos tiempos del personaje femenino-narrador; uno infantil y otro ya adulto que se encuadra en el duelo reciente de la madre en los sesenta. Espacios, que a su vez son muchos otros escenarios: Santa Ana, San Salvador, América Central, México, Estados Unidos y Francia, particularmente un París múltiple y legítimo en nuestra narrativa, a través de la vivencia de la propia narradora y de la de su abuelo, de su padre, de Frank Wolff y hasta el París ideal de su madre. Carmen es Isabel, Isabel sobrevive en Carmen; ambos personajes se funden y confunden.

El monólogo interior alterna con el diario y las epístolas o cartas, que a su vez, interviene, interrumpe, comenta y complementa, tejiendo y destejiendo la trama y generando un discurso polifónico: la voz femenina, poética y evocadora de la narradora, Carmen, la voz masculina, extranjera y diferenciada de Frank Wolff, la voz de doña Isabel, incluso, sus silencios y los rumores, los pregones y el murmullo de voces anónimas o apenas nominadas como María, María Luisa, la Cata, Hilda. La prosa epistolar y la del diario íntimo, que acentúan su tono confesional y su diferencia con la narración o monólogo interior, revelan de inmediato el aprovechamiento, después de la aclimatación, de autores como el español Juan Valera (Pepita Jiménez) *y André Gide* (Diario, La escuela de las mujeres), *que estuvieron muy al uso en la época formativa de ambos novelistas.*

Decididamente moderna, es una novela contradictoria, anti-provincia y anti-provinciana sobre una provincia raigal. Santa Ana es una "tela de araña polvorienta", una la misma política, como el doctor Rojas y mujeres burguesas grises que se inmolan en la maternidad, la domesticidad y el aburrimiento, como doña Isabel de Rojas.

No es una novela que responda a la crítica y denuncia de la injusticia social del naturalismo, que era evidente en la narrativa anterior; si aborda la matanza de campesinos levantados en armas por el General Martínez es sólo como marco inevitable de la historia de amor o terrible evocación infantil, distante en el tiempo, pero no menos real y brutal. La masa campesina —que me evoca los grabados en blanco y negro o la aguada de José Clemente Orozco— se desplaza en una gesta inverosímil propia del realismo naturalista e, incluso, del realismo mágico que irrumpiría casi de inmediato. Tampoco es una novela de la naturaleza, aunque está presente un paisaje formidable, el clima, el ambiente pueblerino, patios, mercados, un volcán, colados de magma y columnas de fuego, estruendos y lluvias de cenizas, sino una novela de interiores, de develaciones y confesiones, de indagaciones en la memoria, de reflexiones subjetivas y a su vez políticas, que pueden leerse como símbolos o reflejos de la realidad que se vivía entonces en El Salvador. Novela donde todo el paisaje son los personajes: las crisis, la desadaptación, la frustración. Vidas de "amarguras estólidas y pública resignación" en el sucesivo desamaigo de Carmen, en la frustración vital de Isabel Valdés de Rojas, en la desadaptación de Frank Wolff, en el exilio del doctor Alfonso Rojas y en el fracaso del movimiento campesino.

"En efecto, la novela no se centra —como afirma el crítico portorriqueño Ramón Luis Acevedo— en la descripción objetiva y externa de la situación social, sino en la vida interior de los personajes principales —un viajero norteamericano y una dama salvadoreña de Santa Ana— y sus conflictos íntimos. Como telón de fondo está su visión socialmente distanciada del mundo campesino y provinciano que, sin embargo, en buena medida determina los conflictos íntimos, sobre todo en el caso de la protagonista. De ahí que la novela plantea un acercamiento distinto a la realidad salvadoreña y una concepción de la novela que la separa de la narrativa criollista anterior. A este interés en la interiodad responde la trama y la peculiar técnica narrativa que utilizan Flakoll y Alegría".

La crítica, especialmente la que hoy se llama género, ha hecho énfasis en la autoridad de Claribel Alegría, señalando que sus obras personales y colectivas tienen efectivamente en Cenizas de Izalco *muchos puntos de partida temáticos y formales. La norteamericana Nancy Saporta Sternbach escribe: "la novela contiene todos los elementos de los que más tarde se hallará en toda la obra de Alegría; el despertar político y sexual de una mujer; la condenación de regímenes represivos, sean de América Latina o Norteamérica; el uso de documentos familiares como*

medio de efectuar el despertar de conciencia: el modo epistolar: la presencia insistente de la muerte y su significado: la memoria, sobre todo la memoria femenina, para reconstruir su historia personal y nacional y así dejar un testimonio —todo eso desde una óptica feminista".

Pero no se puede ni se debe ignorar que esta novela también es obra de Darwin J. Flakoll, y no por un prurito machista, sino porque se trata de un concierto a cuatro manos, de decir, de una estructura verbal, de una labor compositiva y de una visión, visión masculina y de norteamericano sobre sí mismo y la protagonista, sobre su psicología y la realidad de Centroamérica, en la cual se cifra la dinámica de la acción. Es posible que Cenizas de Izalco *documente asimismo la toma de conciencia política y perspectiva latinoamericanista de Flakoll. No es descabellado suponer que la carta y el diario sean la parte que corresponde a Flakoll en el discurso narrativo. Aun más, Claribel Alegría y Darwin J. Flakoll, ellos mismos, autores, parecieran personajes salidos de sus propias paginas, de su misma trama. Parecen como inventados por su novela, más que autobiográficamente proyectos.*

Claribel Alegría, nacida en Estelí de Nicargua e hija, en efecto, de un médico nacionalista, fue trasladada por sus padres desde muy pequeña a Santa Ana. Clara Isabel, que así es su nombre, en verdad, creció con una madre refinada y culta, lectora de la mejor literatura francesa y española, como Carmen. Claribel, como Carmen, tambien se formó en universidades norteamericanas y fue poetisa precoz. La escritora, alentada por Juan Ramón Jiménez y Alfonso Reyes, en su instante germinal, ha publicado los siguientes poemarios: Anillo de silencio *(1948),* Virgilias *(1953),* Acuario *(1955),* Huésped de mi tiempo *(1961),* Vía única *(1965), Aprendizaje (1970),* Pagaré a cobrar y otros poemas *(1973),* Sobrevivo *(1978),* Tres poemas *(1978),* Suma y sigue *(1981),* Flores del volcán *(1982),* Poesía viva *(1983) y* Umbrales *(1996). Obra suyas narrativas son asimismo* Tres Cuentos *(1958),* Album familiar *(1982),* Pueblo de Dios y de Mandinga *(1985),* Despierta, mi bien, despierta *(1986) y* Luisa en el país de la realidad *(1987).*

Flakoll, nacido en Dakota del Sur, y educado en California, sirvió durante la Segunda Guerra Mundial como oficial de la marina a bordo de barcos destructores. Después fue corresponsal en Washington, D.C., de varios periodicos del Oeste de Estados Unidos y cursó una maestría en historia en la Universidad de George Washington, donde conoció y casó con Claribel Alegria. Desde entonces a Flakoll se le invirtio la vision y la historia porque comenzó a dejar de ser gringo, que siempre lo fue, para

latinoamericanizarse, que hasta lo alcanzó, dándose en plenitud. Viajero por Europa y América, bien podría tenerse como Paul, esposo de Carmen, o como Frank Wolff, porque mucho de la obra de Flakoll constituye ese material testimonial, que levantó y tradujo a su vez, antropológico, político y periodístico que aquel quiso para elaborar su futura novela sobre Centroamérica. Baste leer estas obras suscritas con Claribel Alegría, La encrucijada salvadoreña *(1980),* Nicaragua: la revolución sandinista; una crónica política, 1855-1979 *(1982),* No me agarran viva: La mujer salvadoreña en la lucha *(1983),* Para romper el silencio *(1984). Y máxime su libro de cuentos publicado póstumamente bajo el título,* Lobo de Mar *(1996), que lo ratifica como un magnífico narrador moderno e ilumina su presencia escritural en la factura de la novela.*

Cenizas de Izalco, *amén de las cenizas de otro volcán centroamericano, son las cenizas de los muertos y de los vivos, cenizas de una familia, cenizas de una insurrección campesina, cenizas de la memoria, cenizas de un amor prohibido y efímero, cenizas de una pasión. Erupción-Revolución-Subversión o Liberación de una mujer, términos encadenados, situaciones explosivas todas que a través de las páginas de esta novela revientan, en verdad, para crear una estructura verbal, un lenguaje nuevo y complejo. Cenizas, es verdad, pero con sentido, siempre candentes, por lo que de amor tienen segun el epígrafe de Quevedo y por lo que cubren y descubren de una de tantas historias centroamericanas de la primera mitad de este siglo XX.*

JULIO VALLE-CASTILLO

Managua, 12 de mayo de 1997.



A nuestros padres

Serán ceniza, mas tendrá sentido:
polvo serán, mas polvo enamorado.
FRANCISCO DE QUEVEDO



1

Unos contra otros chocan los platos en la cocina. María murmura, refunfuña en un interminable soliloquio. Se ha encogido papá. Indefenso, viejo, duerme en la pieza medio oscura. Qué rico estar descalza: los mosaicos color de chocolate me refrescan los pies. Los arcos del corredor pintados de cal, rodean el jardín como una tropa de elefantes de circo, juntando colas con trompas. La veranera chillona, la delgada fila de rosales, la pila del centro donde tantas veces Alfredo y yo chapoteamos persiguiéndonos a gritos. El jazmín, el árbol de papaya, la araucaria, la hiedra en los tapiales. Qué calor el que hace. Las hojas no se mueven. Brota un colibrí, se suspende, se lanza hacia otra flor, hacia otra corola dorada; se mezcla con el follaje, desaparece zumbando sobre las tejas. Está pesado el aire, se me pega a la piel como una toalla húmeda. Aire de temblor, diría Paul. A lo mejor diez kilómetros al sur, el Izalco se prepara, encoge sus hombros gigantescos como aquella vez cuando yo tenía siete años. Frank lo menciona en su diario. La nube grasosa y arrugada que salía del cono se encendió rojo vivo con cada retumbo. Al día siguiente no salió el sol. El cielo estaba oscuro, espeso. Flecos de azufre silenciosos y lentos cubrieron las calles, los techos de teja, las hojas de los árboles. La gente caminaba sin hacer ruido, sin hablar, tapándose las narices con pañuelos. No. Estoy nerviosa. El cielo está nublado. De seguro que esta noche vamos a tener un chaparrón.

Debiera estar escribiendo cartas, hay tiempo de sobra. Me quedaré por lo menos un mes. Papá estaría mejor con nosotros, pero no quiere, no quiere dejar su casa, Santa Ana, sus muertos. Ya es de-

masiado viejo; a Paul le empezaría a molestar después de los primeros días, lo conozco. Se pondría silencioso, irritable, comenzaría a tejer con sus dedos nerviosos bolsas de tensión en el aire, y yo tendría que aguantar sus explosiones sordas detrás de las puertas cerradas del dormitorio. Papá seguiría sentado en un sillón sin darse cuenta, esperando que lo sirvan, que lo entretengan, como lo más natural. No, no es posible. Además lo intenté anoche, después de cenar.

—De salir de Santa Ana —me dijo— sería a Nicaragua. Si no, aquí me quedo.

No ve la casa, ni a mí, ni a la gente que viene a visitarlo. Mira a través de las cosas, de las personas, hacia los rincones sombreados, como queriendo sorprender allí, de pie, a la muerte.

El manojo de llaves en mi cinto. Esta mañana hubo un momento de confusión. Me miró olvidando, desplazándose hacia el pasado y yo fui ella y casi hizo un gesto y casi me llamó por su nombre antes de recuperarse. Por un minuto vertiginoso me sentí, sí, soy ella mirando a papá Manuel hace años, después de la muerte de mamá Carmen, palpando su cansancio, su vacío. De pronto el tiempo se reincorporó, volvió a su sendero acostumbrado. Evitamos mirarnos, sentimos vergüenza de que fueran tan frágiles las identidades, tan intercambiables. Me alejé de prisa por el corredor, con las llaves tintineando.

No hay que dejarlo solo. Quizás Alfredo y Ana puedan venirse a vivir con él. No le molestarían los niños; al contrario, le gustaría el alboroto, sus preguntas, la responsabilidad de arreglar sus pleitos.

Uno de estos días voy a llevarlo a caminar al pueblo. No lo hago desde hace años. Quiero subir al cerro, mirar hacia abajo, hacia la tela de araña polvorienta de Santa Ana, extendida sobre el valle, anclada sobre las grandes fincas de café que la rodean. Quiero verla otra vez en las mañanas diáfanas del trópico, después de un aguacero, embozada en el trasfondo verde de El Salvador. Quiero subir al cerro a mediodía, cuando las nubes blancas se hinchan, pasan bajito, casi tocando las casas, acariciando al pueblo somnoliento de gentes que todavía no han aprendido a ir de prisa, ni siquiera a hablar de prisa con el *stacatto* de la metrópoli. Quiero ver de noche la

tela de araña resplandeciente con las luces brillándole en los hilos como gotas de rocío.

Santa Ana es pequeña. Se extiende desde la iglesia de Santa Lucía donde la tosca virgen de piedra ofrece sus ojos —dos huevos fritos en una sartén—, a los vagos del parque de enfrente, hasta la ceiba de raíces nudosas, de tronco de pata de elefante gigantesco, de ramas como árboles horizontales que abrigan a las vendedoras de pupusas de faldas amplias y blusas escotadas. Y va más allá. Se extiende hasta la puerta del cuartel, donde el centinela libra su batalla inmóvil contra el sueño, y el coronel, cogiéndose las manos por detrás, le frunce las cejas a su enemigo sutil: el polvo que se atreve a opacar el brillo de sus botas.

En la otra dirección, Santa Ana se extiende desde el cruce de ferrocarril (Pare, Mire, Oiga), desde el camino que viene de Chalchuapa y lleva carretas de bueyes y gentes descalzas al mercado, hasta la otra punta, donde está el beneficio de café (el más grande del mundo), y las cinco residencias blancas tipo pastel de bodas de don Jaime y de sus hijos.

Hace años que no me detengo a ver el pueblo: los ojos fritos de Santa Lucía, la telaraña resplandeciente desde el cerro. Años que no escucho los gritos de las vendedoras mañaneras, ni los gallos que cantan a deshoras, ni los murmullos detrás de las paredes de pastel a mediodía, ni los perros solitarios que aúllan porque sí, mientras el reloj en el corredor oscuro, melancólicamente repica y se detiene, repica y se detiene, repica.

El mercado esta mañana. María arrastrando los pies detrás de mí, llevando la canasta, me devolvió el mundo familiar y fácil: los rimeros de nances y de dulces, el olor a orines, a sudor, a tamarindo; las iguanas con sus ojos malévolos y rojos, sus lenguas gruesas, sus brazos cortos atados a la espalda. Nada ha cambiado. El mismo ritmo de ballet, la misma gritería, los perros famélicos de colas avergonzadas y costillas como teclas de marimba, los niños panzones y descalzos que se esquivan como peces en el polvo, el tasajo colgando, las gallinas amarradas por las patas revolviéndose en los canastos, las llagas abiertas de los mendigos que esperan limosnas y la muerte junto a los muros largos tatuados de mugre, de escupidas, de sudor.

—Niña Carmencita, lo siento mucho —y siguió pesando papas y platitudes.

Qué extraño que me reconozcan, que me recuerden, que siga siendo la niña Carmencita. Seguimos caminando, abriéndonos paso por entre la multitud.

—María, tenemos que comprar yuca. Hace años que no como yuca con chicharrones.

Perdón, mamá. Que Dios la tenga en su gloria. Qué tonta soy. Supersticiones. Las monjas se deslizan por los fríos corredores de La Asunción. Las clases de catecismo, la capilla, el padre Antonio encorvado sobre el púlpito, la luz enredada a sus gafas. Mira hacia abajo, me mira a mí, a mi alma, con los ojos redondos y vacíos. ¡Mamá! Dura y helada en la sombra. ¡Putrefacción, gusanos! Y la Cucarachita Mandinga la gime y la llora. ¡Basta!

El retrato de Neto.

—Isabel, ¿dónde pusiste mi prendedor?

—No lo he visto, viejo. De seguro que en uno de tus trajes.

Confusión, sirvientas escurriéndose, revolviendo los muebles, toda la casa en desorden. La cara de papá roja, las venas hinchadas. El nunca se equivoca: no pudo haberlo perdido. Alguien lo escondió por amolar.

—¿A cómo están los tomates?

—Niña Carmen cuánto siento lo de su mamaíta. Yo no lo podía creer cuando lo supe.

—Gracias. Dos libras por favor.

—La Cata la sabía traer cuando era chiquita. Ya no se acuerda, ¿verdá? Tan buena su mamá, tan amable con todos, no como esas señoras encopetadas. Y toda la caridá qu'hizo sin alharaca. Que Dios la tenga en su gloria. Aquí tiene, mire. Le escogí los mejores. Cincuenta centavos para usté.

Y dos días después la Cata llegó a casa con el prendedor.

—¡Qué suerte, doctor! La Hilda, ¿se acuerda?, la que hace turnio, lo encontró ayer en el mercado. Hoy me paró y me dijo: "Este es el hijo del doctor, ¿verdá?" Yo me puse bien contenta y le dije que sí, quionde lo había encontrado. "Ayer de casualidá," me dijo, "cuando estaba barriendo."

—Ves, Isabel —se ríe papá triunfante— . Sabía que no podía perderlo. Dale las gracias a la Hilda, Cata. Pobre choca. *Decile que venga a mi oficina a la hora de consulta.*

Después del entierro de Neto, mi ataque de apendicitis. Papá me llevó a San Salvador para los rayos X: un camino largo, doloroso, yo recostada en el asiento de atrás con una bolsa de hielo sobre el vientre. Al regreso nos detuvimos en la marmolería de don Enrique.

— Me gusta aquél. Póngale: Ernesto Rojas Valdés. Nació en Santa Ana el 10 de octubre de 1930. Murió en Santa Ana el 19 de enero de 1931.

El Ford saltaba por el camino de tierra. Yo allí, tendida, reflexionando sobre el entierro de Neto, le miraba la nuca a papá, pensaba con terror y curiosidad en mi apéndice inflamado: el gusano rojo y colorado que llevaba dentro.

—Ojalá no tenga que volver a comprar mi lápida, papá.

—No seas tonta —me dice y sigue manejando sin hablar. Al llegar a casa me lleva en brazos hasta mi cama, va a llenar la bolsa de hielo, la pone sobre mi vientre y me alborota el pelo.

¿Fue la muerte de Neto? ¿Es posible decir: aquí está, ésta es la piedra que se desprendió y comenzó el alud? Las fechas no significan nada en Santa Ana. Que el sol se levante y se ponga en este pequeño y sofocante escenario no le importa a nadie. Asignarle números y nombres a la monótona alternación de los días es innecesario. En Santa Ana los hechos se recuerdan por su relación con los nacimientos, las muertes, las bodas.

¿Por qué tuvo Neto que morir? Me estremezco, me muevo incómoda en la silla, siempre me pasa lo mismo cuando el porqué de una muerte me confronta. Otra vez en el patio, antes de que Neto nazca, mamá me llama desde su dormitorio.

—Ponte tu vestido blanco, Carmen. Se nos hace tarde.

Nos vamos a pie. Mamá me lleva de la mano.

—No te vayas a impresionar. Ya verás qué linda va a estar Margarita. Toda cubierta de flores y con los ojos cerrados como si estuviera dormida. En realidad la muerte no es más que eso (me sonríe), un sueño profundo.

La casa de Margarita está llena de gente vestida de negro. El aire espeso de murmullos, de olor a azucenas y a cera. Carlitos me ve llegar y se acerca.

—¿Quieres verla?

Mamá me empuja y se va a saludar a la niña Josefina que está en el dormitorio. Hay más gente en la sala, susurrando. Yo sólo a ella la veo tendida allí, con su vestido blanco como el mío, con las manos juntas sobre el pecho, con las velas suspendiéndola en la semioscuridad.

—¿Quieres tocarla? Está helada.

Sus colochos negros resaltan sobre la almohada blanca de *satín. Sus ojos no están cerrados, los tiene medio abiertos. Parece una muñeca de china en su caja de celofán.*

—No le tengas miedo —me dice la niña Leti con voz severa.

Todos en el cuarto me miran.

—Anda, tócala, es un angelito ahora.

Carlitos me empuja hacia la caja, me lleva la mano, me la pone sobre la mejilla de su hermana muerta. Está helada. Helada como el vidrio de la ventana. No puedo hablar, no puedo respirar. Don Carlos y los tíos se acercan. Los tres llevan lentes oscuros. Don Carlos la mira, se inclina a besarle la frente helada y cierra despacio la caja.

No es un sueño profundo, es una cosa helada dentro de un cajón. No estaba linda, tenía los labios morados. Se me aflojan las coyunturas, hay un vacío entre mi pecho y mis piernas. Carlitos me alcanza.

—¿Quieres venir con nosotros al cementerio?

Sacudo la cabeza tan fuerte como puedo.

Doña Josefina aparece entre mamá y otra señora. Grita, extiende los brazos hacia la caja cerrada. Salgo corriendo, abriéndome paso entre la gente. En la calle se apiñan los curiosos para ver salir el entierro. Busco el auto de papá, me escondo en el auto que huele a las azucenas de los muertos, cierro los ojos, los aprieto, los aprieto, los aprieto.

Cuántos recuerdos de mamá. Vestida de negro y con mantilla para ir a un entierro. Con su sombrerito de paja y velo para asistir a una boda, con su traje de dos piezas para los viajes a San Salvador. Después de leer el diario de Frank me siento desorientada, como si

casi no la hubiese conocido. Tengo que ordenar mis memorias, precisar mejor sus rasgos, su carácter, rescatarla del caos. Ahora, sentada aquí, en su silla del patio, rodeada de sus flores, de sus pájaros, quiero revisar lo que me queda de ella. Quizás así pueda borrar esta sensación de que casi me fue desconocida. Entre sus objetos familiares, junto a su maceta de begonia, la siento menos muerta. Me es difícil soportar esto: no solamente su muerte, sino además la repentina sensación de no haberla conocido, de haberla usado como espejo.

Todo los años que viví a su lado y nunca adiviné. Más de alguna leve arruga me habría dado la clave si hubiese sabido mirar. *¡Qué chata fui! Siempre hablándole de mí, de mí. Ella me escuchaba, sonreía, me decía:*

—Sí, hijita, por supuesto —y seguía regando sus plantas al campaneo de las llaves, con el peso de sus memorias que no le asomaba a los ojos cuando yo la miraba.

—Vamos, Carmen —me dice—, la Lola nos espera.

Yo me aburro. No hay libros. Alicia sólo habla de trajes, de fiestas, y con gran orgullo de su grupo, en el que se encuentran las muchachas más ricas de El Salvador. Mamá también se aburre, pero es una manera de evadirse, de huir de Santa Ana.

Las memorias más nítidas que tengo de ella son mientras hace preparativos para escaparse: visitas a San Salvador donde Lola o donde Maruca, escasos viajes a Guatemala o México, con el pretexto de ver a parientes que en realidad no le importan. No esconde su alegría. Mientras empaca se entusiasma, tiene cascabeles en la voz. Papá la mira preocupado, dándole vueltas a su leontina. Cuando regresaba de uno de sus viajes venía cargada de libros: novelas en francés y en inglés, textos de metafísica que abren los misterios Rosa Cruz, libros de poemas. Por las noches, mientras papá tenía la radio a todo volumen escuchando la onda corta con noticias de Nicaragua, ella se sentaba a leer, levantaba una muralla invisible que la separaba de nosotros, de papá, de la casona. Leía sus libros gota a gota, racionándolos, como un náufrago en su tabla. No es que mamá tuviese una necesidad insuperable de viajar, una obsesión de estar siempre en otra parte: no tenía un carácter así. Recordándola me

da la sensación de alguien que llevaba un bulto muy pesado y sólo se libraba de él cuando estaba fuera de casa o escondida entre sus libros. Ese peso no pudo haber sido otro que papá.

Tengo que decirle a la Cata que cuide estas plantas. Se van a secar sin ella. Papá, las plantas, cuántas otras cosas. ¿Qué se secaría si yo desapareciese repentinamente? No nuestras plantas. Paul es el que las riega al llegar de la oficina. ¿Le haré falta? Lo imagino dejando el coche en el garaje, cambiándose de ropa metódicamente, gruñendo palabrotas cuando no encuentra lo que quiere, cuidando sus rosas y sus tomates hasta que oscurece, cenando en silencio mientras Lisa y James parlotean de su día en la escuela.

Frank sintió la tristeza de mamá. Yo, en cambio, nunca me di cuenta. Vivía ensimismada, pensaba en el amor con miedo y curiosidad. A los diecisiete años ya Santa Ana me pesaba, me irritaba su atmósfera gris, la sensación de cárcel que irradiaba de sus adoquines, de sus largas paredes, de su somnolienta y blanda monotonía. ¿Cómo habría reaccionado si me hubiese tocado vivir aquí como ella hasta el final? Hay tan poco que hacer. Mamá ni siquiera iba al mercado, era la Cata. Después del desayuno planear el menú con la cocinera, ver si están brillantes los pisos y los cobertores estirados, regar el patio, arrancar las malezas de las plantas. Un rato para leer o escribir cartas; para sentarse, simplemente, si hace mucho calor. A las once llegan los niños del colegio y el tiempo pasa rápido hasta que se vuelven a ir. Entonces viene la siesta a las tres, el refresco, a las cuatro sale papá a visitar a sus pacientes y mamá escucha música o lee. A las cinco volvemos del colegio y comienzan las visitas a llegar sin anunciarse. Un interminable chorro de parientes; llegan a masticar el mismo chisme, lo mastican, lo gustan, lo vuelven a masticar hasta que otro mejor aparece.

La señorita Soto no se casó nunca. Es la esfinge de Santa Ana. Con su inmovilidad ventanera plantea una pregunta que no entendí por muchos años. Nadie sabe bien lo que pasó. Algunos dicen que un hombre casado, otros que fue un turco. Lo cierto es que ningún muchacho se le volvió a acercar a la señorita Soto. De niña me figuraba, al verla allí, asomada a su balcón como una araña en el cen-

tro de su red polvorienta, que simplemente envejecía sin casarse, sin formar su propia familia como los demás.

Hace años, cuando regresé por primera vez la volví a ver. Luego cuando viene con Paul y mis hijos, y ahora, hace dos días. Cada vez más vieja, más marchita. Una araña que nunca atrapó nada; allí encogida en el centro de su red. Todos los días detrás de una reja, sin leer, sin tejer, mirando la misma calle donde el mismo polvo se levanta detrás de cada auto y vuelve a su mismo sitio. Toda una vida de amargura estólida y pública resignación.

La inmovilidad de la señorita Soto es un reto a la ciudad, una burla al movimiento insensato de los transeúntes que piensan que algo pasa en Santa Ana. No ha pasado nada. La señorita Soto ha estado al acecho, ha esperado en vano, se ha convertido al fin en monumento.

Por las noches, mientras papá oía la radio a todo volumen o jugaba con nosotros, mamá se sentaba allá, en aquel sillón, con una novela francesa entre las manos. Toda la biblioteca del corredor está llena de libros escritos en francés que sólo ella leía. Soñó con París toda su vida. Afanosamente me enseñaba francés, con la esperanza de que yo algún día asistiera a la Sorbona. Nunca llegó mamá a conocer París. Papá, en cambio, fue una vez, cuando yo era chica. Regresó con muchas tarjetas postales, un camión rojo de bomberos para Alfredo y una gran muñeca para mí que se llamaba María Julia. Por muchos años después papá intercambió recuerdos con mi abuelo. Recordaban esquinas, cafés, los castaños a la orilla del Sena. Las librerías de viejo. Había lagunas en las crónicas de papá. A veces, cuando estaba entre amigos, empezaba a contar de París. De pronto bajaba la voz a un murmullo y estallaban las risas. Mamá, sentada al otro extremo de la sala con las demás mujeres, se ponía tensa cuando eso pasaba, pero yo era la única en advertirlo.

Hasta mucho tiempo después no me di cuenta de que no hay un solo París: está el de mi abuelo por ejemplo, que tenía *su centro en la escuela de medicina de la Sorbona.* Se extendía hacia el Bois de Boulogne, hacia restaurantes de luces cálidas y sillas forradas de terciopelo, hacia íntimos cafés, hacia elegantes muchachas accesi-

bles para un estudiante adinerado. Papá Manuel fue discípulo de Charcot y conoció a Freud. Cada vez que alguien alababa en su presencia a algún intelectual salvadoreño, él apretaba los labios y soplaba explosivamente a través de sus bigotes.

—Esta casa —me cuenta con voz pausada—, es una de las más antiguas de Santa Ana. Era mucho más grande cuando yo era niño. Con sus graneros y sus establos le daba la vuelta a la manzana.

—Allá estaba la hamaca de la tía Luisa —señala con el índice tembloroso—. En aquel rincón del patio se sentaba a enrollar hojas de tabaco para sus cigarros o a pulir sus monedas de plata que guardaba en bolsas. Una por una las frotaba —recuerda—. Las extendía en bateas de madera y las dejaba al sol todo el mediodía.

Nunca se quejó papá Manuel de su pobreza. Después que Eugenia se casó, vivía él solo en lo que le quedó de la casona. Sólo con sus recuerdos, sus retratos, sus libros polvorientos y gruesos ilustrados por Gustavo Doré. Cenaba y dormía aquí. Por las mañanas, cuando Alfredo y yo nos íbamos al colegio, él regresaba a su escritorio con paso nervioso y ágil, enarbolando el bastón de ébano con pomo de oro que había traído de París. Se pasaba los días leyendo en francés, traduciendo a Buffon, criticando a los pérfidos ingleses, atisbando muchachas desde su ventana.

El París de papá tenía su centro en la Torre Eiffel. Se extendía hacia los Campos Elíseos, les Folles Bergéres, la Place Pigalle. Visitó el Louvre, vio la Gioconda, la Venus de Milo, la Victoria de Samatrocia. Continuamente las sacaba a la luz para demostrarle a mamá que no habia ignorado del todo el mundo cultural. Mamá se le quedaba viendo y le decía con voz de hielo:

—Por cada minuto del Louvre estoy segura que pasaste horas examinando medias de seda y ataderas en el Moulin Rouge.

Una vez por semana mamá, a pesar de mis protestas y mis *fingidos dolores de estómago,* me arrastraba al colegio de La Asunción donde ella y madre *Merci* hablaban en francés de historia y literatura clásica. Madre *Merci* es menuda, disecada, con los ojos hundidos y los dedos largos. A través de los años se ha ido encorvando bajo el peso de Dios y el hábito morado.

Las tres nos sentamos en una salita casi vacía, con olor a cirios y a caca de ratón. Las sillas tienen altísimo el respaldo y están forradas de un terciopelo rojo oscuro que me hace cosquillas debajo de las rodillas. Los pies me cuelgan, no me es permitido ponerlos sobre la silla, ni rascarme las piernas delante de madre *Merci*. Ni siquiera se me permite abandonarme a mis fantasías. Al llegar a casa mamá me obliga a reconstruirle la conversación para ver si he entendido. A veces madre *Merci* se dirige a mí. Se me acerca mucho a ver si así la comprendo mejor. Su velo de lana blanca me hace cosquillas en la nariz. Su aliento que huele a podrido, me marea. Sin entender nada, tengo que aguantar interminables genealogías reales, crónicas descoyuntadas de heroísmos y traiciones.

El París de mamá era habitado casi exclusivamente por Robespierre, María Antonieta, Víctor Hugo, Balzac, Lamartine, los impresionistas. Un París de sombras que giran alrededor del Palais Royal o están encerradas en el Panteón. Un París no hecho de piedras y de techos, sino de pinceladas atrevidas, de pigmentos sobre tela. Un París construido de claroscuro y palabras.

Papá no entendía de semejantes sutilezas. El leía su periódico todos los días y hacía lo posible, con la ayuda del Cuyás, por desentrañar el texto inglés del National Geographic. Soñaba con regresar a Nicaragua, el paisaje rudo y azul de su niñez.

—Me formé solo —me dice clavando en Alfredo los ojos—. Nadie me ayudó, excepto mi tío Gregorio.

—Cállate, viejo —lo interrumpe mamá—, ese tu tío era malo contigo.

—No, Isabel, no hay que ser injusto, con él aprendí a ser hombre. Cuando tenía nueve años —entrecierra los ojos para enfocar mejor el recuerdo—, caminaba un día por la hacienda con mis hermanos y vi parir a una vaca. La ayudamos como mejor pudimos. Me sentí contento al ver el ternerito. Era color café, con manchas blancas y el pelo húmedo. Pensé qué noble era ayudar a traer la vida al mundo. Desde ese momento no se me quitó de la cabeza el deseo de ser médico, ginecólogo, de ayudar a las mujeres a dar a luz. Un día se lo dije a mis hermanos y ellos se rieron. "Qué vas a estudiar", me dijeron. "Aquí tenés que quedarte con nosotros, trabajando la tie-

rra". Al fin convencí a mis padres de que me dejaran ir. "Idiay", me dijo el tío que vivía en León y era fotógrafo. "¿Qué andás haciendo por aquí?" "Quiero estudiar, tío, le dije. He venido a ver si me permite que viva con usted. Tal vez de algo le pueda servir". "Bueno, quedáte", me dijo el tío. "Me hace falta un muchacho que me haga los mandados." El tío vivía solo y tenía mal genio —se ríe papá—. Todos los días a la hora de la siesta me ponía a leerle el periódico y pobre de mí si me equivocaba. A veces amanecía de buenas y me llevaba a pasear con él a caballo. Me contaba de su vida, me aconsejaba que estudiara, que fuera honrado y que ayudara a sacar a los yanquis de Nicaragua cuando fuera mayor. Otras veces estaba de malas y entonces Dios guarde. "Te pego para que te hagás hombre" me decía. "Después me lo vas a agradecer". Cuando llevé a la vieja a Nicaragua —la señala papá con aire reprobatorio— me costó para que fuéramos a verlo. No quería ni conocerlo.

—Me caía mal por todo lo que te hizo sufrir —dice mamá levantando los ojos de su costura—. No sé cómo no le guardaste rencor.

—Al fin la convencí —prosigue—. Era preciso que el tío Gregorio conociera a mi linda mujer y que viera mi título de médico. ¡Hubieran visto! Estaba feliz como un muchacho. No —dice papá, clavando en Alfredo los ojos—, le debo mucho. El me compró mi primer par de zapatos y me enseñó a ser hombre.

Papá y mamá, dos temperamentos dispares. Mamá el arbusto que crece al filo del precipicio, expuesta a los vientos, inclinándose suavemente ante sus golpes. Papá la piedra granítica que se regocija luchando contra el choque de las olas. Esta es la idea que yo me formé de los dos. Sin embargo, recordando la muerte de Neto no fue así. Papá sucumbió por un tiempo a su tristeza. Se sentaba en una silla del corredor por horas, sin hablar. Mamá ni siquiera lloró. Ni aun a la hora del entierro. Siguió atendiendo la casa, recibiendo a las visitas que llegaban a darle el pésame. Papá ignoraba las conversaciones y todo lo que pasaba a su alrededor.

Mi ataque de apendicitis lo obligó a volver en sí, pero fue mamá la que me cuidó después de la operación. Me quedé despierta toda la noche, con la boca amarga de tanto vomitar, con alucinaciones de grandes jarros de agua helada, jugo de tamarindo y limonada. Veía

el chorro vertical de la fuente del patio caer sobre el agua luminosa. Alfredo y yo saltando desnudos hasta la cintura, bailando bajo los caños borboteantes, y otra nube se abría y nos empapaba hasta los huesos y ríos de agua se desprendían de mi pelo.

Allí estaba, iluminada por el foco de luz del corredor, sentada en una silla, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Cuando me sentí segura de que ya se había dormido desatornillé la tapa de la bolsa y saqué, sin hacer ruido, pedazos de hielo que goteaban sobre la venda.

Mamá me cuidó durante la fiebre. Estuvo todo el tiempo a mi lado mientras convalecía. Recuerdo su brazo sosteniendo mi cabeza para que bebiera un poco de agua o caldo. La siento bañándome con una esponja, masajeando mi espalda y mis piernas con Lavanda.

El día que di mis primeros pasos se retiró a su cama. Sólo hablaba para decir que la dejaran sola, que le dolía mucho la cabeza, que no quería comer.

El flexible arbusto había perdido la voluntad de cogerse de la orilla.

Los conocí, viví con ellos, los acepté sin pensar: eran mis padres. Sólo ahora me doy cuenta de que han sido dos individuos con posibilidades, deseos, limitaciones y un trozo de días para contabilizar. Es mi caso también.

2

—Niña Carmen, la buscan —me hace saltar la Cata—. Es la niña María Luisa.

No tengo tiempo ni de levantarme. Me abraza, nerviosa, me besa el pelo con el aire voraz de una gallina que picotea granos de maíz. Revolotea un rato; al fin se sienta.

—¡Uy!, cómo te estás pareciendo a tu mamá. Qué tuerce, *¿verdad? ¿Quién nos iba a decir? Tan bien que se veía la Isabel. Así es la fatalidad, mi alma ya estaba escrita, tenía que suceder.* Yo digo que bien se hubiera salvado si se lo saben conocer desde el principio. Raro que no atinó el doctor. Pobre tu papá, se ve bien achorcholado, está bueno que descanse, no me lo puedo imaginar sin la Isabel, tan unidos que eran. Pocos entierros tan concurridos como el de tu mamá, siete cuadras de gente, yo las conté. Hoy en la mañana estuve donde la niña Fina y me dijo...

—Mira, hijita —me dice mamá—, esa es la campana que regalaron nuestros antepasados, los abuelos de mamita María. La hicieron venir desde España.

Entramos a la iglesia. Mamá y Alfredo se persignan. Papá va adelante.

—Por aquí están —dice a grandes voces—. Mamá le hace señas que se calle y cruza frente al altar. Se inclina a inspeccionar el suelo. Todos guardamos silencio mientras ella descifra la leyenda casi borrada en la piedra: Francisco Silva, nació en las Islas Canarias el 7 de abril de 1691 y murió en Santa Ana, auxiliado por la Santa Madre Iglesia el 5 de octubre de 1754. Clara Martínez de Silva, nació

en Metapán el 10 de mayo de 1700 y murió en Santa Ana, auxiliada por la Santa Madre Iglesia el 11 de agosto de 1762.

Almorzamos en casa de María Luisa.

—Vení —me dice—, te voy a enseñar una cosa.

Me lleva del brazo hasta su dormitorio.

—¿Ves esto? —me pregunta con los ojitos nadándole en malicia—. Bien se ven las marcas todavía. Este era el dormitorio de tu tatarabuela. Aquí estaba la famosa puerta que comunicaba con la tienda de tu bisabuelo. ¿No te ha contado tu mamá?

Miento, digo que sí, que algo, y ella continúa entusiasmada, alisándose el pelo blanco:

—Era un pícaro tu papá Jorge. La pobre mamá Juana se quedó viuda bien joven y él no descansó hasta que le hizo un hijo. Tu mamita María y la Lupe, su hermana, estudiaban en Guatemala en un colegio de monjas y no sabían nada. Nadie sabía nada en el pueblo, la mamá Juana nunca salía. Cuando vinieron las muchachas a pasar sus vacaciones de fin de año, a tu papá Jorge le gustó la mamita María que era bien chula y apenas tenía quince años; a los dos meses se casó con ella. Pobre tu mamá Juana, nunca les habló de ese asunto a sus hijas ni a nadie. Las muchachas creían que el niño era de la sirvienta y que ella lo había recogido.

—¿Y cuándo supo mamita María? —preguntó.

—¿No te ha contado tu mamá?, dice con aire de admiración y un destello en los ojos. Una de las sirvientas se lo contó a la Lupe después de muerta tu mamá Juana y ella no bien lo supo corrió a contárselo a tu pobre bisabuela. Esa Lupe era mala, no quería a la mamita María, le tenía envidia porque era la bonita. Tu papá Jorge era un tunante —se ríe—, ya tenía cuarenta años cuando se casó. A la mamita María todavía le gustaba jugar a las muñecas y no entendía por qué su marido escupía y se iba cada vez que la mamá Juana los llegaba a visitar.

—¿Y a tus tías viejas no las has visto? —me pregunta sacándome de mis recuerdos—. Esas sí que están peor que yo. Sólo son dolemas. Ni al entierro vinieron, ¿verdad? No, si no salen a ninguna parte, con decirte que ni a misa van...

La casa oscura y húmeda, la mecedora de mimbre. Virginia meciéndose, gastando en los rechinos de la mecedora los días, los meses, los años. En la diminuta mente de la tía Virginia apenas caben los altibajos amorosos con Sebastián Molina, sus restos de sociabilidad cuando pretende reconocer a los sobrinos nietos que sus ojos acuosos ya no ven.

En mi Santa Ana no hay lugar para las tías solteronas. Puede ser que esté cambiando, pero hace veinte años el único futuro para las señoritas de "sociedad" era casarse con cualquiera, siempre y cuando ese cualquiera perteneciese a una familia conocida. Lo único que se les permitía hacer a las tías vírgenes eran dulces para los sobrinos, tapetes de crochet y bizcochos. Los dulces nos los mandaban a regalar días antes de que terminara el mes: era una forma de recordar a los mayores que había que ayudar a pagar la renta. Los tapetes eran el obsequio de cumpleaños para las amas de casa. Los bizcochos los iba a vender la criada como suyos.

Con razón mamá se ahogaba en este pueblo. No hay un teatro, una sala de conciertos, un restaurante, un café. Ni siquiera una librería dónde pueda conseguirse otra cosa que textos escolares o novelas rosa y policiales.

Para los señores de "la sociedad" está el casino, con las vigas pintadas de un marrón demasiado oscuro y sus muros amarillos. El arquitecto quiso imitar la posada española, pero faltan las paredes de cal ennegrecidas por el humo de los siglos. En el trópico los techos son muy altos, quitan intimidad.

Es la hora del coctel. Desde sus oficinas de banco, desde sus despachos de abogado, comienzan los socios a llegar. Las mesas, vacías a las tres de la tarde, poco a poco se animan. Un murmullo de diálogos desteñidos flota en la atmósfera semioscura. Viejos criados de sacos blancos y piel curtida se deslizan entre las mesas llevando bebidas en bandejas.

Don Joaquin (60 caballerías y 100,000 quintales) está sentado a su mesa. En realidad no es su mesa, pero nadie se atreve a sentarse allí sin haber sido invitado por él. Juega al chivo con don Miguel, sacude el cubilete de cuero y suenan secos los dados. A ninguno de

los dos le interesa el juego, es una manera de pasar el tiempo sin necesidad de conversar.

Raúl Hernández (5 caballerías y 6,000 quintales) sale de la oficina donde ha pasado las últimas dos horas revisando el inventario de la bodega. Varios whiskies le ayudaron a cumplir su aburrida tarea de tesorero del casino. Deja los libros y con un vaso en la mano pestañea contra la oscuridad. Palmea espaldas, saluda a los amigos con estridente entusiasmo y se planta ante la mesa de don Joaquín. Tose, se balancea sobre los talones, se queda allí esperando a que un día lo vea don Joaquín, lo acepte, lo invite a sentarse con él.

—Dígame, María Luisa, ¿usted se acuerda de Frank Wolff?

—¡Cómo no me voy a acordar! Era un comunista que dijo que había venido aquí para escribir un libro. Puras mentiras, venía con órdenes directas de Moscú. El y aquel Farabundo Martí fueron los culpables del levantamiento. Por suerte teníamos a Martínez de presidente y él ligerito supo arreglar la situación.

—¿Cómo era Frank?

—Un chele alto de ojos azules y pelo castaño. Me acuerdo que tenía unos grandes pies y una nariz bien larga, con seguridad que era judío.

Mira a su reloj y se levanta sobresaltada.

—Qué barbaridad, ya es tarde y tengo que ir a la catedral. Me saludás al doctor, oíste. Antes de que te vayas voy a venir otro día a que sigamos platicando.

Washington es más grande que Santa Ana. Hay teatro, parques, museos, pero pensándolo bien mi vida es parecida a la de mamá y quizá peor. No tengo hermanas, ni siquiera una amiga íntima con quién desahogarme. Todos los días hacer las camas, pasar la aspiradora, lavar platos, cocinar. La vida en los Estados Unidos es solitaria.

Vivimos en las afueras, vamos al cine una vez por semana y al teatro al caer de una casa. Cuando nos vamos de vacaciones o hacemos cualquier cosa fuera de nuestra rutina, Paul insiste en planearlo como si se tratase de una operación militar. Ah, Paul no hay

nada espontáneo en ti, mi monosilábico amigo, mi responsable esposo, mi obtuso compañero; ni siquiera cuando haces el amor. Invariablemente los viernes, los domingos, y los martes, salvo que el martes hayas tenido mucho trabajo y te sientas cansado. Sí, mi querido, mi respetuoso encanto, estoy casada con el "*perfect organization man*", ¿y qué remedio hay para eso?

3

— Hola —entra Alfredo—. ¿No se ha levantado mi papá? Me dijo que estuviera aquí antes de las cuatro.

Se sienta en la silla que María Luisa acaba de dejar.

Dicen que el coronel Gutiérrez no pasa la noche. Aquí en la guardia lo van a velar. Prepárate a no dormir. Qué duro ese viejo, vos. Ya hace como una semana que está agonizando. ¿Te acordás de una vez cuando éramos cipotes que trajeron a un preso haciéndole el bendito al culo y el coronel le pegó?

Alfredo y yo estábamos asomados a la ventana del dormitorio cuando dos guardias trajeron a un campesino. Tenía las manos atadas por detrás con un cordel alrededor de los pulgares. Se quedó allí, parado, con la cabeza gacha, mirándose los pies desnudos. El coronel se le acercó y le habló, pero él no dijo nada, siguió mirando hacia abajo. El coronel le volvió a hablar con una voz violenta. El preso lo miró y le contestó con un monosílabo. El coronel le golpeó y volvió a hablarle iracundo. Fue entonces que salió papá de su oficina; la túnica blanca le flotaba; tenía la cara roja.

—A un hombre indefenso no se le pega, coronel —le dijo.

El coronel también se puso rojo.

—Usted ocúpese de sus enfermos, doctor —exclamó mirando a los guardias—, yo seguiré ocupándome de guardar el orden de la ciudad.

Papá lo miró de frente. —Le juro, coronel— le dijo, que si vuelve a golpear a ese hombre, le voy a telefonear al general Solórzano a San Salvador para quejarme de su conducta.

La mandíbula se le puso tensa al coronel y con gesto abrupto les ordenó a los guardias que se llevaran al reo. Con la camisa manchada de sangre desapareció el campesino por los corredores de la guardia. El coronel y papá cambiaron algunas frases que ya no pude oír. Cuando papá volvió a cruzar la calle los ojos le relampagueaban. El coronel Gutiérrez miró hacia todos lados para ver si alguien había presenciado la escena, y desapareció también por los corredores.

—Sí, recuerdo —dije—, papá ganó, como siempre.

—*Jalisco nunca pierde* —sonríe Alfredo sacudiendo la cabeza con admiración.

—¿Tú recuerdas a Frank Wolff, Alfredo?

—Algo, ¿por qué?

—Por nada. ¿Es verdad que era comunista?

Alfredo resopla.

—Cuentos de viejas. Era un bolo inofensivo como yo. ¿Te acordás de las navidades que pasó con nosotros? A mí me regaló un camión con grúa y una cachimba de cohetes. Yo te quemé el vestido y por poco me dan reata.

Entrecierra los ojos y mira hacia el techo, mordiéndose el labio inferior.

—Aquí venía mucho a jugar ajedrez con mi papá, ¿no te acordás? Una vez me llevó al cine a ver una película de Tom Mix o de Tim McCoy. Era alto, flaco, un poco encorvado para andar, tenía los ojos desteñidos.

Se levanta de repente.

—Bueno, mirá, tengo que irle a hacer unos mandados a mi mujer. El viejo ya nunca se levantó de su siesta, decíle que dentro de una hora más o menos voy a regresar.

Alfredo lo recuerda mejor que yo. Frank me regaló una muñeca para las navidades. No había decidido escribir poesía aún, eso vino más tarde, entre los nueve y los diez años. Llenaba de versos mis cuadernos y se los mostraba a mamá, a Augusto, a don Lino, a todo el que desplegara la menor curiosidad o fuera muy educado para decir que no. Mamá me alentaba: Augusto y don Lino leían mis ver-

sos más para quedar bien con ella que conmigo. A veces, por las noches, mamá me llamaba a su dormitorio y me leía poemas de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa, de Fray Luis de León.

Fue don Chico el que me convirtió en agnóstica y filistea. Me convenció de que la investigación científica era lo más importante. Don Chico era menudo, moreno, de pura sangre india. Para que el pelo no le cayera sobre la frente se lo untaba de manteca con limón.

—En Ataco —nos cuenta—, se oye pasar a la medianoche la carreta del diablo. Es una carreta vieja, desteñida, tirada por bueyes invisibles que corren, desbocados. Adentro va un hombre también invisible que grita, grita y grita.

Era intenso don Chico, tenia el ardor de un reformista del siglo XIX.

—En Ataco —nos cuenta— sólo hay una escuela que llega hasta tercer grado. A los nueve años empiezan los niños a trabajar. Para el tiempo de corte se van a las fincas con sus padres: les pagan por tarea, no les dan su ración de comida, porque dicen los patrones que no rinden lo suficiente. ¿Cómo pueden esos niños mal nutridos encontrar energías para seguir estudiando? No —le temblaba de cólera la voz—, este país no podrá prosperar hasta que sus niños no se alimenten mejor, hasta que en vez de cantinas se construyan escuelas.

¿No te da miedo mandar a tu hija al colegio de Héctor? —le preguntaba Celia a mamá—. El es encantador, pero sólo tiene maestros comunistas como ese don Chico Luarca. Además piensa en las amistades de tu hija. Los niños que van allí no son de buena familia, hasta turcos hay.

4

—¿Y Alfredo no ha venido? — pregunta papá peinándose el pelo con los dedos—. Le dije que estuviera aquí a las cuatro.

Se hunde en el sillón frente a mí y sacude la cabeza.

—No sé qué hacer con ese muchacho, Carmen. Es un irresponsable, no tiene voluntad, salió igual a los hermanos de tu mamá. Hasta a su propio entierro va a llegar tarde.

—Pero papá —intentó calmarlo—, vino hace un rato y usted estaba dormido. Dijo que ya pronto iba a regresar.

—¿Por qué no esperó a que despertara? Es una calamidad ese muchacho.

—Desde que estoy aquí no se ha tomado un trago —digo usurpándole a mamá su papel de mediadora.

Gesticula impaciente.

—Empezó a orinar sangre y se asustó; sus riñones no resisten el alcohol, pero espérate, en cuanto se sienta mejor va a ser la misma cosa. Un mono tiene más voluntad que él, además es un perfecto haragán. Lo que hace en la finca apenas le llevará unas tres horas diarias, yo creo que ni eso. El resto del día se lo pasa vagando en su carro, desperdiciando gasolina. Gasolina y guaro, bonito modo de despilfarrar lo poquito que tenemos. Si yo viera que él tenía otro carácter le daría rienda suelta, pero así no se puede, al asilo iríamos a parar.

—No sé, Carmen —dice en voz baja, descolgando el labio inferior—, tanto que me empeñé en hacer un hombre de él, en inyectarle fuerza de voluntad. Que en paz descanse la vieja, pero en eso no me ayudó. Yo quería que fuera un profesional, no hubo caso, lo vi-

vían aplazando. En vez de ponerse a estudiar se iba a beber con los compinches.

Saca la pipa, la llena cuidadosamente de tabaco, la enciende, y mira las nubes azules que suben al techo.

—Así es —dice—, "dime con quién andas y te diré quién eres". Fue en Estados Unidos donde aprendió a beber. Me arrepiento de haberlo mandado. De allá vino con el vicio y sin la profesión. Yo a ninguno de los dos quería mandar, pero la vieja insistió. Después que Alfredo regresó, ella siempre estaba de su lado. Bueno —hace con la mano un gesto de derrota—, yo he hecho todo lo que he podido, es por el que más me he sacrificado. Sólo él tiene la culpa, ya me tiene cansado.

—¿En qué puesto quedaste? —le pregunto con afectación a Alfredo—, ¿por qué no eres primero como yo?

—Aprende de tu hermana —lo retaba papá—, ¿no te da vergüenza? Vos debías haber sido la mujer.

Mira el reloj del corredor.

—Ya son más de las cuatro, tengo que oír las noticias de Nicaragua.

Se levanta con dificultad.

—¿Querés oírlas vos?

Me disculpo diciendo que tenemos invitados, que debo ir a vigilar la cena.

—¿Sabés una cosa? —sonríe Alfredo mientras nos encaminamos al colegio—, hoy quedé en la cola y de allí nadie me va a sacar.

—Usted prefiere a Alfredo —acusaba yo a mamá.

—No, hijita, no es eso, lo que pasa es que Alfredo es distinto, me necesita más. Tú eres fuerte, heredaste el carácter de tu padre.

María no necesita de mi ayuda. Regreso a mi dormitorio, abro la segunda gaveta de la cómoda y saco el diario de Frank. Hay cosas que todavía no entiendo. La imagen que dibuja de mamá es demasiado extraña, no he podido asimilarla. Octubre 31, noviembre 2, no, fue a mediados.

5

Noviembre 16, 1931

Hoy por primera vez pude sentarme sobre la cama. Jugaba a solas un final de partida con el ajedrez que Virgil me obsequió, cuando alguien llamó a la puerta. Era el doctor. Cambiamos saludos, colocó su maletín sobre la mesa, y se puso a estudiar el juego. Las blancas tenían tres peones y un caballo. Las negras dos peones, un alfil y mejor posición.

—¿A quién le toca jugar? —preguntó.

—A las blancas.

Asintió con la cabeza, acercó una silla y me anunció:

—En doce jugadas ganan las blancas.

Efectivamente, las blancas ganaron después de diez minutos, en doce jugadas exactas.

—Se está aprovechando de un inválido —protesté.

Se rió con ganas y de un tirón me sacó el esparadrapo del abdomen.

—Va muy bien —dijo—. Hoy puede empezar a caminar un poco.

Le pregunté cuándo podía viajar, le conté que pensaba irme a Honduras a visitar las ruinas de Copán y de allí a Guatemala a seguir viendo ruinas.

—¿Arqueólogo?

—No, escritor —mentí para simplificar—, pero me interesa mucho la civilización maya y me gustaría explorar Centro América. Me servirá de fondo para una novela.

Esta segunda mentira dicha así, en apenas tres frases, se me escapó sin darme cuenta. Imagino que me sentí impulsado a justificar mi presencia aquí, a dar alguna excusa válida por haberme visto envuelto en una riña de cuchillos.

Apretó los labios y me palpó el abdomen alrededor de la herida. Aún dolía bastante.

—Es un viaje agotador —me advirtió—. Tiene que hacer casi todo el trayecto a caballo. Le aconsejo esperar por lo menos dos semanas más.

Debo haber hecho una mueca de disgusto, porque se echó a reír.

—Santa Ana ya lo debe tener aburrido —dijo—, es un pueblón triste.

—Francamente —respondí—, no me entusiasma mucho la perspectiva.

—¿Por qué no viene a cenar a mi casa esta noche? Le mostraré mi colección de artefactos indios y jugaremos una partida de ajedrez.

Era una invitación cordial. Acepté en seguida. En estos días me siento susceptible al menor signo de afabilidad.

Luego que se hubo marchado me vestí y fui a dar, despacio, una vuelta a la manzana para desentullirme un poco. Las piernas me respondieron, pero aún no puedo mantenerme erguido sin sentir que voy a partirme en dos.

Aquí estoy, esperando que Virgil regrese de su visita a la congregación que tiene en Chalchuapa.

Cuanto más converso con Virgil, menos lo entiendo. Su brújula interna no varía nunca, tiene otro norte que la mía. Desde hace cinco años se ha enterrado deliberadamente en este pequeño y tropical rincón. Se pasa los días curando chanchos, vacas, caballos; transmitiéndole a su rebaño de piel bronceada la palabra de Dios con gran intensidad, olvidándose de sí mismo.

Cuando yo salí de casa fue para dirigirme a la ciudad más grande, más ostentosa que imaginara. Una vez allí, empecé a hacer ruido para llamar la atención sobre mi persona. Virgil, en cambio, se vino a Santa Ana, y estoy seguro de que nadie, con excepción de sus padres y hermanos, lo recuerda en Oregon.

¿Su congregación? Tengo la certidumbre de que el apoyo o la adulación de sus conversos lo deja tan indiferente como el odio de los católicos. Se me ocurre que ve a estas gentes más como víctimas abstractas de la ignorancia y la miseria que como a personas de carne y hueso.

¿Y de mí, qué piensa? A pesar de nuestra amistad que data de cuando éramos niños, estoy seguro de que no le importa si apruebo o desapruebo, si aplaudo o me burlo del camino que eligió.

Me pregunto si después de nuestro viaje a las sierras hubo algo que lo cambió totalmente, o si la semilla estaba allí y no había tenido tiempo de crecer y echar hojas. El Virgil que volví a encontrar hace una semana me resultó un desconocido. Cinco minutos después de mi imprevista llegada, agotamos las exclamaciones, las preguntas vacías y sin sentido (¿qué fue de fulano de tal?, ¿qué pasó con mengano?). Nos encontramos sin nada que decir, reducidos al silencio, buscando confundidos algún tema de interés común. Cada uno reconoció en seguida que no había más remedio, que nos éramos irrevocablemente extraños, que nos sentíamos incómodos el uno con el otro.

Fue Virgil quien rompió el silencio con una risa forzada.

—Es increíble, Frank, dijo—. Hace ya cinco años que no hablaba con alguien *from home*, no sabes lo contento que estoy.

Me dejó frío, no supe qué responderle. Su alusión a Oregon, su certeza de que yo consideraba a Oregon *my home*, hizo que me diera cuenta del precipicio que había entre nosotros, de los años sin puente, de las distintas experiencias que nos separaban.

Por un instante luché con la palabra *home*, con su concepto. *Home* dicho aquí, en este pueblo tropical donde los dos somos extranjeros, me subrayó el concepto de la palabra. Durante el silencio que siguió, quise recordar dónde había dejado el mío, si alguna vez había tenido uno. Nunca lo fue la casa de Oregon con su órgano de pedal en la sala y la expresión granítica en el rostro de mi padre, que dominaba el paisaje como un inabordable *Matterhorn*. París tampoco lo fue. Recuerdo París como un baño de sauna con sus hirvientes y heladas alternaciones. Hollywood menos: un apartamento con botellas esparcidas por todos los rincones.

Fue penoso ese primer encuentro con Virgil, sigue siendo penoso. Le caí como el granizo, y aquí estoy, inválido; una carga gratuita además de sus sermones y sus chanchos.

Hogar para mí era sentirla venir por el corredor con las llaves tintineando, verla detenerse para arreglar un florero o poner una silla en su sitio. Eran mis largos paseos con ella mientras le confiaba mis problemas, mis dudas, mis entusiasmos. Era su presencia, su olor, y también papá con sus refranes, su nariz aguileña, su maletín de cuero.

Noviembre 17, 1931

La cena en casa del doctor Rojas, anoche, fue más agradable de lo que esperaba. La mezcla de política, excelente comida, ajedrez, y una discusión literaria con la señora de Rojas, resultó estimulante. Por primera vez, en meses, reaccioné como un individuo normal.

Hubo un momento difícil, cuando tuve que rehusar el vino, un St. Emilion que estoy seguro sirvieron en mi honor. Sin duda tomaron mi negativa como una inexplicable aberración gringa conectada con el *Volstead Act* o con el hecho de ser amigo de ese extraño misionero norteamericano, Virgil Harrid.

Los hombres discutían política en el corredor cuando llegué. Pasadas las presentaciones los insté a que continuaran. Eduardo el joven cuñado del Dr. Rojas es sub-director del periódico de Santa Ana. Citaba en la conversación las idas y venidas de ciertos líderes militares y de otros a los que él llamaba *barones*, para ilustrar su tesis de que una crisis política era inminente.

Poco a poco me fui dando cuenta de que los *barones* forman un grupo de cafetaleros inmensamente ricos que controlan el país entre bastidores.

—No hay ninguna prueba contundente —nos dijo Eduardo—, pero apostaría un mes de sueldo a que planean derrocar a Araujo.

—A lo mejor tenés razón —dijo el doctor—. Hace días que don Jaime y el coronel no se asoman por el casino. Algo importante tiene que estar sucediendo para que renuncien a su mesa de billar.

Yo me divertía. El cuadro de generales, coroneles y *barones* reuniéndose por la noche y haciendo planes para derrocar al gobierno de este país minúsculo y absurdo, mientras todos los ciudadanos les siguen los pasos, me pareció un toque delicioso de ópera cómica.

—Estoy seguro de que harán lo posible —dijo Eduardo—, pero hoy día van a toparse con el hecho de que un golpe militar no es tan sencillo como antes.

Don Manuel Valdés, el padre de Eduardo, se echó a reír.

—¿Qué te hace pensar —preguntó— que no va a ser sencillo?

—El hecho de que por primera vez los campesinos están detrás del presidente —replicó Eduardo, con énfasis—. Araujo les ha prometido tierras y ellos no van a permitir que lo saquen de casa presidencial como a un cualquiera.

Don Manuel, un hombrecito delgado y frágil como un pájaro, con un imponente bigote de morsa, resopló.

—¿Y cómo les van a hacer frente a los militares? Los campesinos no tienen líderes, ni planes, ni armas. Un populacho desarmado no puede enfrentarse con soldados adiestrados. Ya verás —lo amonestó con el índice—, Araujo se tendrá que ir el día que cinco coroneles decidan que están cansados de él.

—No se olvide —le dijo Eduardo con deferencia forzada— que fue un populacho desarmado el que tomó la Bastilla y asaltó Versalles en 1789. La revolución mexicana la hicieron campesinos descalzos, y la rusa obreros de fábrica. Lo importante es si existe o no una situación propicia para la revolución, y en este país no cabe duda de que existe.

Don Manuel hizo un gesto despectivo.

—Tus campesinos revolucionarios —dijo— están desparramados, no tienen planes, ni coordinación: ni siquiera saben leer para darse cuenta por tu periódico de lo que pasa. Si por milagro se apoderan de la capital, en menos de una semana tendrían que entregársela a gentes, más eficaces. Se necesita un mínimo de cultura y educación para llevar las riendas de un país. Tus bolcheviques descalzos no lo tienen.

Eduardo se sonrojó.

—Los *barones* y coroneles que están en el poder —replicó—, no se hacen notar precisamente por su cultura; sin embargo nos rigen desde la independencia.

La señora de Rojas rió con ganas.

—¡Touché!, Eduardo —exclamó tomando parte en la conversación por primera vez—, lo heriste en su lado flaco.

El Salvador continuará siendo un pantano de malaria habitado por niños raquíticos y gentes analfabetas, hasta que haya una verdadera revolución, hasta que la riqueza del país sea puesta al servicio de sus habitantes —prosiguió Eduardo, vehemente.

Yo contemplaba a la señora de Rojas que parecía absorta en su crochet. Levantó la vista de pronto y me sorprendió. Para disimular mi vergüenza de adolescente le pregunté:

—¿Qué opina usted, señora?

Me ofreció una de esas sonrisas reales con las cuales las mujeres lindas reconocen la rendición de otra víctima.

—Las mujeres no votamos en El Salvador —dijo—. Cuando los hombres empiezan a discutir política, nosotras cerramos los oídos y pensamos en cosas más importantes. A propósito —se levantó—, ya la cena está lista.

Nos condujo por un pasillo hasta el comedor. Me senté a su lado, tenía muchos deseos de conversar con ella, pero Eduardo no me dejó; siguió entusiasmado con su interminable polémica.

Eduardo y su pasión por la política.

Mirá a tu alrededor —se impacientaba—. ¿No te duele la miseria que hay en este país? Andá y asomate un poco a los mesones y a las chozas del campo.

—Sí —decía mamá—, es cierto, ¿pero te imaginas lo que sería aquí una revolución? Esas gentes transpiran odio y teñirían con sangre el país.

—¿Y quién tiene la culpa de ese odio? ¿No odiarías vos también si hubieras sido explotada toda tu vida y encima de eso te trataran peor que a un animal?

La conversación tomó un giro menos político al final de la cena. La señora de Rojas abandonó su aire distraído y participó en ella. Tengo la impresión de que es una mujer alegre, pero que en presen-

cia de su marido y de su padre, hace lo posible por borrarse.

Después del café nos dirigimos al patio y el Dr. Rojas me ganó una partida de ajedrez. Con su ataque tajante y nada ortodoxo destruyó mi defensa Ruy López y dejó a mi rey tiritando en un rincón del tablero. Don Manuel se retiró a su habitación y Eduardo, que había estado observando el juego, retó al doctor. Le cedí gustoso mi puesto y me fui al corredor, donde la Sra. de Rojas leía un libro.

—Siéntese, Mr. Wolff —me invitó—, espero que no se haya aburrido con tanta política local.

—Adán inventó la política para fastidiar a Eva. Claudel —me fijé en el libro de poemas que leía—, hace algunos años vi su trilogía en un teatro de París.

—¡Ah sí! —exclamó—. Hábleme de París, toda la vida he soñado con ir.

Sí, a eso se debió el éxito de la velada. Con gran desfachatez me eché sobre el hombro el manto byroniano de aventurero y me dispuse a deslumbrar a la encantadora dama con mis anécdotas sobre esa ciudad tan terriblemente remota de la noche tropical y lánguida de Santa Ana. Hablamos del movimiento simbolista, de los temerarios surrealistas, de las catedrales góticas. Estaba describiéndole una noche en la ópera, cuando un ruido de sillas anunció que la partida de ajedrez ¡helás! había terminado.

Noviembre 19, 1931

Tal como lo profetizó el doctor, las adherencias me empezaron a molestar. Esta tarde fui a su clínica a pedirle algo que me aliviara el dolor. Me examinó cuidadosamente, me regaló una cajita de píldoras y dijo que ya estaba bien, pero que tenía que volver a jugar al ajedrez con él. Había en su expresión una ansiedad de niño chico cuando me extendió la invitación. Sospecho que la vida de médico de pueblo es demasiado sedentaria para su gusto. Tiene el aspecto inquieto, impulsivo, de un hombre cuyo motor psíquico ha sido acondicionado para otra época, otra forma de vida: un caballero errante de la edad media que sigue la serie de torneos más por la

emoción que produce el combate individual, que por la recompensa mística del cáliz sagrado.

—La otra noche ya no nos quedó tiempo —dijo cambiando de tema abruptamente—, ¿le gustaría ver ahora mis reliquias mayas?

Dije que sí y llamó con un grito que estremeció los cristales de la ventana:

—¡Isabel!

La señora de Rojas apareció segundos después con el ceño fruncido. Sonrió al verme y pareció alegrarse.

—La llave para el armarito maya —dijo el doctor.

Se puso a buscar entre un gran manojo que le colgaba de la cintura, eligió una, y nos guió hacia el vestíbulo. Abrió un armarito alto de vidrio; de inmediato el doctor se precipitó a desmantelar los estantes y me llenó los brazos de reliquias precolombinas. Entre los tres acarreamos docenas de piezas al patio y las extendimos sobre dos mesitas: fuentes frágiles, jarras para el agua con dibujos geométricos o de animales, incensarios tallados en lava, cabezas con la característica nariz maya.

No cabe duda de que el doctor es un coleccionista entusiasta, pero observé que no tiene noción del valor comparativo de sus piezas.

—Mire —exclamó empujando hacia mí media docena de cabecitas astilladas— éstas las encontré cerca de la pirámide que hay en Chalchuapa.

Las examiné fingiendo admiración y volví los ojos hacia algunas jarras de gran belleza.

—Ah, ésas —se encogió de hombros—. Los indios cerca del volcán abren tumbas y sacan montones de estas cosas cada vez que necesitan dinero para comprar guaro. A mí me las traen aquí, porque saben que les doy cincuenta centavos por las que me parecen mejores. Mire esto por ejemplo.

Soltó un ornamento de su leontina de oro y me lo pasó. Era un sello de piedra exquisitamente tallado. Representaba un hombre y una mujer arrodillados junto a una gigantesca espiga de maíz. Figuras de pájaros, peces y serpientes servían de fondo. Estaba pésimamente montado en un aro barroco de plata, sin duda diseñado por el joyero local.

Llegó un paciente y el doctor desapareció en su oficina.

—Su marido tiene algunas piezas fantásticas —dije a la señora de Rojas.

—Alfonso y sus entusiasmos —sonrió sacudiendo la cabeza—. Los estantes del garaje están repletos de jarras y cabezas.

Descartó con eso el tema y me miró a los ojos.

—Entiendo, Mr. Wolff, que es usted escritor —dijo.

No me quedó más remedio que admitirlo. Insistió en que le relatara el tema de cada una de mis novelas. Fue difícil; me parecen ya increíblemente remotas. Sin embargo, le hablé con bastante detalle del éxito de mi primer libro, y casi no me detuve en el impacto gelatinoso que hicieron los otros en la conciencia pública.

—Cómo me gustaría leer sus libros —dijo—. Siento verdadera envidia por los creadores. El mundo debe tener otras dimensiones para ustedes.

No quise describirle las dimensiones de mi mundo en estos últimos años, me limité a encogerme de hombros. Ella, naturalmente, creyó que lo hacía por modestia.

—Me contó Alfonso que está escribiendo sobre Centro América.

—Sí —mentí por segunda vez y seguí adelante, improvisando... Es una parábola sobre el hombre moderno que se encuentra espiritualmente enfermo, inseguro de sus valores dentro de un ambiente ruidoso, apresurado, sucio de humo. Busca una pausa, un paréntesis en otra sociedad más apacible, más respetuosa de las tradiciones, donde quizás le sea posible redescubrirse, dibujar un nuevo derrotero para el futuro.

Lo que dije me pareció tan vacío como en realidad lo era, pero ella me pidió que continuara.

Me defendí diciendo que todavía mi novela se encontraba en embrión y que yo era supersticioso, que no me gustaba hablar de ellas antes de haberlas escrito.

—Claro —dijo—, entiendo, pero si termina uno o dos capítulos antes de marcharse de Santa Ana, me encantaría oírlos.

—Naturalmente —prometí con galantería—. Será la primera en escucharlos.

Salí limpiándome la frente de invisibles gotas de sudor.

¿Qué vería mamá en Frank? ¿Se sintió atraída por su mundo, por su aura de autor con éxito, o sería un insatisfecho impulso maternal que nunca halló eco en papá?

Es mejor que vuelva atrás.

6

Octubre 31, 1931

Esta mañana, al despertar, un círculo de luz danzaba sobre mi cabeza. Por unos instantes milagrosos volví a tener diez años y me encontré en la hacienda, en Willamette viendo cómo el sol de la mañana tallaba sobre la pared de enfrente las siluetas de las hojas del parrón. Mientras salía del sueño adquirí conciencia de que algo había sucedido desde entonces. Advertí el balanceo del barco, sentí la presión de los años intermedios. Una sensación extraña mordía los bordes de mi acecho. Me quedé quieto, esperando hipnotizado por el reflejo circular del agua.

Por fin supe: me sentía alerta, vivo, al despertar. Por primera vez en muchos años, tenía la cabeza clara, mis ojos no estaban pegajosos, mis nervios no tintineaban.

Un olor fuerte a café humeante inundó mi cabina. Salté a la ducha. El traje no importa en el "Pamela D": *camisa sport, blue jeans*, sandalias. En menos de quince minutos estuve rasurado, vestido, frente a la mesa. Me precipité sobre el jugo de naranja, sobre la papaya, sobre el plato de huevos y jamón, con la voracidad de un ejército de chapulines.

La misma extraña picazón de bienestar me hizo dar varias vueltas sobre cubierta después del desayuno y dirigirme al puente a averiguar nuestra posición, a observar cómo levantaban la barra de escotilla.

Me quité la camisa, los pantalones, mc tendí en calzoneta de baño sobre una manta, y aquí estoy, sintiéndome tan satisfecho como un hombre que ha cumplido su jornada.

El sol me quema, me llena la piel de gotas de sudor. Es un agua clara, salada, la que cubre mi frente, se concentra en pequeñas pozas, me corre por las mejillas, por el pecho, se desliza hasta la manta. Hace unos meses habría sido un líquido gomoso con olor a botellas vacías de cerveza, a colillas húmedas de cigarrillos.

El sol cae perpendicular, me quema, me despoja de ego, de voluntad, de deseo; me deja apenas el perezoso estirón de la piel tostada y el músculo laxo. Tendido aquí, sin energía, mecido, hipnotizado por el suave movimiento del barco, sigo a los peces voladores que surgen del agua azul y se deslizan por el aire y vuelven otra vez al agua y desaparecen. Este minuto es tan vacío como el aire. Me hundo dentro de él, dentro de un instante suspendido fuera del tiempo. Lo único que deseo es que sea un largo vuelo, quiero saltar sobre la próxima ola, sobre la otra, antes de que se levante la temida y con un golpe azul vuelva a arrastrarme hacia el abismo.

¿Hasta dónde se extiende la larga fila de botellas, todas esas botellas verdes, blancas, negras, de alegres etiquetas que vacié sin pensar? Es una interminable hilera de botellas vacías la que corre a través de mis episodios como clave en la caza del tesoro. Beber fue al comienzo un desafío del hijo del pastor: un acto de liberación contra las restricciones del pueblo, contra el ethos nacional simbolizado por la ley Volstead. Le abrió paso al príncipe encantado que no tenía ninguna de las inhibiciones de mi otro yo de patito feo puritano: una personalidad más libre que se sentía a gusto con los dadaístas, los surrealistas, los bohemios de pelo largo, los escritores y pintores de renombre, a los cuales secretamente envidiaba detrás de mis dos máscaras.

Hay quienes toman un trago o dos y no tienen necesidad de seguir adelante. No es mi caso. Por lo menos eso he aprendido. El gusano sediento que habita mis sesos, susurra destemplado, imperioso, me pide otro y otro. ¿A qué se debe? Si supieras la respuesta ya te habrías descifrado, Frank, ya habrías ascendido al cielo en cuerpo y alma, ya te habrías disuelto en el nirvana.

Si mi hígado resiste el embate al que lo sometí, puede ser que todavía aguante treinta o cuarenta años más. Mientras tanto, aquí estoy, preguntándome qué haré conmigo en el intervalo.

El mar pasa a mi lado, se hincha en jorobas aceitosas. Algo en mí se ha muerto, algo esencial ha desaparecido en estos últimos años incoherentes. Quizás fuera sólo ilusión, juvenil optimismo, pero me siento disminuido por la pérdida. Mejor no pensar ahora, simplemente cerrar los ojos, ofrecerme al sol, inmolarle al fuego mismo, al vacío, mi porción de ego, de deseo.

Entiendo a Frank. A pesar de Paul y de mis hijos yo también me siento sin rumbo, con esa misma sensación de que algo he perdido, de que algo esencial se me ha escurrido entre los dedos.

Noviembre 2, 1931

Mientras estuve en el sanatorio debatiéndome entre sacudidas y ataques de invisibles ejércitos de insectos, pensé incesantemente en mí, en mi pasado, en el desastre que había hecho de mi vida, en qué suerte de futuro podría construirme. Me encontré huyendo hacia atrás, hacia el ayer, impulsado al principio por una especie de fantasía espontánea que se convirtió más tarde en un esfuerzo consciente. Quería determinar exactamente en qué vuelta me había equivocado de camino. La búsqueda se convirtió en obsesión: un medio de escape de mi prisión de paredes blancas, de mi espinosa sed.

Revoloteé, di vueltas alrededor de mi pasado como un zopilote al acecho, marcando sobre la arena mis vacilantes huellas, pasando de un hito memorable al otro. Desde mi objetiva altura pude ver claro que mi matrimonio y todo lo que siguió fue tierra baldía. Cuando fui a París, después de la guerra, yo ya era causa perdida. Retrocedí en mi vuelo con el afán de encontrar un brote verde en el desolado páramo. Busqué ansioso un oasis prometedor donde acaso me hubiese detenido a curar mi angustia, desde donde quizás pude haberme lanzado en otra dirección en vez de seguir ciego hacia delante, a través del desierto sediento que me condujo directamente al sanatorio.

Por fin lo encontré en el verano que siguió a mi primer año, el único de universidad, cuando con Virgil Harrid y Johnny Hayes alquilamos una recua de mulas en Sonora, California, y subimos a las sierras siguiendo el ramal derecho del río Tuolomne.

Habíamos elaborado el proyecto de buscar oro en las alturas, donde nadie había buscado antes: allí arriba, donde nacen los arroyos de arrecifes glaciales. Nuestro objetivo era el de regresar con suficiente polvo y pepitas de oro para poder pagarnos el próximo año de universidad, pero en el fondo, lo único que cada uno de nosotros ambicionaba, era un despreocupado veraneo en las montañas.

Descansábamos a menudo, nos deteníamos en lugares prometedores a pescar truchas, seguíamos subiendo. Abriéndonos paso río arriba. Hacia el final del día acampábamos en prados verdes llenos de pinos. Los venados salían a pastar, las ardillas saltaban por las ramas parloteando, criticando indignadas nuestra intromisión.

Durante una semana seguimos nuestro viaje, vadeando riachuelos subsidiarios, siguiendo huellas de animales a través de los pinos, cuando el río se angostaba entre paredes de roca. El aire se adelgazó, se hizo más punzante; en vez de amapolas y margaritas crecían lúpulos. El río se hizo manso, se perdió bajo las piedras del arroyo, desapareció en el prado.

Por fin nos encontramos de golpe frente a una gran cuenca donde había existido un ventisquero en la última edad de hielo. En el fondo, un lago verde, tranquilo, reflejaba tres inmensas cumbres arrugadas y grises con los hombros cubiertos de nieve. Un prado de flores silvestres rodeaba el lago. Los venados, sin ningún temor, pastaban allí a pleno día. Encontramos una cabaña abandonada, llena de lodo, sin duda construida por algún misántropo esteta. Le servía de base una gran punta de roca que se internaba en el lago.

Desempacamos, juntamos fuego en la chimenea, dejamos a nuestras mulas pacer junto a los venados, limpiamos la cabaña y nos instalamos, sin que nos importara mucho que el barro que cubría las paredes se hubiese caído, que el viento se hubiese llevado algunas láminas del techo.

Los tres, imagino, íbamos en busca de algo más que el oro. Por las noches, después de nuestra cena de venado, frijoles y café, nos

tendíamos sobre las mantas alrededor de los carbones moribundos de la chimenea, mientras un frío duro se colaba por las paredes y por los huecos del techo.

—Qué brutos los que se quedan clavados en una hacienda o en un pueblo chico —nos decía Johnny—. Este país se va a ir para arriba como la espuma ahora que se acabó la guerra, pero ningún pobre hacendado o almacenero de pueblo podrá hacer lo que se llama fortuna. Yo me voy a Nueva York tan pronto como pueda, desde allí se maneja el país. ¿Y tú, Frank, qué piensas hacer?

—¿Qué le respondí?

—Me gustaría conseguir un puesto como corresponsal extranjero —creo que dije—, ver más del mundo y escribir.

Virgil permanecía callado, dándole vueltas a los carbones con la punta de un palo.

—Yo no sé lo que quiero —dijo al fin con su aire incierto y tímido—. No me interesa amasar fortuna como a ti, John, ni recorrer tierras como a Frank.

Hizo una pausa y se quedó mirando al fuego.

—Me gustaría hacer algo útil, algo que yo creyera importante, todavía no sé.

Poco a poco nos fuimos quedando dormidos. No creo que habláramos más sobre nuestros sueños e incertidumbres. Tampoco encontramos oro cerca del lago. Por dos semanas escarbamos al pie de los arrecifes sin ningún éxito. Cuando nos dimos cuenta de que mermaban las provisiones, y nos cansamos de comer venado y trucha dos veces diarias, decidimos regresar. Bajamos por la garganta del río, nos encontramos con pájaros carnívoros, de cola y alas negras que volaban a nuestro alrededor imitando el tintineo de las campanas de las mulas.

Al segundo día, para almorzar, nos detuvimos junto a un pequeño arroyo. Virgil cuidadosamente juntó fuego y puso a hervir agua para el café; yo preparé mi caña de pescar y Johnny sacó su cazuela de recoger oro y empezó a lavar arena.

Había pescado dos truchas grandes y una chiquita y me disponía a llevárselas a Virgil, cuando oí un grito de triunfo. Corrimos hacia Johnny que se había alejado y nos llamaba.

—He encontrado un trazo —nos dijo, todavía desconfiado, mirando intensamente la cazuela que bailaba entre sus temblorosas manos. En el sedimento oscuro se distinguían tres granos de un amarillo opaco que no podía confundirse con el falso brillo de las piritas.

Se nos olvidó almorzar, se nos olvidó que existían las mulas; la fiebre del oro nos mordió y pasamos el resto del día buscando frenéticamente, subiendo por el arroyo paso a paso hasta que se hizo de noche y no pudimos ver más. Devoramos mis truchas y nuestra ración de frijoles mal cocidos, sin saber lo que comíamos. Una y otra vez examinamos los granos amarillos y las dos pepitas, que transferimos cuidadosamente al jarro común. Calculamos que por lo menos teníamos una onza de oro. Nos dormimos tarde esa noche. Después de haber agotado las especulaciones acerca de nuestra fortuna en potencia, nos arrancábamos el uno al otro de las fronteras del sueño con exclamaciones delirantes y pueriles.

Al día siguiente Virgil encontró el primer agujero a eso del mediodía. Por siglos y siglos una piedra redonda había perforado su hueco en el lecho pedregoso del arroyo. Por azar, Virgil introdujo ahí su pala. Sacó doce granos y algunas pepitas. Johnny y yo terminamos de vaciar el agujero, raspamos el fondo con nuestros dedos entumecidos hasta recoger el último grano de oro.

Sacamos más de seis onzas. De ahí en adelante abandonamos nuestra búsqueda al ocaso. Armados de palos puntiagudos nos metíamos descalzos en el agua helada y removíamos la arena hasta que el palo se hundía en otro agujero. Después de tres días nos convencimos de que habíamos agotado todos los agujeros invisibles que se encontraban a lo largo del pequeño arroyo. Teníamos dos bolsitas y media llenas de oro.

El café y los frijoles se nos habían terminado. Estábamos hartos de la dieta de trucha y zarzamoras. A pesar de las protestas angustiadas de Johnny, cargamos nuestras mulas y nos dirigimos a Sonora en tres marchas forzadas. Durante todo el camino, río abajo, Johnny soñó en voz alta, decía que volveríamos con maquinaria a buscar la veta de oro. A lo mejor lo hizo, nunca supe. Cuando llegamos a Sonora, cambiamos nuestro tesoro por $ 1,798 y lo repartimos entre los tres.

Regresé a Oregon por unos días para empacar, despedirme de mis padres y comprar un pasaje de ida a París.

Esa decisión, vista desde mi enfoque de zopilote, fue la que me llevó a la ruina. El arrojarme a los brazos de la vieja ramera de Europa, a la edad de veintiún años, me condujo directamente hasta donde me encuentro ahora.

Frank se lanzó a la aventura; papá Manuel, papá. Mamá, en cambio, nunca lo hizo. Murió viendo París a través de los recuerdos de mi abuelo, de papá, de Frank.

—Es raro, Carmen —me dice mientras caminamos por una calle de Santa Ana—, a pesar de haber vivido aquí toda mi vida me siento como de paso, como si no perteneciese a este lugar. A veces miro a mis hermanas, a mis amigas de infancia, y me resultan extrañas, de otro país, hablando una lengua que no entiendo. Cuando entro en mi dormitorio me parece inaudito no ver allí mis maletas a medio empacar.

Me daba miedo mamá cuando hablaba así. A esa edad yo identificaba los viajes con la muerte. ¿De qué otra manera podría uno irse de Santa Ana? La imaginaba inmóvil en su cajón (apenas han pasado dos semanas), con dos velas encendidas a su cabecera y otras dos a sus pies.

—Algún día voy a encontrar esa ciudad, el lugar al que pertenezco —sonríe mirándome a los ojos.

Dejo de escucharla, siento escalofríos, sólo puedo imaginármela inmóvil, en su caja negra.

Noviembre 3, 1931

Decidí en el sanatorio que tenía que regresar a la orilla del lago perdido, empezar otra vez desde allí, haciendo caso omiso del oro que había en el fondo del arroyo, en las novelas, en Hollywood.

Encandilado por mi convicción, comencé a hacer una lista de provisiones: 10 libras de sal, 20 de café, 20 de azúcar, 50 de harina. Necesitaría un serrucho, clavos, martillo, una olla, una cacerola, un

hacha, dos cuñas para rajar leña, esquíes, un rifle, una escuadra, cinco cajas de cartuchos, 10 de balas, 10 galones de combustible, una lámpara, 20 libros bien elegidos, seis cuadernos, lapicera fuente, tinta, una carga de conservas, frijoles y lentejas.

En la explosión de mi entusiasmo, escribí a Johnny y a Virgil. Las dos cartas tenían el tono pueril del "¿qué haces ahora?" y "¿cuándo nos veremos?" Evité cuidadosamente perfilar mi penosa condición. Estaba anhelante por establecer contacto con mi paraíso perdido, ansioso por asegurarme de que era cierto, que alguna vez lo había habitado. Johnny nunca me contestó.

Llegaría al lago en septiembre, pasaría por lo menos un mes arreglando la cabaña, cortando leña para el fuego, almacenándola bajo los aleros. Almacenaría también carne seca de venado y pescados en sal. Esperaría allí las largas noches del invierno. A esas alturas la nieve comienza a caer en octubre. Conviviría con los venados, los conejos, los pájaros, las ardillas y de vez en cuando, un oso o un puma como novedad.

Comenzaría a escribir cuando el lago se helara y cayera la nieve a lo largo de los pinos. Me encontraría lejos de los periódicos, de las colas para el pan, de las chimeneas sin humo de las fábricas, de las ventanas grasientas y sin cortinas de los pobres.

El sol saldría todas las mañanas detrás de las tres hermanas grises, dibujándolas, bordeando de oro sus perfiles, poniendo en relieve la cortina verdeazul de los pinos en la colina, detrás de la cabaña.

Llegué a formular en mi mente febril un cuadro de criaturas simples (entre ellas yo), comiendo nueces, sesteando en troncos abrigados, mientras la tormenta afuera, azotaba.

El Dr. Adams calificó esta fase como mi período de Walden Pond. Me señaló que un hombre que había ajustado su ritmo a París y a Hollywood, se volvería loco encerrado en una cabaña, aislado y rodeado de nieve durante todo el invierno.

—Es necesario, Frank —me aconsejó—, que lo piense muy bien, examine su deseo y va a encontrar que aún busca escaparse de la realidad.

Luego que hubo disminuido mi entusiasmo lo volví a pensar y me vi forzado a estar de acuerdo con su argumento, pero eso no

contribuyó en absoluto a resolver mi problema. Lo que pasa es que no me interesa la realidad que he visto. ¿Qué solución hay para un hombre con tal dilema? Mi realidad es un caos de ciudades, edificios, calles que hormiguean con rostros innobles, enigmáticos. Cuando era niño, la tierra me parecía poblada por monstruos hostiles, por seres incomprensibles mucho más altos que yo. Aprendía a leer; el mundo de la escuela y de los libros desvió mi atención del mundo de los mayores. Finalmente descubrí que si les escondía mi yo esencial podía convivir con ellos.

Cuando me vino el deseo de escribir armé y desarmé a las personas como antes lo había hecho con el reloj despertador; era otra forma de mantenerlas a distancia, de evitar el contacto directo. Manejaba palabras y no seres humanos; si alguna vez me veía amenazado por una crisis emotiva, corría a refugiarme en el alcohol.

Mi matrimonio con Carole no fue una verdadera experiencia emotiva. Ella fue un símbolo para mí: la rubia esplendorosa, hija de una antigua y rica familia de Filadelfia. Según todas las apariencias, había huido de las convenciones idiotas y los lugares comunes, se había liberado de su ambiente para venir a estudiar pintura a París. Imagino que ella me vio bajo las mismas luces: el joven escritor rebelde (un gesto muy de moda entonces) que había triunfado y parecía destinado a escribir encendidas novelas por el resto de su vida.

El matrimonio acerca demasiado como para que duren las ilusiones superficiales. Carole me observó, me escudriñó desde sus agudos impertinentes filadelfianos, descubrió que sólo era un tímido muchacho de Oregon con algún éxito accidental que había quedado atrás y con muchas dudas tortuosas para el futuro. Por mi lado descubrí que su apartamento de Montparnasse no era tan ascéticamente bohemio como me había parecido al principio, que sus pinturas y sus telas acumulaban una capa de polvo mientras corríamos en círculo desde los bistrós de vanguardia en la *rive gauche*, a los elegantes salones del siglo XVIII en la Ile Saint Louis.

Me resultó cómico observar al doctor Adams preparándose a librar su cotidiana batalla con mi recalcitrante arcángel. Era un contrincante difícil, pero no pudo conmigo, no era posible, yo ya esta-

ba de vuelta, había rechazado los buenos consejos de amigos igualmente insistentes y mucho más sutiles que él.

De no haberme cansado de la farsa, allí estaría, tendido en su sofá, defendiéndome de sus indulgentes silencios y de su alerta pluma.

7

En el candor de su diario, en el entusiasmo de su deseo por recobrar el paraíso perdido, siento a Frank como a un niño extraviado, un niño irónico e introvertido que perdió de mala gana su inocencia.

Yo la perdí temprano. De niña estaba segura de que lo único que se precisaba para alcanzar el triunfo era salir de Santa Ana. Mamá me enseñó a pensar así, crecí bajo el vapor de esa ilusión.

Papá nunca perdió la suya. Sigue soñando con Nicaragua, con la unión de Centroamérica, como Frank con su lago perdido en las sierras.

—Al terminar mi secundaria en León —nos cuenta—, me vine a San Salvador a hacerme médico. Me fui a hospedar en un mesón, al día siguiente empecé a buscar trabajo. Lo primero que me preguntaban era: "¿De dónde es usted?" "Nicaragüense". "No hay trabajo para los nicas". Desde entonces lucho por la unión.

Por largos años papá se ha pasado los días escribiendo ponencias, enviándoles telegramas a los presidentes de Centroamérica para que se haga la unión. En su oficina hay cajas llenas de papeles, cartas, telegramas, grandes planes para derrocar a los Somoza.

—Tenemos que echar a esos bandidos del poder —le oigo decir desde hace treinta años—. Dios me ha de dar vida para verlos fuera de Nicaragua, o muertos.

—No seas tonto, viejo —se irrita mamá—, estás malgastando el dinero que nos hace falta. ¿No ves que todos los que te piden para la revolución son unos oportunistas? Te están explotando, te engañan con sus grandes planes y después se burlan de ti.

Se escondió de mamá, pero sigue dando dinero, haciendo planes huecos para volver a la tierra de su infancia.

Mamá, en cambio, perdió su inocencia. A veces tenía brotes de una picardía adolescente, la risa le nacía espontánea, pero no es así como más la recuerdo. Casi siempre tenía una mirada grave (su mirada india, la llamaba papá), mesurada, como si buscase muy hondo dentro de sí.

El viaje a Yucatán. Mi primer viaje en avión: San Salvador, Guatemala, Mérida. Mamá y Eugenia me llevaron. Yo temblaba entre risas viendo cómo la tierra se alejaba, cómo se partían las nubes de algodón. Los caminos, abajo, se cruzaban como hilos sobre la carpeta verde y arrugada.

Tenía catorce años; hacía mucho que había pasado lo de Frank. Mamá llevaba consigo sus memorias en ese peregrinaje. ¿Por qué me dejó el diario, por qué no lo quemó? Ahogándonos de calor nos fuimos en camioneta para Uxmal: gallinas en cestos, bultos atados con hilos de henequén, olor acre a sudor, indias vestidas de blanco mirando por la ventanilla el panorama, polvo hirviente lloviéndonos detrás.

Subí al castillo del enano, contemplé el paisaje monótono, plano, sembrado de cactus y henequén, bajé despacio las gradas desiguales; mamá me tomó una foto sentada sobre un impasible *chacmool* donde antes depositaban corazones humanos todavía palpitantes. Caminé por el patio de las monjas, toqué el mosaico de sus paredes, la serpiente ondulante, la nariz elefantina de los dioses del maíz y de la lluvia. El calor, aun en la sombra, era insoportable al mediodía. Matamos tres alacranes en la choza en que dormíamos.

Me maravillé con aquella ciudad muerta, pero no la entendí. Sus formas me eran extrañas: una serie de estructuras hechas al azar por dioses niños que tenían un aspecto extrahumano. Fue don Chico, meses más tarde, quien me hizo entender que todo eso había sido construido por una raza de seres como yo.

Recuerdo a mamá erguida, posando a la orilla de un cenote sin oír mis preguntas. Tenía todo el aire de una princesa maya a punto de ser sacrificada, arrojada con sus brazaletes y sus collares a los brazos de Tlaloc.

Su actitud me pareció falsamente dramática entonces. Estaba herida en mi amor propio porque no participaba en mi parloteo pueril. Pensé con rabia que se veía ridícula, de pie junto al cenote, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Oía la voz de Frank aquí en el patio diciéndole: "Hay pozos enormes, grandes cavidades que se llaman cenotes. El agua es de un verde lechoso; los mayas sacrificaban allí a sus más lindas vírgenes para asegurarse la cosecha del año venidero".

8

Noviembre 4, 1931

Hoy amaneció el mar cubierto de medusas gigantescas que flotan bajo la superficie. La proa del barco las parte como un arado, abriendo surco a través del campo de hongos transparentes. Hemos navegado tanto que ya me identifico con el Viejo Marinero de Coleridge. Como él, sin proponérmelo, quizá me asomé por la borda esta mañana y bendije a las medusas. Acaso a eso se deba el que no haya sentido al albatros colgando de mi nuca, haciéndome cosquillas en el pescuezo con sus plumas secas. Empiezo a acostumbrarme a la sensación de bienestar. La acepto sin darle vueltas, como acepto los otros milagros cotidianos del sol, el aire fresco, el mar.

A veces desconfío de esta reacción, puede que sea una trampa que yo mismo me esté tendiendo, pero por de pronto quiero aceptarla así, dirigir mi intención hacia otros problemas.

Luego del descanso de toda una semana, me siento con fuerzas para hacer el balance de mi estado actual. Es hora de encarar el hecho, por ejemplo, de que me encuentro aquí, a bordo de un crucero decrépito y oxidado, en tránsito hacia ningún punto en particular, debido al impulso de un antojo. Puede ser que dicho antojo haya nacido del vacío, de la desesperación, pero eso no lo justifica en manera alguna, no le confiere un sentido especial.

La mañana que salí del sanatorio me sentía como un reo cuya condena había acortado por buena conducta. Mientras estuve encerrado, pensé en mi futuro como en una cosa lejana: nunca se me ocurrió en qué haría con cada una de mis horas, una vez libre. El



doctor Adams me abasteció con algunos últimos consejos: el equivalente moral de diez dólares y del gastado traje del ex-convicto.

—Ya se conoce lo suficiente, Frank —me amonestó—, como para no volver a oler siquiera un corcho. Simplemente siga esa regla y todo andará bien.

No cabía la menor duda, estaba libre, más libre que la mayoría de los hombres. No tenía padres, mujer, hijos, trabajo. Sobre todo no tenía ambición ni destino fijo. Era un peón extra en el tablero cómico. Mientras esperaba el taxi me sentí tan sin dirección, tan sin gobierno como una nube; así de evanescente. La sensación de vacío era intolerable, el hombre es una batería espiritual con ansia de cargas emotivas. Como la naturaleza, aborrece el vacío.

Llegó el taxi, arrojé mi maleta en el asiento de atrás y subí. Tuve el impulso momentáneo de ir a visitar a Barry Logan, un amigo escritor que trabajó conmigo en el mismo estudio de Hollywood. Todas mis pertenencias, que apenas incluían dos o tres trajes y algunos libros, las guardaba Barry. Mi larga convivencia con el alcohol había reducido a un mínimo mis bienes materiales. Tan pronto como el impulso atravesó mi mente, empecé a recordar, en episodios desarticulados que surgían desde la niebla de mi amnesia alcohólica, la última vez que estuve en su apartamento. He aquí algunos ejemplos: tendido sobre la alfombra de la sala balbuceaba sandeces, gesticulaba con una botella vacía de coca cola de la que no podía zafar el dedo. Pacientemente Barry me llevó hasta su auto; yo me sentía descoyuntado, sin huesos, ruidoso. Al llegar a mi apartamento, me acosté sin desvestirme. Barry hacía lo posible por sacarme los zapatos y yo lo pateaba, riéndome.

—No —me dije—, no iré, Barry se ha ganado su libertad.

—Lléveme al centro —pedí al chófer.

Mientras nos encaminábamos, sin dirección precisa, empecé a darme cuenta de que no me quedaba un amigo en el mundo. Hacía ya mucho tiempo que había agotado la paciencia de todos. Aun los adulones y los parásitos de Hollywood me abandonaron al darse cuenta de mi vertiginosa declinación. Hasta por teléfono me eludían; si se me ocurría llamar a alguien, invariablemente encontraba al otro lado de la línea una pausa o una apresurada excusa. Un sin-

cero dipsómano como yo, no tiene amigos, los suprime de su vida con una rabia infantil o un gesto avergonzado. Lo que más desea es volver, sin que nadie lo moleste, a lo único que le interesa: la próxima copa.

Comencé a entender que había sido un egoísta, que durante los últimos años no me había brindado a nadie y por lo tanto no tenía derecho a reclamar. Nadie se interesaba por Frank Wolff, nadie hubiera querido perder su tiempo para oír mi crónica desventurada. Cuando el taxi me depositó en una calle del centro, el traje espiritual que me proporcionara el Dr. Adams se había encogido bastante. Apenas quedaba un harapo para cubrir mi desnudez.

Me hospedé en el Biltmore. No llamé a nadie, no fui a Beverly Hills a buscar mi ropa o mis libros. Cuando aún me encontraba en el sanatorio, el estudio me informó por medio de su abogado, que habían cancelado mi contrato por falta de cumplimiento de mi parte, y que una suma de dinero había sido depositada en mi cuenta bancaria. No tuve la menor intención de discutir con ellos, no quería ver a nadie. La mayor parte del tiempo la pasaba asomado a la ventana mirando a los grupos de gente sin trabajo dar vueltas, apiñarse dispersarse bajo mis ojos en Pershing Square. Salía para comer. Compraba periódicos y me sentaba a leerlos en un banco del parque. Compraba también maiz tostado y les daba de comer a las palomas desde mi banco. Todos los días iba al cine, regresaba a mi habitación, me tendía sobre la cama, luchaba con el deseo de beber una sola copa, apenas una, para animarme un poco.

Así pasé varios días. Unicamente podia leer revistas y periódicos, nada que me obligara a concentrarme. El tedio gris de Los Angeles se extendía como niebla. No sentía deseos de escribir, no se me ocurría ningún lugar de los Estados Unidos donde me hubiese gustado ir, ningún sitio que pudiera aliviar mi angustia. Era una lámpara quemada, pero mis nervios me seguían azotando noche y día mientras estuve allí, postrado en la cama.

De pronto se me ocurrió sacar la carta de Virgil y releerla. Mi carta le había sido enviada probablemente por sus padres y unos días antes de salir del sanatorio recibí la respuesta. En el sobre decía: Santa Ana, El Salvador. Me informaba que pertenecía a una secta

evangélica y que trabajaba como misionero en Centroamérica. ¡Qué horror!, pensé, se ha convertido en fanático religioso. Con eso los borré a él y a su carta de mi pensamiento.

Días después, sin embargo, cuando me vi atascado en el intolerable vacío de Los Angeles, empecé a recordar el año que viví en México, mi deslumbramiento con las viejas ruinas mayas de Yucatán, la decisión que tomé entonces de visitar algún día Honduras y Guatemala para ver más de esa fascinante y muerta civilización. Era la primera chispa de interés, el primer buen signo que sentía después de abandonar el sanatorio. Me pasé tres días en la biblioteca pública de Los Angeles, leyendo acerca de los mayas al sur de México y en la América Central.

La carta de Virgil no decía gran cosa de El Salvador, pero se entreveían relámpagos de hojas verdes y conos volcánicos. Me hizo recordar el verano que pasamos juntos en las sierras, hacía ya diez años. Quizá como buen hijo de pastor, por más renegado que me proclame, tengo un deseo morboso por saber en qué clase de persona se ha convertido Virgil, y averiguar por qué decidió dedicar su vida a servirle a Dios. Su carta se concretaba a hechos, no era santurrona ni falsa. Quizá sea posible dialogar con él.

Lo cierto es que me decidí en el momento a visitar las ruinas mayas de Centroamérica y luego volver por México para ver cómo andaba su revolución. Desembarcaría en El Salvador, le caería a Virgil de sorpresa, pasaría unos días con él y luego bajaría a Honduras.

Encontré pasaje en un buque de carga que salía de San Pedro hacia Panamá pocos días más tarde, y hasta la fecha, la terapéutica del viaje ha resultado ser más eficaz que el sanatorio del Dr. Adams.

Noviembre 7, 1931

Mi odisea marina tocó su punto final esta mañana, cuando desembarqué en La Libertad con mi aleta y tomé el trencito de juguete a San Salvador. Llegué a la capital sin prejuicios previos, sin planes concretos en cuanto a la duración de mi estadía.

A primera vista la ciudad me deprimió. La vegetación exuberante y verde que se veía desde el tren, los conos volcánicos en el horizonte, prometían un paraíso tropical. Mis ilusiones se hicieron trizas al llegar.

El jet inclina un ala hacia el lago de Ilopango. Lentamente se endereza. La estrecha fila de casas de Panchimalco, la mancha blanca de edificios de San Salvador contra la verde joroba del volcán. Toca tierra el avión, ruge cauteloso hacia su parada. Alfredo está solo, esperándome en la terraza, lleva lentes oscuros, ¡ya murió! Llegué tarde, murió... La última vez por lo menos treinta personas de la familia me esperaban bajo la arcada. Papá y mamá en el centro, gesticulando, riéndose al verme bajar las gradas. Murió, ¡no volveré a verla nunca más!

—Salvadoreños primero. Por aquí, señora, haga el favor.

Me mira con curiosidad, mira las lágrimas que asoman bajo mis lentes. Qué calor, este aire me anestesia. ¿Dónde está la llave? No la encuentro. El porte de mi madre, su manojo de llaves en el cinto.

—Está servida, señora.

Nada me cabe en la cartera, ¿por dónde es la salida?

—Su pase, señora,

—No lo encuentro.

—No importa, tenga la bondad.

—¿Cuándo murió?

—Anoche, te esperaba. Hoy a las cinco es el entierro.

—Hice todo lo posible.

—Fue muy rápido.

—¿Te das cuenta?, ¡no volverla a ver!

—Bien, todos están bien.

—¡Cuidado, el camión!

El San Andrés tiene flores igual que la última vez.

—Qué lindo este camino —me decía—, mira el maquilishuat.

—¿Estamos en Colón?

—Sí, hemos corrido, ya van a ser las doce.

Nos detenemos detrás de una camioneta.

—Pupusas de lorocos, niña, ¿no me compra?, de queso, de chicharrones. Cóoompreme, niña —gritan a una las mujeres; se apiñan

junto al auto, las caras sudorosas, los canastos llenos de pupusas, de frutas, de enjambres de moscas.

—Están más frescos los míos, mire, niña, cómpreme jocotes de corona ¿o quiere mangos mejor?, se los doy bien baratos.

—No hijita —me decía—, no comas eso, son tan sucios.

Arranca el auto. Se quedan las mujeres con sus gritos.

9

—Niña Carmen —me interrumpe la María—, la niña Celia y la niña Meches la esperan en el patio.

Allí están las dos, sentadas como monumentos: tiesas gordas, vestidas de negro. Según mamá, Celia fue muy linda cuando joven, con una cintura que se le quebraba.

—¿Qué tal? —me saludan a coro, levantándose al mismo tiempo con dificultad. Parecen alegrarse de mi presencia. Con papá se hace cada día más difícil conversar.

—Mil gracias, Meches, por las flores tan lindas que mandaste para el novenario. Después de una semana todavía estaban frescas.

—Cómo te estás pareciendo a tu mamá —exclama Celia—, ahorita al verte venir por el corredor me dio un vuelco el corazón.

Papá me mira con ojos ausentes y no dice nada. La mecedora chilla, chilla, chilla.

—Qué me alegro que te hayan gustado —dice Meches—, yo misma fui a Santa Clara a escogerlas. Los gladiolos estaban lindos, ¿verdad? El año pasado se sacaron el primer premio en la feria que hubo en San Salvador. Son de los Estados Unidos —dice, mirando a Celia—, de allá trajo los bulbos la Julia. Toditos florecieron, el clima de Santa Clara es ideal.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —me pregunta Celia.

—Todavía no sé, creo que un mes más.

—Qué bueno, así el doctor no está tan solito.

—¿Por qué no se anima a irse unos meses con ella? —le pregunta Meches—, le caerían bien unas vacaciones.

—No —dice papá con la voz cansada—, de salir de Santa Ana sería a Nicaragua; si no, aquí me quedo.

—Yo a lo mejor me anime a mandar a la Sarita —dice Celia—, ya este año termina su secundaria. ¿Tú sabes de algún buen colegio de religiosas en Washington?

—No, pero con gusto te puedo averiguar.

Me harías un gran favor y quizás de vez en cuando, si no es mucha molestia, la Sarita podría pasar un fin de semana en tu casa.

—Cómo no, por supuesto.

Un colegio de religiosas, que nunca salga sola, que pase los fines de semanas con gentes de su pueblo. ¿Por qué la mandan? Podría aprender aquí el inglés. Va a regresar igual, con todos sus prejuicios acentuados, desparramando inglesazos cuando habla para que sepan que se ha educado fuera. A la Meches hasta el alemán se le olvidó, es lo único que trajo de sus cinco años en Munich. Ahora la moda es Estados Unidos. Si yo viviese aquí no creo que mandaría a Lisa. Tengo terror de que mis hijos se formen allá, que se conviertan en "*regular fellows*".

—Que satisfecho me siento de tu matrimonio —me dice papá—, Paul es bueno, sin vicios, trabajador.

Tiene razón; Paul es buen marido si con eso se quiere decir un buen proveedor. Me llena de máquinas, de aire acondicionado, de aparatos de televisión, de todo lo que marcha con sólo apretar un botón. Nunca discute mis reproducciones de abstractos, ni los muebles modernos que elijo. Yo sé que a él le habría encantado amueblar la casa con esos sillones confortables en los que uno se hunde al sentarse, mesas sólidas barnizadas en oscuro, cuadros de paisajes o de pájaros volando. Le habría convenido otra mujer; conmigo no se siente cómodo.

La diferencia de religiones nunca fue un problema, ninguno de los dos es sectario, lo que nos separó más que cualquier otra cosa fue el conflicto de nacionalidades. Al principio, cuando discutíamos la política de los Estados Unidos hacia la América Latina, cada uno estaba seguro de poder cambiar algún día la opinión del otro. Ahora, ya demasiado tarde, me doy cuenta de que todas esas discusio-

nes acaloradas no hicieron más que congelar la posición de cada uno; nos volvimos empecinados, intransigentes. A lo mejor Paul tiene razón cuando dice que yo tengo prejuicio contra los Estados Unidos, pero ahora más que nunca está de acuerdo con la política de Washington hacia los países latinos. Creo que necesita afirmarse en sus maravillosas instituciones democráticas, que de no ser así su mundito se le vendría abajo y para él sería muy difícil encontrarse solo, sin apoyo. Por supuesto sus periódicos nunca mienten, todos los grandes monopolios son modelos de filantropía.

—Ah, si pudiera dejar mi trabajo y dedicarme a la pintura —suspira y se pasa los dedos por su pelo cortado al rape—, pero la educación de los niños, ¿sabes? (emana de sus frases un olor a santidad).

Yo al principio le creía. Ahora advierto que es una pose que adopta para quedar bien conmigo. Paul no se dedicaría a la pintura ni aun cuando le garantizaran el doble de lo que gana ahora. Los artistas no tiene aureola en los Estados Unidos. A Paul le gusta sentirse ciudadano sólido y respetable.

Es extraño: mamá nunca me habló mucho de Paul, nunca me hizo preguntas ni me dio su opinión. ¿Se habrá dado cuenta? Siempre hice lo posible porque ella creyese... y Paul fue fino, la quería a su modo. Además hablaron poco, a mamá le cohibía su acento en inglés y Paul nunca aprendió a hablar el español; dice que no le queda tiempo.

Washington le gustaba a mamá: ir a pasear al *Rock Creek Park*, visitar a *National Gallery* y la *Phillips*, caminar por Georgetown, admirar vitrinas. Al principio a mí también me gustaba.

—Dichosa tú —me decía—, con todas las oportunidades que tienes aquí—. Yo sentía una punzada. Ella estaba segura de que yo sería feliz si me iba de Santa Ana; lo mismo debe pensar Celia con respecto a Sarita. No resultó, mamá, debía haberme dejado seguir aquí, echarle la culpa a Santa Ana.

A lo mejor en París habría sido distinto; en los Estados Unidos todo me parece artificial. A lo mejor si Paul hubiera sido más como Frank. Quién sabe. Mi antagonismo es sin duda exagerado. Eres muy apasionada, Carmen. Pero se me paran los pelos de punta

cuando oigo decir a Paul y a sus amigos: *"God's country"*. *God's country* con los negros tratados peor que animales, *God's country* con su complejito de superioridad hacia el resto del mundo, *God's country* con una escala de valores puramente materialista y anuncios en los periódicos que dicen: *"Gentiles only"*.

—Creo que las monjas del Sagrado Corazón tienen un colegio en Washington —me dice Celia—, ¿no lo has oído nombrar?

—No, pero en cuanto regrese voy a averiguar y te enviaré prospecto.

—Antes de que te vayas —dice Meches—, tienes que venir a ver la casa que les regalé a Lito y a Tere. Yo tengo allí mi cuarto para cuando quiera quedarme —sonríe—, vieras qué linda quedó, el jardín está precioso, por supuesto que me ha costado una fortuna; hemos hecho traer rosas de Inglaterra y plantas raras de la India que Lito quería. Hay una piscina —se le desliza la dentadura postiza y tiene que hacer una pausa para arreglársela con la lengua— donde pasan el día los cipotes. Es el único lugar que tiene agua en toda esa región, fíjese qué suerte, doctor.

—Tienes que verla, Carmen —se dirige de nuevo a mí—, a ver si un día de la semana entrante vienes a tomar café con nosotros; te va a encantar. Toda la piedra de la pared de enfrente —levanta el brazo con un gesto ampuloso— la hicimos venir de Guatemala; los azulejos de los baños, las alfombras, los muebles, los espejos, todito se pidió a los Estados Unidos.

—¡Sí! —exclama Celia—, es un palacio la casa, Lito no sabe lo dichoso que es con semejante tía.

—Lo único malo, doctor —continúa Meches inexorable—, es que el traspatio, donde tenemos la bomba, se mantiene lleno de gente que llega a comprar agua. Son tan sucios, da lástima ver cómo está de shuca la pared que da a ese lado: el otro día Lito tuvo que decirle al mandador que echara a una mujer que estaba muy tranquila comiendo con sus hijos debajo del amate. Es increíble el atrevimiento de esas gentes.

—Sí —dice Celia—, no se puede con ellas, las pobres están acostumbradas a vivir como animales y todo lo arruinan y lo ensucian.

—A veces me dan ganas de quitar la bomba —dice Meches—, pero es buen negocio, ya le digo, doctor, es el único lugar donde hay agua por ahí.

Papá mira a través de ella, y se sigue meciendo.

—Ayer estuve donde tus tías viejas —me dice Celia, mientras María aparece al fin con su carroza de café humeante y de pasteles.

—¡Quesadillas! —se interrumpe con un chillido de gusto—, y de donde la niña Conchita. Es demás, nadie las hace como ella.

Empiezo a servir el café y Celia retoma el hilo de su conversación .

—Pobre Virginia, ya casi no ve, pero es divina: tenía el San Antonio en penitencia, mirando a la pared porque no le había concedido no sé qué cosa.

En los días de mamita María era distinta su casa. Se mantenía llena de niños, de música, de plantas, mamita María tocaba el piano y nos hacía cantar. Había un baúl con retratos, disfraces, sorpresas inesperadas que ella fabricaba. Entre nietos y biznietos éramos más de cien. A Alfredo le regalaba caleidoscopios y piñatas para su cumpleaños; a mí libros diminutos con frases célebres que cortaba del periódico.

—Es especial —nos cuenta mamá—, a pesar de haber sufrido tanto, nunca se quejó ni perdió su alegría.

Aun cuando ya no se levantaba, pocas semanas antes de morir, me hacía bromas cada vez que llegaba a verla después de mi lección de tenis.

—¿Quieres leerme otro capítulo? —me preguntaba, ávida, señalando el libro sobre su mesa de noche. Era "lo que el viento se llevó". Se entusiasmaba con la picardía de Scarlett O'Hara y estaba secretamente enamorada de Rhett Butler.

—Apenas tienes trece años —se preocupaba en voz alta—, no sé si hago mal en dejar que leas esto, pero y vieras —le brillaban los ojos— cómo se parece Rhett a tu papá Jorge.

—¿Y la Cata? —pregunta Celia rompiendo el silencio ritual del café y las quesadillas—, me imagino cómo habrá quedado después

de la muerte de tu mamá. Ya tiene como treinta años de estar con ustedes, ¿verdad? Es una joya la Cata. Tesoros como ella ya no se encuentran —dice poniendo su taza sobre la mesa—, ahora todas son unas demonias, nada les parece suficiente. Yo a mi cocinera le pago sesenta colones mensuales, le doy una tarde libre a la semana y todavía se queja. Está de plomosa que uno de estos días la voy a echar.

Si no se van pronto voy a estallar. ¿Cómo pudo aguantar mamá? Todo está igual que antes y peor. Todo ha ido en declive; no pasa nada en Santa Ana. Los días, los meses, los años no significan nada; sigue el pueblo con una sola librería, sin sala de conciertos, sin restaurante. Nada en qué ocupar las horas. Los hombres beben, las mujeres despedazan al prójimo. Un mundito ciego sobre otro mundito estrecho y más munditos sofocantes abajo: los siete círculos devastadores de Santa Ana en la quietud de su infierno. Las tías viejas se marchitan sin hacer nada, se arrebujan como hongos en la casita oscura, esperando la muerte. Marchitas, encogidas, se arrastran de un cuarto a otro rodeadas de gatos, oliendo a gatos, tomando café con leche, mojando migas de pan en el café, incapaces de pensar en nadie más que en ellas almacenando como avaras sus días escuálidos y mezquinos. Era mamita María la que encendía la casa con su presencia; era mamá la que encendía esta casa. Ahora que no está, papá se ha derrumbado; nunca pude imaginar que papá perdiera su vitalidad, su determinación de modelar la vida a su antojo. Las plantas se van a secar, la maleza va a inundar el patio, los cuartos cerrados se van a llenar de moho y telas de araña polvorientas van a ir brotando en todos los rincones.

Alfredo no tiene el carácter como para llevar las riendas. La última vez, cuando vine con Paul y los niños a pasar aquí las navidades, Alfredo ya se había muerto por dentro. Llegó como a las nueve de la noche, me miró con los ojos colorados.

—¿Y mi mujer? —preguntó—, creí que aquí estaba. Venite, vamos a buscarla.

Nos fuimos en el auto a toda velocidad.

—Cuidado, Alfredo, por favor.

—Nadie se muere la víspera —sonríe—, de todos modos sería mejor que me destiñera de una vez, soy la oveja negra de la familia, el viejo allí se pasa furioso conmigo, casi ni me habla.

Hicimos un brusco viraje para evitar a un peatón.

—¿Sabés una cosa? Desde hoy en la mañana sabía que me la iba a poner. ¡Cabal! Como a las once me encontré con un chero en el atrio de la Catedral y hasta ahora hemos estado chupando en La Florida. ¿Qué te parece?

Se ríe con los labios flojos, paramos con una sacudida y un chillido de frenos frente a su casa. Ana, asomada al balcón; intenta decirle algo, pero él la ignora y desaparece por el pasillo. Ana baja las escaleras; nos besamos en el aire.

—¿Y los niños?

—Acaban de despertar, hice que durmieran su siesta después del refresco —me mira distraída—, pero ya la Chon los está vistiendo. ¿Quieres subir?

El ruido de un disparo nos llega desde el dormitorio. Corremos por el pasillo, las dos pensando lo mismo; tropezamos al querer abrir la puerta. Alfredo, sentado al borde de la cama con la pistola en la mano, se ríe burlón de nosotras.

—¿Las asusté?

—¿Qué te pasa, Alfredo? —susurra Ana con rabia—. ¿Te has vuelto loco?

—Quería matar a una cucaracha que andaba por la pared. En la mera cabeza le di.

Alfredito y Pepe, con los ojos agrandados de espanto, se refugian en las faldas de su madre.

—Vayan a sentarse al auto —les ordena Ana—, ya nos vamos a ir donde los abuelitos.

Los empuja precipitadamente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Qué linda nochebuena para tus hijos, Alfredo —dice cerrando la puerta tras ella.

Alfredo me mira: detrás de la máscara de labios blandos, en lo más hondo de sus ojos, asoma una súplica.

—No empecés vos ahora —me dice guardando la pistola en la gaveta de la mesa de noche—. Ya verás cómo uno de estos días voy a apuntar en la dirección debida.

La mecedora chilla, chilla, chilla. Meches chilla también:

—¿Ya sabías que la hija de la Lidia González se casó en México? Dicen que el muchacho es magnífico, un gran partido: rico, de buena familia, con profesión, y además muy católico. Verdaderamente, la suerte de la fea la bonita la desea, porque no me vas a decir, la Lidiecita es bien fea, toda seca; sin gracia. En cambio ahí tenés a la pobre Gloria, tan bonita y no puede encontrar marido.

A lo mejor yo también estoy muerta, todos los días muero un poquito más al lado de Paul. Cada vez tenemos menos que decirnos. Para terminar nuestras discusiones me recita con aire prepotente el estribillo: *You are too emotional; it's impossible to talk to you.*

Ya sé que soy emotiva, que me falta razonar con lógica, pero la vida también es así, no está hecha de silogismos aristotélicos, ni de triángulos o paralelogramos. Me ve como si fuese una muñeca de la cual él cree saber todas las reacciones. Si me viese más como a un ser humano, puede ser que algo se salvara de nuestro matrimonio. Muchas veces me he hecho el propósito de ser una buena esposa, de seguir los consejos del *"Ladies Home Journal"*. Cuando llega de la oficina lo recibo con la sonrisa ancha. Le ayudo a quitarse el saco, le llevo las pantuflas me intereso por la bolsa. Ni siquiera nota mi esfuerzo. Reacciona como siempre: me contesta con monosílabos, se hunde en su sillón y esconde el rostro detrás de su periódico. ¿Qué nos queda para salvar?

—¿Qué tal, qué tal? —entra el Dr. Selva, sacando hacia adelante la barriguita y meneando la cabeza. Sólo las cejas le han quedado blancas, la cabeza llena de parches colorados, grises, negros. Papá se anima al verlo.

—He venido a invitarte a una mesita de billar —le anuncia dándole una palmada en la espalda—. Hacés falta en el casino, los muchachos te reclaman.

—Sentate un rato —sonríe papá—, ya veremos.

—¿Qué tal su familia, Carmencita? ¿Ha sabido de Paul?

Sin esperar mi respuesta se dirige a todo el grupo:

—El coronel Gutiérrez acaba de morir.

—¡Que en paz descanse! —exclama Celia—, estuvo mucho tiempo enfermo, de seguro que el entierro va a estar solemne.

—Por supuesto —afirma Meches—, yo oí decir que hasta el general Sisniega pensaba venir desde San Salvador.

¿Recuerda, papá —interrumpo—, cuando el coronel le pegó a aquel preso que tenía las manos atadas?

—Que Dios lo perdone —dice papá—, pero fue muy duro el coronel.

—Cuando sucedió lo de ese preso, ¿ya había pasado la revuelta?

—Sí —dice papá incorporándose en la silla—, acababa de pasar y el coronel le ordenaba a la guardia que pusiera preso o liquidara a todo el que parecía sospechoso. Se cometieron muchos abusos.

—En Izalco le temblaban —recuerda el Dr. Selva.

—Es cierto —dice Meches—, ya se me había olvidado que en este tiempo usted trabajaba en Izalco.

—Sí —dice el doctor—, estuve sirviendo como médico forense. El coronel tiene muchas cuentas que rendirle a San Pedro.

Pobre hombre —exclama Celia muy segura de sí—, hay que reconocerle que también hizo mucha obra. Acuérdese —se dirige a papá— que él fue el organizador de la guardia cívica. Sin eso quién sabe, nos hubieran volado a todos la cabeza, igualito a Cuba estaríamos.

—Perdone que la contradiga —le replica papá mirándola a los ojos—, pero en la famosa guardia cívica había muchos matones. Con el pretexto de defender el país se cometieron crímenes horribles.

—¿Cómo dice eso, doctor? La guardia cívica estaba formada por muchachos decentes. Algunos de tus tíos —me apunta con la barba—, Pedro, Rodolfo, Ricardo, estuvieron allí.

—¿Usted ya no se acuerda, verdad Carmencita? —me pregunta el Dr. Selva.

—Qué se va a acordar —dice papá—, apenas tendría siete años.

—Fue terrible —sacude el Dr. Selva la cabeza—. En Izalco fue peor que aquí.

¿Conoció a Martí? —preguntó.

—Ese fue el criminal —se indigna Meches—, el que tuvo la culpa del levantamiento.

El Dr. Selva sonríe resignado, y papá se impacienta.

—Perdón, Meches —dice inclinando el cuerpo hacia adelante—, yo fui amigo de Farabundo y no era ningún criminal. Fue secretario de Sandino y era muy valiente. Puede ser que tuviera ideas equivocadas, pero vivió lo que predicó.

—Junto con él fusilaron a aquellos muchachos Luna y Zapata —interviene el Dr. Selva—, ¿te acordás, Alfonso? El pobre Luna apenas tenía veinte años y se acababa de casar.

—A eso se exponen —salta Celia—, muchachos locos, les gusta sentirse santos antes de tener experiencia con la vida. No se dan cuenta de que los zapateros y los pordioseros existen porque no sirven para otra cosa. Yo al coronel Gutiérrez lo admiraba. Hizo todo lo que pudo.

—Unitos quedaron en Izalco —le contaba a mamá la indita que venía a pedir limosna—. Unitos se miraba los pies descalzos.

—Ya es hora de que nos vayamos, Celia —se levanta Meches sacudiéndose. Las acompaño hasta la puerta con mi sonrisa falsa. Me abrazan, distantes, y salen taconeando fuerte. ¿Cómo pudo mamá soportar esto?

—Pasaron cosas terribles —continúa papá recordando mientras se mece—. Parte de la guardia nacional se sublevó. Perico Ramos era guardia cívico y el coronel lo envió a Izalco al comando de un camión. Perico me lo contó después; estaba obsesionado. Dice que de repente el camión se detuvo frente a un tronco de árbol y que detrás había campesinos armados de machetes. "Dispará", le ordenó Perico al guardia que tenía montada la ametralladora sobre la cabina. El guardia no le hizo caso, entonces Perico sacó la pistola y lo mató. Se puso él mismo a manejar la ametralladora hasta que despejó la carretera. "Bájense", les dijo a los otros guardias que venían con él, "aparten el tronco". Los guardias no querían, pero aquél los

obligó. Después le ordenó al chófer que pusiera en marcha el camión. No hubo tiempo de apartar los cadáveres y tuvieron que pasar por encima de ellos. Pobre hombre, desde entonces quedó neurasténico —dice papá.

—¿Usted estaba en esos días en Izalco, doctor? —preguntó.

—En esos propios días no —cruza y descruza las piernas—, aquí estaba en Santa Ana. Llovía ceniza, ¿te acordás, Alfonso? El coronel me llamó y me dijo que había un problema en Izalco y que me necesitaban. Sólo eso me dijo.

Puso un camión y cuatro guardias a mis órdenes. Al llegar me estaba esperando un teniente joven; estaba pálido. "¿Dónde vamos a enterrar a tanta gente, doctor?", me preguntó. "El coronel tiene miedo por el agua, puede haber epidemia". Me llevó hasta donde estaban los muertos hacinados como leña. Yo miraba los montones, con pies y brazos saliendo de aquí y de allá. "En las tierras baldías, al pie del volcán", le dije, y ya no pude hablar más.

—Sí —suspira papá—, así fue cómo el general Martínez se asentó en el poder por doce años. Tan inofensivo que parecía el indito.

—Era teósofo, Carmencita —se dirige a mí el doctor Selva—, no mataba ni a una cucaracha, pero con la gente es distinto —sonríe levantándose de su silla.

—Vámonos, Alfonso, todavía tenemos tiempo de jugar una mesita o dos antes de cenar.

10

Por primera vez desde que vine, estoy sola. La hora de los chismes. De todos los patios, a las seis, se levantan los chismes como un vaho.

—¿Ya supiste? Dicen que la hija de la Josefa se casó en mal estado, qué bien se le echaba de ver la barriga bajo el traje de novia.

Y el zumbido de avispa se propaga.

Mamá nunca tomó parte activa en los chismes, pero los escuchaba, ¿qué remedio queda en Santa Ana?, se le quedaban grabados en la mente. Cuando Paul y yo vinimos a pasar aquí las navidades, a mí me entró curiosidad por saber qué había sido de mis compañeras de colegio, de mis amigas de infancia. No las había vuelto a ver desde que me fui a estudiar a los Estados Unidos. Le pregunté a mamá por ellas; de vez en cuando, en sus cartas, se había referido brevemente a alguna, pero ahora en respuesta a mis preguntas, desparramó un rosario de tragedias familiares, infidelidades, fracasos públicos y privados. Había olvidado cómo es de eficaz en Santa Ana el correo de chismes y me horroricé. El cuadro que dibujó mamá con sus palabras era un enorme Hieronymus Bosch, con miles de figuritas atrapadas en medio de sucesos monstruosos.

—¡Qué horror, mamá! —exclamé—. Peor que Sodoma y Gomorra.

Asintió con la cabeza.

Es terrible —dijo— saber todas esas cosas de gentes a las que uno ve todos los días; tener que entender, al fin, que cada uno de nosotros es imperfecto, que todos somos capaces de sucumbir a la tentación.

—Aquí la vida personal de cada uno es un libro abierto.

—Pueblo chico, infierno grande —citó—. Sé que tú piensas que me he convertido en una beata, Carmen, pero no es así; lo que pasa es que encuentro consuelo en la iglesia. La religión no es la respuesta para ti, eres joven y tienes muchos intereses, pero yo siento que la necesito cada vez más. Si nos hubiésemos trasladado a San Salvador —reflexiona— quizás no me sentiría así. Yo siempre quise, pero Alfonso nunca me oyó, pese a que se daba cuenta de que habría sido mejor para su profesión. Allá es distinto, hay un grupo interesante, están don Lino, Augusto, Alberto, gentes con las que uno puede conversar, compartir intereses. Aquí no tengo amigos —se queda un momento pensativa—, tu papá es muy bueno, pero ahora que ustedes crecieron y se fueron de la casa, se nos hace difícil encontrar temas.

Las voces del patio continúan:

—Pobre Josefa, no vienen solas las penas. El tal Miguel es un desvergonzado, se pasea con la querida por las principales calles de San Salvador; dicen que hasta casa le ha puesto.

Se quedan un minuto en silencio y suspiran; los suspiros forman parte de la ceremonia.

—¿Y de Neto Orellana no se ha vuelto a saber nada? Lo último que oí es que la policía andaba buscándolo en Sonsonate, como que allá está escondido.

Y vuelven una y otra vez a comenzar en todos los patios de Santa Ana. Está rojo el cielo, es la hora de las quemas.

11

...Es una ciudad fea, agazapada, de casas con techo de lámina acanalada. Los pocos edificios de ladrillo o cemento que hay, están rajados y amenazan con desplomarse. La ciudad entera tiene el aspecto de un campo de refugiados.

Según me contó el dueño del hotel donde me encuentro el volcán de San Salvador hizo erupción hace unos quince años y hubo una serie de temblores y terremotos que dejó en ruinas la ciudad. Desde entonces sólo se emplean materiales ligeros de construcción y casi todos los edificios tienen un piso. Mi hotel, por ejemplo, es un cobertizo de madera crujiente con persianas que se abren hacia el patio central.

Hace unas horas, después de un almuerzo saturado de grasa, me fui a recorrer la ciudad sin cubrirme la cabeza. Grave error. Los únicos árboles que encontré durante mi larga caminata están en el parquecito, frente a la catedral (también con techo de lámina acanalada). El sol caía perpendicularmente sobre las calles estrechas, polvorientas y casi vacías a la hora de la siesta. No encontré nada que sostuviera mi atención. Regresé al hotel con un tremendo dolor de cabeza y convencido de que el viaje había sido un error.

Esperé media hora hasta que me prepararon el baño y aquí estoy, tendido sobre la cama, imaginando a un cantinero de dedos gordos, que con una espátula de madera y una sonrisa bonachona, limpia la espuma derramada sobre el jarro de cerveza y lo desliza por el mostrador hasta mis anhelantes manos.

El vidrio mojado refresca mis dedos. Miles de minúsculas burbujas, cada una cargada con su partícula de perfume de malta, se le-

vantan, se entierran en la espuma. Su imagen es más real que esta habitación de techo alto, descolorido, con su desnudo foco de luz suspendido de un alambre que atraviesa el techo y baja por la pared hasta el enchufe, al lado de mi chirriante puerta. El jarro de cerveza es tan real como mi sed; lo que es irreal es la luz que se filtra a través de las persianas verdes, de las rejas de la puerta; el olor tibio y tropical del aire que corre con torpeza y es viscoso y me trae retazos de olores a desperdicios, a caca llena de moscas, a fruta podrida, a perfume de puta.

El encontrarme aquí no es ni más ni menos absurdo que el encontrarme en cualquier otra parte. El polvo del camino hace arder mi garganta, siento la necesidad imperiosa de un gran jarro de cerveza helada y espumante. Me asombra que pueda sentirme tan consciente de mi tortura, sostenerla a distancia, sin someterme a su voz de tambor martillante; me asombra estar al mismo tiempo creando un solo de clarinete, como un gurú tibetano que se inmola en manteca ardiente de yak, mientras su ojo pineal permanece fijo en la majestuosa procesión de estrellas, constelaciones y galaxias que hilvanan el zodíaco.

Noviembre 10, 1931

Virgil insiste en que me hospede en su casa mientras permanezco en Santa Ana. Tengo que quedarme aquí hasta el viernes; sólo los viernes hay camioneta a Guatemala. La idea de alojarme en casa de Virgil no me entusiasma. Desde que dejé la casa paterna huyo de los ungidos de Dios. Sin embargo, necesito dialogar; en los últimos meses de soledad en la clínica me acostumbré demasiado a hurgar en mi herida. Acaso esta obligación de pasar algunos días junto a alguien que me inspira ya una franca antipatía, sea una buena medida de disciplina en mi caótico programa de rehabilitación.

A propósito de rehabilitación, sigo sin hacer progresos en cuanto concierne a mi futuro. No volveré a beber, claro, pero eso es una advertencia y no un programa de acción.

He vuelto a leer las páginas escritas en estos días y lo único que encuentro en ellas es una pobre y narcisista introspección. No hay ni siquiera una señal que me anuncie que en alguna parte de mi cerebro se esté incubando otro libro.

Supongo que puedo seguir garabateando palabras como medida terapéutica, pero escribir, decir algo que pueda ser publicado, leído por adolescentes con granos, por dispépticos maestros de secundaria, por señoras aburridas que viven en el último piso de una lujosa casa de apartamentos, y mastican chocolates o acarician a su pequinés mientras leen; eso es otra cosa.

Soy un hombre sin nada que hacer, un desocupado. No tiene objeto seguir de pie frente a la puerta cerrada, con el cuello de la chaqueta vuelto hacia arriba y las manos metidas en los bolsillos, mirando al rótulo que dice: "No hay trabajo".

Es preciso encontrar algo, dejar que algo vital me suceda, aprender otra vez desde el principio si tengo o no algo que decir, si puedo o no descubrir el camino simple, directo, el único camino para expresarlo.

Noviembre 13, 1931

Era mediodía; Virgil estaba sentado frente a su mesa con una Biblia y un diccionario bilingüe. Exhalaba, murmuraba, trabajaba duro traduciendo el sermón del día siguiente al español, mientras yo, tendido boca arriba sobre mi catre, pensaba como de costumbre en el tiempo, en el espacio, en mi frágil punto de apoyo dentro del inflexible marco del universo.

Escribe sus sermones en inglés, y luego, minuciosamente los traduce palabra por palabra al castellano, lengua a la que se aproxima con gran cautela, como uno se acercaría a una pantera domesticada.

De vez en cuando me consultaba acerca de algún giro, haciendo añicos la vaga línea de mi pensamiento. Sus interrupciones, me doy cuenta, eran una forma de cumplido entre escritores. Procuré contestarle cuidadosamente, animándolo la mayoría de las veces a conservar la construcción que él creía acertada. La anarquía sintáctica

de su traducción, los tiempos equivocados de sus verbos, le daban, a mi juicio, mayor brillo metafísico al mensaje.

Tenía curiosidad de verlo en acción, midiendo el efecto que sus apasionados resbalones, sus denuncias de pecado, puntuadas con golpes sobre la mesa, producirían entre las gentes analfabetas, de caras tostadas por el sol, que formaban su rebaño.

Llamaron a la puerta y Virgil se levantó. Luego de un breve cambio de palabras con un campesino descalzo, me miró con resignación.

—¿Quieres acompañarme a examinar unos chanchos?

Deslizó el sermón entre las páginas de su gastada Biblia y sacó de bajo de su camastro su instrumental de veterinario.

Me levanté, le dije buenos días al muchacho que me contestó sacudiendo la cabeza; se rascaba la mugre de un pie con el dedo gordo del otro.

Seguimos a nuestro guía a través de las calles ardientes, procurando guardar cierta distancia para que el tufo a chiquero que lo envolvía se atenuara un poco antes de meternos de lleno a él.

Unos niños que jugaban a la entrada del mesón, se nos quedaron mirando con sus grandes ojos oscuros y almendrados. Todos estaban igualmente sucios, despeinados, mocosos. Los más pequeños, completamente desnudos. Apenas nos habíamos alejado unos cuantos pasos, empezaron a gritar a coro: "*Gringo, gringo, vaya al Chipalcingo*". Se reían, gritaban, se nos acercaban y salían huyendo a refugiarse en el mesón.

—¿Qué piensas —exclamo Virgil— de esas barriguitas hinchadas, de la suciedad en que viven? Hasta diez personas duermen en un solo cuartucho —continuó—, dos y tres en cada catre, y los demás en el suelo. Un parasitólogo tendría para estar ocupado por lo menos tres meses con esos seis niños que estaban junto a la puerta. A veces pienso que estoy loco, cuidando cerdos y caballos mientras los niños mueren como moscas a mi alrededor. Te apuesto lo que quieras, más de la mitad fallece antes de cumplir un año. Los otros, los que sobreviven, están plagados de lombrices, amebas, malaria, miles de cosas más que no conocemos en los Estados Unidos. Nunca beben leche ni comen carne, no me explico cómo crecen.

Siguió caminando con la cabeza gacha, haciendo caso omiso del sol abrasador.

—Uno no sabe por dónde empezar —continuó—, el otro día hablé con don Herminio acerca del problema. El es el alcalde. "¿No se podría por lo menos darles sandalias a lo niños que van a la escuela para librarlos de la uncinaria?", le pregunté. Se echó a reír. "Si les damos zapatos a los niños", me dijo, "los tatas los venden al día siguiente para comprar guaro. No se puede hacer nada con esas gentes, así les gusta vivir".

—Uno no sabe por dónde empezar —repitió Virgil—, haciendo el mismo gesto de resignación—. Gasto en los cerdos medicamentos que estas pobres gentes necesitan, trato de hablarles para ver si logro algo; después de todo, en el comienzo era el verbo.

Desde muy niño cesaba automáticamente de escuchar no bien asomaba el primer clisé religioso. Desvié la mirada hacia las afueras de Santa Ana. La pared sólida de adobe, que se extendía por cuadras enteras, había desaparecido. En su lugar, se veían lotes vacíos con cabras que pastaban en la hierba, y pollos famélicos de patas largas, picoteando aquí y allá.

La selva lamía la ciudad, abrumaba a las miserables chozas de paja con sus cercos de cactus. Nuestro guía iba siempre a la misma distancia de nosotros, pero el olor a cerdo se hacía cada vez más intenso. El camino se ensanchó, llegamos a una plaza atestada de gente. Mujeres envueltas en rebozos oscuros esperaban con paciencia, acurrucadas junto a rimeros de naranjas, nísperos y otras frutas desconocidas para mí. Había dos o tres carretones que desplegaban paños de colores brillantes con dibujos, peines baratos, espejos, carretes de hilo, tijeras, paquetes de agujas. Sobre una mesa larga, cubierta por una carpeta mugrienta, había varios baldes llenos de un líquido rosa y amarillo; alrededor de los baldes una hilera de vasos sucios y un cartel que decía: "Refrésquese con jugo de fruta fresca, sólo 5 centavos".

El eje de toda esta actividad comercial era una tienda de variedades, una cantina pequeña y oscura (estancos los llaman) y un puesto de carnicero, al aire libre, con enjambres de moscas sobre las tiras de carne que colgaban de un cordel. El carnicero nos salió al en-

cuentro secándose las manos en un delantal duro de sangre coagulada. Observé que una mujer, con la punta de su rebozo le tapaba la cabeza al niño que tenía en brazos. Aquí también, como en algunos pueblos de México, creen que hay que resguardar a las criaturas de la maligna mirada de ojos azules.

—Aquí no más están —dijo el carnicero.

Nos metimos por entre unas matas de banana. Dos o tres vagos nos siguieron hasta el chiquero. El carnicero empezó a deshacer con dificultad el nudo que aseguraba el portón.

—Allí están —señaló con la barba—, son esos tres.

Una vieja arrugadísima y toda vestida de negro brotó de repente a unos pocos metros de distancia. Sacudía su chal negro, como alas de murciélago; no tenía dientes, apenas se le podía entender lo que gritaba.

—¡No lo dejes entrar! —exclamó—, te los va a matar a todos.

Con los dedos de la mano derecha puestos en forma de cuernos, nos señaló a Virgil y a mí, temblando de furia y desconfianza.

—Calláte, mamá —le ordenó el carnicero—, él sabe lo que hace, ¿no ves que es doctor de animales?

—¡No, no! —seguía gritando la vieja sin moverse de su puesto—, es un enviado del diablo, quiere destruir nuestra iglesia, le consigue almas al diablo.

El carnicero suspiró y abrió el chirriante portón. Virgil lo acompañó a través del lodo resbaladizo y maloliente hasta donde se encontraban, postrados, los animalitos enfermos. Otros cerdos esqueléticos corrían nerviosos en un rincón del chiquero, emitiendo agudos chillidos.

La vieja, detrás del cerco, seguía hablándole a gritos a su hijo. Más curiosos, atraídos por la bulla, llegaron de la plaza; sus ojos miraban alternativamente a la vieja furia vestida de negro y a los dos hombres acurrucados en el chiquero, como si siguiesen un partido de tenis. Virgil se puso a examinar a un cerdo, le abrió los ojos, le hizo chascar la lengua, apoyó su mano sobre la nuca del animal y cuidadosamente le palpó el abdomen. El carnicero lo miraba con ansiedad. Virgil volvió a repetir la operación con los otros dos cerditos; se puso de pie, miró a su alrededor, pensativo.

—¿No les va a dar ninguna medicina? —preguntó el carnicero.

Virgil hizo un gesto negativo.

—Es una enfermedad muy mala la que tienen —le explicó en su pobre español—, se llama cólera.

—Cómo no me los va a poder curar —insistió el carnicero—, le pago bien por su medicina.

Virgil volvió a sacudir la cabeza.

—Tiene que matar y quemar a esos tres animales —dijo—, a los otros se los voy a inocular si no es demasiado tarde.

El carnicero balbució algo.

—¿Matarlos? —levantó los brazos al cielo—. ¿Quemarlos? ¡Está loco!

—Ya ves que te lo decía —gesticuló triunfante la vieja—, a toditos te los va a matar, es un enviado del diablo, echalo en seguida.

No creo que Virgil entendiese nada; su capacidad para el idioma se limita a unas cuantas palabras y a un solo interlocutor.

—A los otros cerdos tendrá que sacarlos de aquí —dijo, haciendo grandes esfuerzos por hacerse entender—. Luego hay que limpiar todo el terreno —señaló a su alrededor— y quemarlo con gasolina.

—¿Qué está pensando? —exclamó indignado el carnicero.

—Nos quiere matar de hambre porque somos buenos cristianos —gritó la vieja, haciendo otra vez cuernos con sus dedos y mirando a Virgil.

—¿Antes de éstos no se había enfermado ninguno? —preguntó Virgil.

El carnicero miró con rencor a los tres chanchitos moribundos.

—¿Esa carne afuera —apuntó Virgil hacia la mesa—, es de cerdos enfermos?

—Váyase con su música a otra parte —le gritó el carnicero—, no necesito de sus medicinas.

—Fuera de aquí —lo secundó la vieja—, que se lo lleve el diablo.

Se agachó de repente y con acertada puntería le arrojó a Virgil caca de cerdo. Los mirones se echaron a reír con entusiasmo.

—Tiene que quemar toda esa carne —insistió Virgil, obstinado—. No puede vender carne infectada.

—Váyase al diablo, váyase al diablo —canturreó la vieja.

Se agachó de nuevo a recoger una piedra y se la arrojó, pero esta vez sin alcanzarlo. El grupo de mirones se había multiplicado y todos reían ruidosamente.

—¿Lo han oído? —miró a la multitud el carnicero , está loco de remate el gringo baboso, quiere joderme y dejarme en la calle.

—Salgamos de aquí —le dije a Virgil en inglés—, se pone fea la cosa.

Justo en este momento, un hombre, cerca del portón, se echó a reír con una risa alcohólica y alcanzó a Virgil en el hombro con una piedra del tamaño de un huevo. Virgil miró ofuscado a su alrededor mientras se frotaba el hombro.

—Hoy mismo voy a informar sobre esto a las autoridades sanitarias —dijo.

—Váyase al carajo, y pronto, si no quiere que lo saque a patadas —le gritó el carnicero dándole un empellón.

El borracho recogió otra piedra, pero le vi a tiempo y le sujeté los brazos.

Por favor, Virgil, date prisa —dije.

—¿Por qué lo quiere apedrear? —traté de razonar con el borracho mientras él luchaba por escaparse de mis manos—, nada le ha hecho.

—Por favor, por favor—imploraba Virgil levantando un brazo—, todos somos hijos del mismo Dios.

—Hijo de puta sos vos —le gritó la vieja.

La multitud era densa a nuestro alrededor. El borracho se me zafó de las manos y se detuvo frente a mí con un gruñido, mascullando insultos. Alguien me hizo una zancadilla y caí al suelo. El borracho sacó un puñal y se lanzó sobre mí. Rodamos por la hierba en una confusión de puños y piernas. Por fin nos apartaron; el borracho bramaba, babeante, mirando al cuchillo que se le había caído. Los niños chillaban y hacían gestos. El tipo que me sujetaba me empujó fuera del círculo de mirones. Virgil me ayudó a levantarme y nos alejamos rápido, a tropezones, por entre las matas de banana, hacia el camino real. Me sentía turbado, apenas consciente de oír a Virgil repetir una y otra vez: "No se sabe por dónde empezar, no se sabe por dónde empezar".

Sentí una punzada en el costado.

—Aflojemos el paso —dije—, no nos siguen.

Metí la mano bajo la chaqueta y apreté el lugar que me dolía. Sentí una cosa húmeda; retiré la mano y vi, asombrado y todavía sin comprender, que mis dedos estaban cubiertos de sangre.

—Me siento mal —dije.

Es lo último que recuerdo.

12

Noviembre 21, 1931

Decidí aceptar la invitación del Dr. Rojas a jugar una partida de ajedrez; llegué a su casa a eso de las cinco. La señora de Rojas me recibió en el patio con una sonrisa y un firme apretón de manos. Me apresuré a explicarle a qué venía y a disculparme por mi intromisión.

—Qué ocurrencia, Mr. Wolff —me dijo—, me da mucho gusto verlo. Alfonso salió hace media hora para atender un parto. ¿Por qué no lo espera y conversamos un rato?

—Encantado —dije—, con excepción de la otra noche aquí en su casa, mi vida en los últimos meses ha sido la de una eremita.

—No lo creo —exclamó—, por lo que me ha contado, su vida ha sido interesantísima. Santa Ana debe parecerle terriblemente aburrida.

Me acomodé en la silla con cautela.

—He tenido sorpresas —le aseguré.

Señaló la casa, el patio, con un gesto de resignación.

—Aquí tiene usted mi mundo, Mr. Wolff: cuatro paredes lo limitan; es tan opaco y provincial como Santa Ana. Créame que lo envidio.

Miré el patio: oro y verde bajo el sol de la tarde, con flores como llamas, aquí y allá. Mi mirada abarcó la blanca simetría de los arcos que enmarcan el jardín, los mosaicos oscuros y frescos del corredor.

—Y yo le envidio a usted todo esto —respondí—, vive en el paraíso y no lo reconoce: es la imagen de paz que he añorado desde que fui expulsado de mi edén.

—¿Cuándo pasó?

—Tenía diez u once años. Más que un determinado lugar era una manera de ser, de sentir.

Se echó a reír.

—El pasto siempre es más verde en el jardín del vecino —dijo—. Sólo después de vivir un tiempo en este paraíso empezaría a descubrirle las malezas. Todos los días uno observa la marcha del sol desde que se levanta hasta que se pone, oye interminablemente a las amigas hablar de trajes, niños, criadas; a los hombres, de política local, del precio del café, de las cosechas. Después de años de lo mismo uno empieza a sentir raíces en los pies, los brazos se van convirtiendo en tallos, las manos en hojas, la cabeza en una flor marchita que se ladea y se inclina bajo el peso de la conversación.

—Una flor muy animada, diría yo; no veo señas de marchitez.

Reconoció el cumplido con una sonrisa y prosiguió:

—La vida tiene que ser algo más que este pequeño círculo aburrido de actividades que se repiten, se repiten, se repiten interminablemente. Un hombre como usted es libre, puede darse el gusto, sentir el hormigueo de la aventura, pero una mujer... —levantó un hombro con tristeza.

—Si de algo le sirve —dice—, un amigo mío de la Indochina me explicó una vez que todo lo que nos rodea no es más que una ilusión puesta en marcha por nuestros deseos; que en realidad no hay movimiento, ni tiempo, ni espacio.

—Terrible —se estremeció—, peor que Santa Ana.

Nuestras risas establecieron un sutil vínculo de complicidad. Frunció el ceño, pensativa.

—Es tan desesperanzada esa teoría —dijo—, ¿usted cree que el mundo tenga tan poco sentido?

—Le responderé con la vieja frase budista, "¿ quién sabe?", pero ¿por qué preocuparse? Siento una gran humildad cuando pienso que Buda, hace dos mil quinientos años meditaba bajo su árbol Bo acerca de la Vía Octuple, y que los escolásticos budistas invertían la ló-

gica, la desbarataban, la echaban por la ventana, mientras nuestros antepasados se pintaban el cuerpo de azul y se destrozaban con lanzas. Ahora llevamos uniformes color caqui y nos destrozamos con ametralladoras y con gases; a eso le llamamos progreso. Y claro, cuando vino nuestro redentor lo crucificamos, alimentamos a los leones con sus discípulos y gozamos del espectáculo.

—Usted es un pesimista, Mr. Wolff.

—Sí, señora, soy un pesimista y por favor llámeme Frank.

—Muy bien —vaciló—, llámeme usted Isabel.

—Podríamos sacar provecho de las doctrinas de no violencia del Este —continué, estimulado por sus grandes ojos oscuros, su tez aceituna, su vivo interés—, pero la posibilidad de que podamos adoptar el budismo o algo semejante en nuestro mundo occidental, ese es otro problema. Ya que he nacido y crecido dentro de este particular modelo de la ilusión, debo adoptar el prudente principio de que, al menor descuido, dicha ilusión me puede devorar.

Otra vez brotó su risa espontánea, deliciosa.

—En otras palabras, Frank —sintetizó—, usted adopta la postura del loto cuando se sienta detrás de su ametralladora.

—Precisamente.

Apareció la sirvienta con una jarra y dos vasos sobre una bandeja.

—Ignoro los detalles de la ceremonia japonesa del té —dijo con una sonrisa burlona—, pero la ceremonia del tamarindo en El Salvador consiste en llenar un vaso y ofrecérselo al huésped. ¿O prefiere whisky?

—¡No! ¡No! —respondí con demasiado énfasis.

Arqueó las cejas y me miró con curiosidad.

Antes de darme cuenta, me encontré traspasándole mi problema, incluido sanatorio y todo. Increíble torpeza después de un comienzo tan intelectual. No pude detenerme; me escuchaba, seria, bebiendo de vez en cuando un sorbo de tamarindo. Antes de poder frenar, ya había llegado al cuarto de hotel en Los Angeles y les había dado de comer a las palomas.

—No me explico por qué le estoy contando todo esto —me disculpé.

Su expresión era grave, casi triste; no se reía de mí.

—Así que —dijo por fin—, Virgil es lo único que tiene usted en el mundo: llegó hasta aquí en su busca.

—No, por supuesto que no —la contradije con brusquedad. Reflexioné un momento sobre sus palabras.

—En fin —me corregí—, a lo mejor en cierto sentido tiene usted razón. Quizá Virgil representa una parte de mi pasado que me gustaría recuperar.

—Pero no le ha dado la respuesta —dijo, como hablando para sí misma—, su doctor en Los Angeles, tampoco. Es por eso que quiere convencerse de que el mundo es una ilusión y usted apenas un fantasma sediento.

Le sonreí a través del borde de mi vaso.

—Sería una gran psicoanalista, Isabel.

—Eso es demasiado complicado para mi gusto —sacudió la cabeza—; no me entusiasma tampoco el vacío de su universo oriental. No, Frank, tengo que apoyarme en mi simple fe católica; aun eso me es difícil.

Así terminó el capítulo; llegó el doctor y empezamos a hablar de otras cosas.

¿Quién era mamá? ¿Hasta dónde sería verdadero su catolicismo? ¿Le serviría la religión de tapujo, la usaba para llenar el vacío de Santa Ana, de su matrimonio? Hubo un tiempo, mucho después de lo de Frank, en que le dio por el espiritismo. Leía libros de los rosacruces, hacía ejercicios, yoga, frecuentaba la casa de una señora que era médium y decía la suerte en la bola de cristal. Los sueños la impresionaban. Una vez, a la hora del desayuno, nos dijo:

—Vieran qué raro el sueño que tuve. Iba por la calle con una gitana descalza, de falda verde y delantal rojo, que me llevaba de la mano. Entramos a una joyería y ella empezó a sacar collares de una caja y a querer que yo me los pusiera. La vendedora nos miraba con recelo y yo me sentía avergonzada; pero a la gitana no le importaba, seguía sacando collares de la caja. "¿No te gusta éste?", me decía, "mira qué lindo, ¿por qué no te lo pruebas?" Yo le dije que no,

que ya tenía bastantes. Se echó a reír y salimos otra vez a la calle. Entonces me tomó de las dos manos y me dijo en francés que no le tuviera miedo, que ella y yo éramos una. "Me temes", dijo "porque a mí me gusta vivir con intensidad. No seas tan miedosa", imploró, "no me tengas todo el tiempo encerrada".

—¿Verdad que es un sueño extraño? —miró con ojos de súplica a papá, pero él se echó a reír y le pidió el azúcar.

Noviembre 23, 1931

Temprano esta mañana Eduardo nos pasó a recoger a Virgil y a mí en su Ford modelo T. Entre sacudidas y ahogos, nos encaminamos a Izalco. Sentía curiosidad de ver de cerca el volcán; durante las últimas semanas nos ha acompañado continuamente con su tamboreo. Según Eduardo, no había estado así de activo desde hacía mucho tiempo.

Virgil fue la causa principal de nuestro viaje; un muchacho llamado Farabundo Martí, al cual Eduardo venera como a un mesías, precisaba asesorarse sobre los nuevos métodos para la crianza de pollos, y Eduardo le sugirió una consulta con Virgil. Por lo que nos dijo Eduardo, saqué en limpio que Martí era uno de esos jóvenes idealistas que aparecen de vez en cuando aquí y allá, con la firme determinación de reformar el mundo. Repartió su propiedad entre los campesinos que la trabajan, y emplea todo su tiempo libre haciendo mejoras de tipo social en áreas rurales. Me interesaba ver cómo se entenderían los dos misioneros.

El camino era de grava, había un sorprendente movimiento: carretas tiradas por bueyes llenas de sacos de café, mujeres descalzas llevando sobre sus cabezas, con mucha gracia, cántaros de agua y canastos; burros flacuchos casi invisibles bajo sus enormes cargas de pasto fresco, indios con cacaxtles o haces de leña. De vez en cuando, un rebaño de ganado raquítico se nos cruzaba por delante, obligándonos a la inmovilidad.

El panorama tenía vida: así se lo dije a Eduardo. Chasqueó la lengua, dubitativo.

—Temo Frank —me dijo—, que usted lo está viendo con ojos de extranjero. Trate por un momento de ver la realidad. El ganado que acabamos de dejar atrás, camino al matadero, no es de las gentes que lo guían, ni siquiera son de ellos las carretas, o los bueyes. Don Jaime Domínguez es el dueño; vienen de su finca. Todo lo que ve, con excepción de la grava, las líneas de teléfono, y este auto, está exactamente igual desde hace doscientos años. Nuestro pueblo vive en el siglo dieciocho y no en el viente.

Tenía razón, por supuesto. Su cuadro acusaba la inmutabilidad de El Salvador, cosa atractiva para mí.

—Menos mal que este es un país tropical y el desempleo no es tan grave como en tierras frías —dije—. Me sentiría mucho más a gusto siendo pobre aquí, que en los barrios bajos de Chicago donde uno precisa carbón y ropa gruesa.

Mi comentario fue un error. Eduardo se movió impaciente en su sitio y la voz le temblaba al hablar.

—Póngase en el lugar de ellos, Frank —explotó—, puede ser que su país tenga un clima ingrato, pero no es más agradable morir de hambre que de frío. ¿Cómo le gustaría a usted ser tratado como un burro toda su vida y ver a sus hijos crecer en la miseria, sin poder ir a la escuela? Son seres humanos como usted, Frank. Piense en eso.

Su ira me impresionó. Tenía razón. Desde que llegué aquí he aceptado las disparidades que me rodean como elementos bien compaginados de un cuadro exótico y atrayente. Me ha parecido pintoresco el hombre descalzo y harapiento que guía la carreta, me ha maravillado la gracia con que caminan las mujeres llevando grandes jarros de agua sobre la cabeza. Fue sólo después del estallido de Eduardo que me detuve a preguntarme por qué las mujeres deben acarrear así el agua, cuántos kilómetros tienen que caminar todos los días, qué clase de existencia puede edificarse sobre una base de carretas con bueyes, jarros de agua y chozas con piso de tierra.

Me disculpé y traté de aplacarlo con una tambaleante explicación. Otro error. Se largó con un discurso acompañado de gestos; profetizó el inminente y total colapso del capitalismo en todo el mundo, y me advirtió, severo, sacudiendo un dedo bajo mis narices,

que pronto leería en los periódicos sobre la derrota de los oligarcas salvadoreños y el triunfo de los campesinos y obreros. Dejé de prestarle atención; me limité a asentir con la cabeza cada vez que él hacía una pausa para respirar.

El volcán se divisó a través del valle al que entramos. Mientras lo contemplaba, un puño de humo aceitoso color café surgió del cono. Se levantó despacio, se retorció sobre sí mismo, quedó colgando en el aire como un hongo gigantesco. El viento lo empujó, atenuándolo, a través del valle; a los pocos minutos, apenas quedaba una nube deshilachada y gris.

Llegamos, por fin al pueblecito. Es primoroso, con casas encaladas alrededor de la plaza. Nos detuvimos en la calle principal para echarle agua al radiador. Por primera vez pude ver de cerca el volcán: un cono gris ceniza, completamente calvo; ni una hierba le crece en los flancos venenosos. Su cavilosa presencia es una constante amenaza para el pueblo.

Los indios de Izalco —dijo Eduardo—, están convencidos de que en el volcán vive Tlaloc, el viejo dios mayor de la lluvia, y que desde su trono se rebela y ruge contra los blancos que les han usurpado sus tierras.

Mientras le echábamos agua al auto, hubo una nueva erupción del Izalco. Desde donde nos encontrábamos, apenas a unos pocos kilómetros de distancia, el espectáculo era sobrecogedor, un asombroso despliegue de fuerzas elementales.

Eduardo sintió el primer estremecimiento y me palmeó el hombro. El suelo tembló bajo mis pies; un chorro de humo y ceniza se elevó desde el cráter. La velocidad de la nube era impresionante: grandes masas de lava del tamaño de una casa se desprendían de ella, se estrellaban contra el borde del cráter, rodaban por los flancos, dejando huellas de humo. El estruendo de la explosión llegaba a nuestros oídos como el retumbo de las cataratas del Niágara.

—La furia de Tlaloc —levantó Eduardo la voz para hacerse oír—. Le disgustan los rostros pálidos —sonrió.

Nos pusimos de nuevo en marcha, pasamos por debajo de la nube de humo; llegamos a la finca de Martí en menos de quince minutos.

Martí abrazó a Eduardo, nos dio la mano a Virgil y a mí, y sin más ceremonias, se llevó a Virgil a ver el terreno que tenía destinado a los nuevos gallineros.

Fui con Eduardo a visitar los establos; el olor a heno me produjo bienestar y saludé a una vaca de ojos tristes con un simpatizante "muu". Luego nos encaminamos hacia un solar donde los arbolitos de café habían sido arrancados y en su lugar sembraban maíz y frijoles. El paseo nos tomaría una media hora; cuando regresamos al rancho, sentía la necesidad de un vaso de cerveza helada. Le agradecí a Martí el sustituto: cocos, que un campesino destapó con su machete. Empinamos la fruta hasta nuestros labios; el agua estaba fresca, dejaba un gusto áspero en la boca.

—¿Qué piensa de mi plan de cinco años, Mr. Wolff? —me preguntó Martí, sonriendo.

—Un experimento muy interesante —dije—, le deseo suerte.

Se puso serio.

—La necesitamos —dijo—, suerte y tiempo; sobre todo, tiempo. Nuestros campesinos empiezan a darse cuenta que pueden imponerse por medio de la organización, que pueden exigir un cambio en la estructura social del país. El primero de mayo pasado, por ejemplo, ochenta mil campesinos vinieron de todo el país a la manifestación que hubo en San Salvador.

Su mirada era directa, penetrante.

—Piense lo que eso significa: casi igual a la población de la capital. Pedían que les dieran el derecho de organizarse en sindicatos.

—No te olvides, Farabundo —le interrumpió Eduardo—, que los cafetaleros y los militares no están con los brazos cruzados. Ha habido varias reuniones secretas en Santa Ana. Estoy seguro que planean un cuartelazo.

—¡Ya sé!, ¡ya sé! —gesticuló Martí impaciente—. Con seguridad que la oligarquía va a reaccionar. Habrá represión y violencia. Nuestra gente es arrebatada —sacudió la cabeza pensativo—. El tiempo es el problema. El tiempo y la organización.

Virgil, sentado a una mesa, hacía correcciones en un dibujo para futuros gallineros. Aproveché de un silencio y fui a sentarme en una de las gradas de la terraza. Sorbí despacio mi agua de coco y con-

templé el Izalco que rugía y exhalaba sobre los árboles de café.

Regresamos a Santa Ana de noche, con Virgil en el asiento de atrás, entre racimos de cocos y bananas que nos ofreció Martí.

—¿Qué piensas de él? —dije—, me parece una buena persona. ¿Qué opinas tú, Virgil?

—No sé —dijo pensativo—, no hablamos de política, pero se interesa mucho por el bienestar de sus pollos.

Durante el regreso descubrí que Eduardo había estado un año estudiando en París mientras yo vivía allá. Recordamos el Boul Mich, St. Germain des Prés; intentamos infructuosamente determinar si habíamos visitado los mismos bares del *quiartier* durante ese período. Al fin me aburrí y lo insté a que me hablara de su familia, Isabel y él estaban separados por tres hermanos en una familia de ocho.

—Hay de todo —se rió—; conservadores, católicos devotos, maestros, y revolucionarios parranderos como yo.

13

Diciembre 3, 1931

Esta tarde, cuando atravesaba el parque hacia la casa de los Rojas para la ritual partida de ajedrez, advertí a un oficial y varios soldados, agrupados alrededor de la fuente. Junto a la puerta de la Guardia Nacional, frente a la casa de los Rojas, había dos centinelas en vez de uno. Había también varios camiones estacionados frente a la guardia. Los conductores esperaban fumando, apoyados perezosamente en los guardafangos.

Lo primero que Alfonso dijo al verme fue:

—Tenía razón Eduardo, el ejército derrocó al presidente Araujo.

—Ahora me doy cuenta por qué tantos soldados —dije.

Hizo un gesto afirmativo.

—Las tropas de la fortaleza del Zapote rodearon temprano esta mañana la casa presidencial y arrestaron a Araujo que todavía estaba en pijama —dijo encogiendo los hombros con resignación—. Hasta ahora nadie parece oponerse al golpe. El coronel allí enfrente, está más radiante que si se hubiera ganado el premio gordo.

Don Manuel, que nunca llega sino después de las seis, estaba sentado en su silla del patio y sacudió la cabeza con melancolía.

—Cada país merece el régimen que tiene —dijo—, obviamente El Salvador merece ser gobernado por un teósofo loco en vez de un presidente electo.

Hice con las cejas un gesto de interrogación y me explicó:

—No cabe la menor duda que el golpe fue organizado por el general Martínez, que era hasta ayer vicepresidente, además de jefe mayor del ejército. Le aseguro que dentro de pocos días será declarado presidente.

—¡Bah! —exhaló despectivamente—, no es más que un indio ignorante casado con una ex-lavandera.

Alfonso se echó a reír.

—En realidad —convino, dándole vueltas a su leontina—, es un idiota. Su hijo murió hace unos meses debido a una peritonitis. El general no permitió que lo operaran, quería curarlo con aguas azules. Imagínese, pretender curar con magia la peritonitis en el siglo veinte. Con seguridad que nombrará a un brujo como Ministro de Salud.

Diciembre 5, 1931

Hoy fui con Virgil a su servicio dominical. Ha conseguido una barraca detrás de la tenería de don Vicente, en las afueras de Santa Ana. Allí se reúne su rebaño todos los domingos. Entre mujeres y hombres sumarían apenas treinta. Había además unos doce o quince niños, todos a cual más sucio y miserable. Se sentaban en bancos, en cajones de madera dispersos por el cuarto, sobre el suelo de cemento. Cuando entró Virgil se pusieron de pie para decir las oraciones. Luego de terminar con el padrenuestro, volvieron a sentarse para escuchar a su pastor.

—En el comienzo era el Verbo —empezó Virgil—. El Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Dios ingenió a Adán y sacó a Eva de la costilla de este último. Pero los dos resultaron imperfectos y en el momento que Dios se dio vuelta a la espalda ellos comieron de la fruta dañina, que era la manzana del conocimiento.

—Con la primera mordida de aquella manzana los dos perdieron la inocencia. Eva se ruborizó cuando vio que andaba sin ropa y se fue corriendo a vestirse con hojas. Adán también se vistió. Cuando Dios los vio caminando vestidos les dijo que sin la inocencia no podían permanecer en el Jardín del Edén.

—El lirio es inconsciente de su resplandor —dio Virgil un viraje desconcertante a su discurso—. El toro y el león no saben que son temibles y terriblemente bellos.

Un viejo, sentado junto a mí, afirmó enfáticamente con la cabeza.

—Ellos existen no más —prosiguió Virgil—, y el león no siente malo cuando mata y come otro animal. No tiene conocimiento y no puede encontrar el camino hacia Dios porque no le entra la razón, no tiene acceso al don de la palabra que es el último regalo que el buen Dios hizo a Adán y Eva antes de correrlos del Jardín.

—Nosotros, hijos todos de Adán y Eva, llevamos adentro la conciencia de nuestra imperfección que nos hiere —golpeó la mesa—. Llevamos también adentro la palabra que nos castiga y no nos deja ser inocente ni inconscientemente los animales...

Bueno, suficiente. Allí yo mismo perdí el hilo, pero Virgil siguió con pasión e ira por media hora más, volteando página tras página de su largo sermón. Lo leyó de cabo a rabo mientras los críos lloraban hasta que sus madres se sacaban el pecho y les daban de mamar. Los niños más grandecitos se codeaban y reían. Estoy casi seguro de que nadie entendió palabra. Cada vez que Virgil mencionaba a Dios, hacía un gesto tajante con la mano. Al final de cada frase, miraba sobre sus gafas a la congregación.

Después del sermón todos se pusieron de pie y comenzaron a cantar un himno en español. Cuál no sería mi sorpresa al darme cuenta de que lo que cantaban era *The Little Brown Church in the Vale*, con el texto traducido y adaptado por Virgil.

Los fieles permanecieron de pie hasta que Virgil se pegó a la puerta de salida a esperarlos. A uno por uno les fue dando la mano mientras desfilaban. A los chicos les acariciaba la cabeza como hacía mi padre en Willamette.

Que irónico Frank. Cuando estaba en el sanatorio soñaba con regresar a su edénico jardín en las sierras. A pesar de que se burla de la simplicidad y la tiesura de Virgil, se adivina detrás de sus palabras una cierta nostalgia por los servicios dominicales a que asistió cuando niño.

Si yo pudiera dar marcha atrás, creo que regresaría a las excursiones que hacíamos al volcán de Santa Ana con papá y Alfredo.

Ibamos en auto hasta donde el camino se hacía intransitable, y luego, seguíamos a pie, bordeando cafetales. Grandes árboles, con el tronco cubierto de musgo, nos protegían del sol. En los parajes sin árboles, la hierba alta y todavía húmeda de rocío, mojaba mis piernas y el ruedo de mi falda. A veces, torvas nubes espesas cubrían la cumbre del volcán hasta mediodía, y nosotros subíamos en fila india a través de la niebla, en medio de árboles y arbustos que se perfilaban como en un grabado japonés.

Almorzábamos junto al lago sulfúrico, dentro del cráter; el sol rompía las nubes y el agua se volvía verde esmeralda. Si al regreso me cansaba, papá me llevaba a cuestas y nos recitaba floridos poemas de Rubén Darío. Llegábamos a casa ya de noche, sucios y lastimados. Por un largo rato me sumergía en un baño de agua tibia y luego los tres devorábamos el arroz con pollo que mamá nos había preparado.

Diciembre 10, 1931

El Salvador está lleno de experiencias vitales que lo acechan a uno en cada esquina; lo único malo es que un alto porcentaje de ellas llega a ser letal.

Me encuentro confinado en la cama, esta vez con una aguda infección intestinal.

El último capítulo en la serie de infortunios de Frank Wolff (exborracho y alguna vez escritor), comenzó el martes pasado, cuando temprano en la mañana Alfonso vino a buscarme para ir a contemplar el Izalco desde el Cerro Verde. Tenía que visitar un paciente en el Lago de Coatepeque, que está en el camino hacia el cerro. Me invitó a acompañarle, prometiéndome un espectáculo inolvidable, debido a la creciente actividad del volcán. Así fue, en efecto, inolvidable; salvo que fui yo quien lo proporcionó.

El día anterior me había sentido mal, con náuseas, y Virgil me recetó unas píldoras que tenía para curar caballos, que acepté con toda confianza. Alfonso pasó a recogerme tan temprano que no tuve tiempo de analizar mi estado físico hasta que habíamos salido de

Santa Ana. El camino era el mismo que recorrimos con Eduardo y Virgil cuando visitamos a Martí, pero al desviarnos de la carretera de grava, nos internamos en un sendero estrecho de tierra y lodo y empecé a darme cuenta de que algo no andaba bien. Al principio lo atribuí al hecho de que no había desayunado.

El auto sonaba como una matraca entre los cafetales, mi malestar crecía con cada minuto que pasaba. Dimos una vuelta cerrada y apareció ante nuestros ojos el Lago de Coatepeque, inmenso cráter volcánico lleno a medias de agua azul. Alfonso detuvo el auto con una sacudida.

—¿Qué opina de esto, Frank? – me preguntó.

Miré vagamente el paisaje, reconocí que en otras circunstancias me habría entusiasmado. Todos los huesos me dolían, mi piel estaba tan sensitiva como si me hubiesen azotado. El estómago se me revolvía en oleadas.

—Bellísimo —dije entre dientes—, espéreme un minuto por favor.

Me fui detrás de un arbolito de café, donde Alfonso no pudiera verme, y vomité pulmones, corazón y todo. Regresé al auto con la vaga esperanza de que después de esto me sentiría mejor. Alfonso me miró con curiosidad, pero no hizo ningún comentario. Soltó los frenos y empezamos a bajar por el borde interior del cráter, hacia el lago.

—Allá en aquella isla —pasó su mano frente a mi nariz—, el agua es caliente. Hay un manantial que sube del fondo: tan caliente, que se puede cocer un huevo.

—Interesante —me esforcé.

Llegamos a la orilla del lago, pasamos por grandes casas con jardines cuidados y desembarcaderos propios, por un hotel desvencijado con muelles y lanchones viejos.

La certeza de que no me sentía mejor me desanimó. Alfonso se detuvo frente a una mansión, con una sacudida que me dejó temblando, y sacó del asiento de atrás su maletín.

—¿Quiere venir conmigo? –me preguntó.

—No —hice un esfuerzo por sonreír—, aquí le espero.

Tan pronto como desapareció, me apoderé de la sección central de su periódico y me alejé hacia unos árboles de café. Una vez en

medio de ellos comencé a trotar, mi frente cubierta con gotas de sudor helado. Un perro amistoso me seguía, haciendo círculos a mi alrededor y moviendo la cola.

—Fuera de aquí, perro —musité entre dientes, con desesperación—, fuera, fuera.

Me incliné de nuevo y vomité. Caminé por entre el cafetal hasta que encontré un lugar escondido. Las piernas me temblaban con violencia, la ropa me lastimaba la piel. Cuando acabé, estaba tan vacío por dentro como una campana. Mis intestinos parecían gusanos retorciéndose dentro de un jarro, mi estómago se esforzaba por escaparse a través de la garganta. Apoyé la frente contra un árbol y aguanté las arcadas. Después de un rato, regresé al auto repitiéndome que ahora sí me sentiría mejor.

Me recosté en el asiento y cerré los ojos. Sentí que la carrocería estaba hecha de ángulos duros que me punzaban los codos, las rodillas, la nuca. Quería con desesperación tenderme sobre el asiento de atrás, pero me pareció cobardía hacerlo. Además, significaba un esfuerzo muy grande el moverme de donde me encontraba. Limpié el sudor de mi frente con el pañuelo, intenté buscar una posición más cómoda y allí me quedé, con los ojos cerrados.

Tras una espera larga, dolorosa y nauseabunda, oí que Alfonso se acercaba y traté de enderezarme. Abrió la puerta del auto y me miró con interés.

—Está pálido —me dijo mientras soltaba los frenos—, ¿se siente mal?

—No —mentí—, estoy bien.

El camino a Cerro Verde no debe estar malo ahora —me informó—, durante la estación de lluvias sólo se puede llegar a caballo o en carretas.

Advertí con apatía que habíamos dejado el lago y que otra vez subíamos por el borde interior del enorme cráter.

—Cuando lleguemos a la cumbre tenemos que dejar el auto y caminar uno o dos kilómetros para ver bien el cráter —me anunció muy animado, como si me estuviese haciendo un regalo.

El mundo visto a través del parabrisas era una masa confusa y rebotante de árboles, arbustos, carretas, bueyes, polvo. El auto seguía

sacudiéndose (y sacudiéndome) sin piedad. Alfonso enfrenta todos los obstáculos con determinación y hundiendo el pedal hasta el fondo.

Comencé a sospechar que la pesadilla había sido confabulada por fuerzas superiores que me miraban desde su altura, apostando entre ellas si aguantaría o me rendiría, convertido en una enorme masa de protoplasma.

Pasamos junto a unos campesinos que iban en fila. Los dos de adelante cargaban una caja blanca; el camino se empinaba cada vez más.

—¡Carajo! —exclamó Alfonso mientras el auto se atascaba en un arroyo lodoso. Chilló el auto, patinó, se dejó de mover.

Alfonso lo puso en primera, hundió el pedal hasta el suelo y soltó el embrague. La rueda derecha dio vueltas a gran velocidad, levantando hojas, piedras y lodo. Volvió a intentarlo una y otra vez, pero siempre en vano; la rueda de atrás se hundió en el lodo.

—Estamos atascados —dijo Alfonso.

—Si quiere le ayudo a empujar —musité sabiéndome incapaz de levantar una pluma.

Me miró.

—Está pálido —dijo—, ¿por qué no conduce y yo empujo? Pero antes hay que poner algo bajo esa rueda.

Nos sacamos los zapatos y los calcetines, nos metimos en el agua helada hasta arriba de los tobillos, y a cada paso que daba, me chorreaba lodo entre los dedos. Me sentí Sísifo, buscando piedras y ramas para colocar bajo la infame rueda. Subí al auto entre retorcijones, puse en marcha el motor, solté despacio el embrague.

Alfonso resoplaba, gruñía mientras empujaba el auto. La rueda escupió las ramas y las piedras que habíamos puesto.

—Espere —dijo de pronto—, parece que tenemos ayuda.

Vi por el espejo que las gentes con la caja se acercaban. Alfonso caminó descalzo hacia ellas. Me puse los zapatos sin calcetines y pensé vomitar por la ventanilla; renuncié a la idea y cerré los ojos.

—Hágase a un lado —me ordenó Alfonso—, nos van a empujar.

Mientras me acomodaba, un hombre abrió la portezuela y depositó la caja blanca en mi regazo.

—Los llevaremos hasta el cementerio —dijo Alfonso—, será mejor con el auto cargado; además, podemos atascarnos otra vez.

Miré la caja sin que me importara mucho. Alfonso puso el motor en marcha, la rueda empezó a dar vueltas, y los hombres gruñían, empujando. Se sacudió el auto hacia adelante con un ruido de succión; Alfonso lo detuvo en terreno firme.

Dos mujeres y un hombre se subieron al asiento de atrás, otro subió adelante conmigo, y un muchacho, de unos doce años, se quedó de pie sobre el estribo. Ninguno habló. El hombre a mi lado puso una mano sobre la caja y miró impasible a través del parabrisas. Un olor débil, desagradable, emanaba de la caja y subía por mis narices. Hacía calor, otra vez transpiraba; no podía sacar el pañuelo para limpiarme el rostro.

Bramaba el auto cuesta arriba. De pronto los árboles desaparecieron y el suelo se inclinó precipitado hacia el lago. El auto se sacudía espasmódicamente a unos pocos centímetros de la orilla. Observé con curiosidad que no sentía ninguna inquietud, mi instinto de conversación no funcionaba; nada me importaba si el auto se iba a pique hacia el abismo. La cajita blanca tampoco me importaba, era como si estuviese rellena de viejas guías telefónicas.

Por fin llegamos al cementerio. Nuestros pasajeros bajaron y me quitaron la caja del regazo. Alfonso sacó un billete de su cartera y se lo dio a uno de los hombres. Cuando la procesión atravesó el portal, me incliné sobre la ventanilla y vomité.

—Será mejor que regresemos, Frank —dijo Alfonso mirándome preocupado.

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué no se acuesta en el asiento de atrás? —sugirió—, irá más cómodo.

Bajé del auto, evité cuidadosamente el charco de mi vómito y me recosté en el asiento de atrás. Casi no me di cuenta del camino de regreso, salvo que duró una eternidad.

Vagamente recuerdo que Isabel y Alfonso me ayudaron a bajar del auto y me instalaron en el cuarto de huéspedes de su casa. Alfonso me obligó a tragar una cucharada de un líquido dulzón que olía mal. Yo dije algo, sentí vergüenza de mis pies lodosos, protes-

té, pero me hundí entre sábanas limpias, en un colchón mullido, y dormí.

Diciembre 11, 1931

Hoy me acompañó Isabel, mientras yo bebía un caldo de pollo hecho por ella. Aún no he probado ni un solo bocado de comida sólida, pero ya empiezo a sentir un poco de hambre. Le pedí excusas por la lata que les estaba dando a todos, especialmente a ella.

—No se preocupe, Frank —sonrió—, estuvo muy grave; los dos primeros días Alfonso temió por su vida.

Sus palabras me sorprendieron; la muerte es algo que puede sucederle a otra persona, pero nunca a uno.

—¿Fue tan serio?

Afirmó con la cabeza.

—Una noche entera estuvo delirando y no quería tomar la medicina.

—¿Usted estuvo conmigo?

—Sí, pero para darle el remedio tuve que despertar a Alfonso. El se lo hizo tragar.

Sonrió burlona.

—Alfonso tiene prestigio entre sus pacientes —dijo— y no quería que usted se lo estropease.

—Me parece muy bien, habría sido muy feo de mi parte hacerlo. Es usted una gran enfermera, Isabel.

—Gracias —recogió de mis manos la taza vacía y la puso sobre la mesa de noche—. Se adquiere práctica con las enfermedades de los niños.

Una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

—Va a hacer un año que se nos murió el tierno de pulmonía, apenas tenía tres meses. Fue terrible, creo que Alfonso sufrió todavía más que yo al ver que de nada servían sus conocimientos.

Su testimonio me aclaró algunas cosas sobre ella. Tiene dos hijos saludables y bulliciosos para ocupar su tiempo, todas las comodida-

des que desea, una posición envidiable dentro de la comunidad como esposa de médico distinguido. Sin embargo, he observado en su rostro, cuando no sabe que la estoy viendo, una expresión grave que parece decir: he conocido la felicidad, las risas sin trabas, pero ya no la tengo, se me escapó.

Sin duda es terrible la muerte de un hijo, ¿pero se debe sólo a eso la mirada triste que se apodera a veces de sus ojos? Ella es una persona vital, vibrante, cuando se suelta en una conversación que le interesa. Creo que se siente prisionera de este pueblo infeliz, que necesita otro campo de acción para expresarse. Parece resignada a seguir aquí en Santa Ana, haciendo el papel, demasiado limitado para ella, de esposa de médico, madre ejemplar y buena cristiana.

¿Quién sería yo si no llevase conmigo mis etiquetas de esposa y madre? En las mañanas, cuando llamo a los niños para el desayuno suena mi voz con timbre de madre. Por las tardes, cuando llega Paul de la oficina, me oigo hablándole con ese tono insípido y azucarado de heroína de televisión en un melodrama doméstico.

A Paul le gustan sus etiquetas (burócrata, marido, padre). Me irrita con su postura absurda en los tres papeles. Sin embargo, siempre que me dirijo a él, lo hago automáticamente dentro de mi papel de esposa abnegada, de madre de sus hijos. Es un diálogo asquerosamente falso. ¿Quién es Paul? ¿Quién es Carmen? ¿Qué tendrían que decirse si dejaran a un lado sus papeles?

Después de tantos años de farsa, ¿me sería posible reinventar a Carmen? ¿Podría imaginarme como una persona segura de sí, que ocupa un espacio, que pasa por experiencias que la marcan, que la afirman en su individualidad, en vez de ir repitiendo ecos por un corredor vacío donde las puertas tienen signos y están cerradas?

¿Dónde está Carmen? ¿Ha desaparecido bajo el peso de sus máscaras, de sus etiquetas? ¿Qué pasó con mamá? ¿Chupan los maridos y los niños nuestra sustancia y nos dejan como cáscaras vacías?

...Hoy en la tarde, cuando me traiga el refresco voy a llevarla en un *tour* por la Ile de Cité. A ver, empezaremos por la Concergerie con sus escaleras frías y oscuras y sus techos abovedados, donde la nobleza de Francia esperó su último paseo por París. ¿La celda de María Antonieta? Tenía un balcón interior desde donde la espiaban

los guardias y una puerta pequeñita que comunicaba con la capilla. Sí, la recuerdo.

Después, dando la vuelta por la prefectura (le señalaré el reloj que hay en el muro), entraremos a la Sainte Chapelle. No recuerdo bien el piso de abajo; no importa, me concentraré en los vitrales de arriba, en los delgados pilares que la sostienen, en las piedras del portal tan finamente trabajadas. Sol de tarde, sin duda, iluminando los ingenuos episodios de las ventanas.

Luego (reservaré la visita a Notre Dame para la próxima vez) caminaremos despacio hacia el Pont Neuf, bajaremos las escaleras detrás de la estatua del Vert Galant, iremos hasta el jardín en la punta de la isla, arrojaremos piedrecitas al Sena, etcétera, etcétera.

Diciembre 12, 1931

Virgil vino esta tarde con la noticia de que debía irse a Guatemala por un tiempo. Tenía el aire distraído de un hombre de negocios.

—Recibí carta de mi superior —me dijo—, quiere que vaya para ayudarle a un novato a establecer su misión ahí por Chichicastenango. Estaré ausente más o menos un mes. ¿Por qué no vas, de paso a México?

Sentí una punzada, una nostalgia inesperada. Ahora me resisto ante la idea de irme de Santa Ana, donde no he hecho otra cosa que recibir puñaladas, aguantar infecciones y ser un clavo para todo el mundo.

—Mientras tanto —continuó Virgil—, me harías un favor si te vuelves a casa cuando te sientas mejor; estaría más tranquilo.

La última vez que estuvo algún tiempo ausente, se encontró con que una banda de fanáticos le había robado lo poquito que tenía y le había estropeado la casa. Acepté la oferta y le prometí dejarles la llave a los Rojas cuando me marchase.

—Quédate un rato —le pedí—, has estado siempre tan ocupado y yo tan enfermo que casi no hemos podido hablar.

—Claro —se acomodó en la silla, se rascó la cabeza y sonrió. —Hemos tenido tiempo, Frank, lo que pasa es que somos anglosajones cerrados y nos es difícil comunicarnos.

—No era así antes —protesté—, cuando éramos muchachos. ¿Recuerdas aquel verano en las sierras? Los tres hablábamos hasta por los codos alrededor del fuego. ¿Qué hiciste con tu dinero?

—Qué sé yo. Regresé a la universidad y continué mis estudios de veterinario. ¡Ahora recuerdo! —exclamó, empujando el aire con el dedo—, compré una docena de becerros y los llevé a pastar a la granja de mi padre. Eran unos Herefords muy finos.

—Yo debía haber hecho algo práctico también —musité— pero eso de hacerte misionero, ¿cómo pasó? No recuerdo que aquel verano mostrara mayores inclinaciones religiosas.

Miró al suelo y sacudió la cabeza.

—Como dicen aquí —dijo—, fue la fatalidad. En mi tercer año de universidad perdí la cabeza por una muchacha que se llamaba Joan; no creo que la llegaras a conocer. Su padre era ministro en la iglesia adventista, y así fue cómo empezó todo. Yo asistía los domingos al servicio y les daba clase de religión a los chicos para poder estar cerca de Joan. En mi último año de universidad, decidí estudiar para misionero.

Se sonrojó y me miró con aire de perplejidad.

—Pensándolo ahora, no sé si sería sincera mi vocación o si nació del deseo de agradar a Joan y a sus padres.

—¿Qué pasó con Joan?

Carraspeó, nervioso.

—Te vas a reír, Frank. Dos meses antes de graduarme, se fugó con un estudiante de teología. Viven en Kansas ahora.

En su gesto había resignación.

—Tenía que probarme a mí mismo y a todos los demás, que ella no había tenido ninguna influencia en mi vocación. Seguí adelante y aquí me tienes —sonrió encogiéndose de hombros—, con mi estuche, mis píldoras y sin Joan.

De pronto se puso serio.

—No creas que me estoy quejando, Frank. Mi trabajo aquí, la Biblia, me han enriquecido, me han dado algo que a lo mejor no habría encontrado de otro modo.

Ayer, en mi último día de convalescencia en casa de los Rojas, Isabel me trazó un cuadro de su infancia, de su vida de soltera en Santa Ana.

—Por varios años fui la única mujer entre tres hermanos —dijo—, como no les gustaba jugar a las muñecas, aprendí juegos de muchachos. Intenté competir con ellos hasta que me convencí de que era imposible y me dediqué a ser ratón de biblioteca. Leí varias hileras de libros —extendió los brazos y se miró las manos con asombro—, si hoy me pregunta lo que saqué de eso, no sabría qué decirle.

Hizo una pausa.

—Después que cumplí los quince años —continuó—, me encantaba ir con alguna amiga a los conciertos de banda que había en el Parque Central. Nuestros padres se sentaban en los bancos mientras nosotras dábamos una vuelta y coqueteábamos con los muchachos que se paseaban en dirección opuesta.

—En mi pueblo —dijo— todas las muchachas de quince años aprenden a tocar "Para Elisa".

—Aquí también —se rió con ganas—, y el primer movimiento de "La Sonata del Claro de Luna". Por supuesto el crochet es obligatorio, y las salsas francesas. Nuestras madres nos enseñan a preparar cuatro o cinco platos exquisitos, pero nunca la cocina de todos los días. Aprendemos a conducirnos como si fuésemos hechas de vidrio, incapaces de inclinarnos a recoger un papel del suelo.

Allí, sentada, se convirtió en vidrio Isabel. Es una actriz innata.

—Los futuros maridos —prosiguió— encuentran eso adorable hasta poco después del matrimonio. Entonces comienzan a darse cuenta de que una no es misteriosa, sino simplemente sosa. Ellos han sido educados en otra atmósfera, en un mundo masculino, activo. ¿Cómo es en Oregon?

—Fui hijo único de un pastor protestante y eso me marcó como caso especial. El hijo de pastor debe observar una conducta impecable, ser cortés con los mayores, atento con las viejas, ofrecer la otra mejilla cuando el camorrista de la escuela le ofende a uno. Mi

padre esculpió en mí esa imagen a punta de látigo. Por supuesto, se me hacía difícil tener amigos de mi edad y fui solitario y leía mucho.

—Yo me sentía incomprendida y trágica cuando era adolescente —se llevó Isabel una mano a la mejilla, miró hacia el techo con ojos espirituales y se rió, traviesa—. Después de leer "La Dama de las Camelias", me paseaba por los corredores de mi casa sintiéndome valiente y tuberculosa. ¿Por qué es una tan idiota, Frank?

—Inseguridad, supongo.

Me miró, pensativa.

—No sé hasta dónde he abandonado mi papel de Dama de las Camelias. Sé que es estúpido, pero de vez en cuando me sorprendo gesticulando o posando como imagino que ella lo haría.

Hizo un gesto de impaciencia.

Yo creo que es este reducido e intolerable mundo el que tiene la culpa —dijo—. Veo a Carmen crecer aquí y me angustio pensando que va a caer en la misma red estúpida, insípida, convencional, que me atrapó a mí. Es este pueblo el que hace que todas sus mujeres actúen de acuerdo a un patrón. ¿Y Alfredo? Si se queda, probablemente va a aprender a beber, a ser un donjuán, a pesar que lo más importante en el mundo es el precio del café. Tengo que hacer algo, lo que sea, para sacar a mis hijos de este ambiente —sacudió la cabeza con un gesto de Juana de Arco—. Debo darles lo que yo nunca tuve: la oportunidad de elegir su camino.

Alfredo regresó después de dos años y es como si nunca hubiese salido. ¿Y yo? ¿Qué otra cosa tengo para poner como flores sobre su tumba que el sabor de mi fracaso?

—¿Está segura, Isabel, de que eso sería lo mejor? Sé por experiencia lo peligroso que es alejarse del hogar demasiado joven. Además, no creo que Carmen pueda encontrar en ninguna parte mejor modelo que usted.

Se ruborizó, y apartó de mí su mirada. No hallé otra cosa qué decir; los dos guardamos silencio hasta que Alfonso terminó con su último paciente y salió de su oficina.

Dispusimos como de costumbre las piezas de ajedrez sobre el tablero y empezamos el juego sin hablar. Estamos empatados en un

torneo que lleva varios días. Su ataque heterodoxo ya no me desconcierta. Es mejor jugador que yo, pero he observado que confía demasiado en su intuición. Yo, en cambio, he leído algunos libros, tengo más conocimiento sobre las bases del juego, y me esfuerzo más que antes. Me empieza a fastidiar su tenaz manía de ser siempre el ganador.

Alfonso lo enfrenta todo con la misma confianza ciega que parece tener cuando conduce un auto. Tiene una manera directa, áspera, de decir exactamente lo que piensa; no hay en él tacto o sensibilidad. Pero su misma franqueza, su honestidad, son una parte tan inseparable de su carácter, que desarman a sus víctimas. No puede enfadarse uno cuando él hiere; es su manera de ser, no sabe evitarlo.

Imagino a Alfonso como a un próspero corredor de Bolsa en Wall Street o como a un capitán de industria, si es que todavía queda alguno. Domina cualquier grupo a fuerza de vitalidad, de personalidad dinámica. No es que sea un déspota; simplemente es un individuo sin contradicciones, sin dudas, absolutamente convencido de que su punto de vista es el correcto, porque es suyo y nada más.

No puedo entender cómo Isabel se casó con él; son diametralmente opuestos. O quizás sí entiendo. Ella, sin duda, era la muchacha más linda de Santa Ana y Alfonso la eligió. Debe haber sido así de sencillo. Nadie, empezando por Isabel, tenía la determinación o la energía como para cruzarse en su camino.

Si hubiera vivido aquí en ese tiempo, si hubiese sido rival de Alfonso, ¿le habría ganado? Probablemente no. Yo era tan inseguro, y él, en cambio, tan seguro de sí mismo. En ese entonces, yo aún llevaba la máscara del hijo del pastor; después de algunos débiles intentos me habría apartado, lo habría dejado ganar.

Diciembre 17, 1931

No me explico lo que me está pasando. Nunca me he sentido tan literalmente fuera de mí, nunca me he observado con tanto asombro, mientras mi yo títere es movido por una fuerza mayor.

¿Estoy hipnotizado?, ¿me estoy volviendo loco?, ¿qué sucede?

Todo el día había estado solo aquí, en la casita de Virgil, sin nada qué hacer. Recostado en la cama, oía los ruidos de la calle, atenuados por el calor del trópico, pensaba en Santa Ana, en su catedral gótica de torres pigmeas, en su letárgico ritmo que ya me parece tan natural como la respiración.

Mis pensamientos apuntaron a Isabel, a lo que me había contado de su niñez en este pueblo, de su matrimonio, de sus preocupaciones como madre, de sus sospechas de que Alfonso le había sido infiel mientras ella esperaba un hijo. Mi mente se aferró a este último pensamiento, ahora lo recuerdo, y lo examiné cuidadosamente. De pronto, sin ningún motivo, me sentí eufórico.

—No lo quiere —me dije—, sigue casada con él por sus hijos; ya encontré la clave de su tristeza, de su resignación.

Me agité de tal modo con la idea que me levanté y estuve paseándome por el cuarto.

—No —pensé—, estoy imaginando cosas. Ella nunca me ha dado un indicio de que haya vislumbrado la posibilidad de otra forma de vida. No es feliz en Santa Ana, pero la aceptación de su infelicidad encierra la aceptación de su matrimonio, de la vida en este pueblo, que se alarga, interminable.

Luché con mi teoría: sí, y no, y tal vez. Me ponía de pie, me sentaba, consultaba mi reloj cada diez minutos hasta que fue hora de ir.

Alfonso, como yo esperaba, había salido. Cuando vi a Isabel me sentí nervioso, sensible a cada uno de sus gestos. Ella estaba igual que siempre; nos sentamos en las sillas de siempre. Durante mi convalecencia, no sólo agoté con Isabel mis recuerdos de París, sus calles, sus puentes, sus museos, sino también mis más escasos y superficiales recuerdos de Venecia, Florencia, Roma y Madrid. Empecé a hablar del viaje que había hecho a Yucatán hacía algunos años, cuando vivía en México. Le describí Chichén Itzá: el palacio de los guerreros, la fabulosa pirámide que encierra el ídolo del jaguar, el gran patio donde los indios jugaban pelota y apostaban sus bienes y sus vidas.

Admito que hablaba para entretenerla, para que mantuviera sus ojos grandes y bellos clavados en mi rostro. Sí, por largo tiempo he estado haciendo un juego peligroso, no excento de malicia; he ejer-

citado con ella una suerte de seducción verbal al llevarla de la mano por las calles de París y de Venecia.

Pero juro que lo que dije esta tarde no fue premeditado, no lo calculé, ni siquiera se me ocurrió la posibilidad de hacerlo. Pasó así, espontáneamente, sin que me diera cuenta.

La llevé a la orilla del cenote en Chichén Itzá. Le describí la pared vertical de piedra caliza, el agua lechosa, le conté cómo los mayas sacrificaban allí a sus más lindas vírgenes.

—Te habrían elegido, Isabel —dije—, porque eres linda, pero yo no lo hubiese permitido, te habría llevado muy lejos de aquí.

Me detuve con mis propias palabras resonando en mis oídos. Creo que dejé de respirar durante el silencio que pesó sobre nosotros. Ella no apartó los ojos de mi rostro; me encontré de nuevo en aguas hondas, impulsado por la corriente. Comencé pidiendo perdón, creo: lo que pasa es que nunca había conocido una mujer como ella, que su imagen me obsesionaba, sus palabras, que me sentía encadenado a Santa Ana como Prometeo a su roca, que no podía pensar en pasar lejos de ella mis días y mis noches.

Otra vez paré en seco, escandalizado de mis palabras.

Desvió la mirada hacia la fuente y la volvió despacio a mí.

—No sé qué decirle, Frank —me dijo—, en gran parte es culpa mía, demasiadas confidencias...

Sus ojos estaban húmedos, se inclinó hacia adelante y me tomó una mano, impulsivamente. ¿Un gesto de amor, de simpatía, o de piedad? La pregunta me asaltó. Fue entonces que me dijo:

—Me habría gustado tanto casarme con un hombre como tú, Frank. ¿Por qué llegaste tan tarde?

Diciembre 25, 1931

Toda esta semana, cuando llegaba para el partido de ajedrez, me decían que Isabel no estaba, que había salido a visitar a Eugenia o a las tías viejas. Era evidente que huía de mí. Llegaba tarde, cuando Alfonso y yo estábamos frente al tablero en plena batalla. Después de saludar, desaparecía en sus habitaciones.

Hace algunos días Alfonso me invitó a cenar con ellos. Había una atmósfera tensa, eléctrica entre Isabel y yo. Alfonso; por supuesto, no se da cuenta de estas cosas; cuando me invitó a pasar en su casa la nochebuena, acepté sin vacilar. Estaba desesperado por hablar con ella.

La semana pasada hubo momentos en que creí volverme loco. Antenoche, por ejemplo, desperté dos horas después de haberme dormido; no pude conciliar de nuevo el sueño. Me quedé allí, acostado, mirando a la oscuridad hasta que amaneció. Me devanaba los sesos pensando cómo poder verla a solas, sin sirvientas, sin amigas, sin niños a su alrededor. No hay un lugar en este pueblo maldito donde pueda uno verse a solas, a menos de darse cita bajo un árbol de café en el cerro.

Entretuve la idea de ir a misa de mañana, pero en seguida la deseché. Probablemente Isabel habría reaccionado como un ciervo asustado si me hubiese visto en la iglesia.

Llegué anoche a su casa con la firme determinación de hablar con ella aunque fuera por cinco minutos. El corredor desbordaba de familiares: niños estrepitosos corrían por todos lados y reventaban cohetes en el patio con un ruido ensordecedor.

Isabel me saludó muy ceremoniosamente, pero había en sus ojos una chispa de picardía cuando me dio la mano.

—Felices Pascuas, Frank —me dijo—, qué bueno que haya venido.

Había gente por todos los rincones, un zumbido de conversaciones entreveradas.

—Isabel, tengo que hablar con usted.

Sacudió casi imperceptiblemente la cabeza y me condujo con paso seguro hasta donde se encontraba su marido con los demás hombres.

Mientras Alfonso me saludaba con un cordial abrazo y me presentaba a sus amigos, ella desapareció. Elegí de la bandeja de bebidas un jugo de tomate (jugo de tomate en nochebuena. ¡Qué horror!) y escuché a medias la conversación.

Discutían un acontecimiento reciente: una masa de campesinos descontentos había rodeado la fortaleza de la guardia de Ahuachapán y amenazó con entrar machete en mano.

—El comandante debía ser juzgado por cobarde —dijo uno de los parientes ricos—. Debía haberles contestado con ametralladoras para darles una lección. Eso es lo que necesitan. El país se va a ir al diablo si Martínez no le pone fin a esta anarquía.

Yo espiaba a través de los polemistas siguiendo las idas y vueltas de Isabel que atendía a sus invitados. Ella también me miraba de soslayo, pero cuando intenté ir a su encuentro, se escondió detrás de una pared de parientas gordas hasta que fue hora de irnos a pie a la misa del gallo. Durante todo el trayecto estuvo escoltada por dos tías y fue imposible acercarme. Caminé detrás suyo; la noche estaba linda, por unos instantes olvidé mi obsesión y contemplé las estrellas gordas y brillantes, que casi se podían alcanzar con la mano.

En la iglesia, apretujado entre gentes desconocidas, sumergido en un caldo tibio de perfume, sudor y sebo de velas, escuchaba la liturgia católica que no decía nada para mí. Recordé las navidades de mi niñez en Oregon, mi amor cálido de entonces para el buen niño Jesús. Empecé otra vez a pensar en Isabel que se me había vuelto a esquivar. No logré verla sino hasta el final de la misa. La esperé junto a la puerta de salida, entre la multitud, y con una maniobra ágil y un cálculo de tiempo perfecto, logré ponerme a su lado.

—Me ha estado huyendo— la acusé mientras la obligaba a apurar el paso hacia la oscuridad—. Si no hablo contigo voy a explotar.

Puso una mano suplicante sobre mi brazo.

—He pensado mucho en ti, Frank —dijo—, esto no puede seguir. Tienes que irte cuanto antes de Santa Ana.

Mis ojos se fijaron en el esfumado óvalo de su cara; tuve que ahogar el impulso que se levantó en mi garganta.

—Es preciso que te hable a solas, Isabel. No podemos terminar así, contigo dándome un portazo en la cara; ni con un mendigo lo harías.

Sacudió obstinadamente la cabeza.

—No hay nada de qué hablar, Frank. Tienes que marcharte de aquí.

Le oprimí el brazo y la hice girar hasta que estuvo frente a mí.

—No me iré de Santa Ana hasta que no haya tenido la oportunidad de hablarte a solas, Isabel. No te daré paz hasta entonces, te lo prometo.

Me miró, horrorizada. Iba a responder cuando una de sus tías solteronas nos alcanzó, entrelazó su brazo al de Isabel y se puso a hablar de los trajes que habían asistido a la misa. Me despedí en la próxima esquina, regresé a la casita de Virgil y me metí a la cama. Felices pascuas, Frank.

Diciembre 29, 1931

Está en San Salvador. Según Alfonso, fue a asistir a su hermana Maruca que se encuentra enferma. Hoy le envié una carta y mañana le enviaré otra, y otra pasado mañana. ¿Las irá a leer? Claro que lo hará.

Enero 8, 1932

¡Me escribió! Ha leído mis cartas. Me pide que deje de escribirle. Vendrá mañana. Me pregunto...

Enero 10, 1932

¡Es mía, es mía, es mía! Yo tenía razón: me quiere, no está enamorada de Alfonso. Me siento aturdido, no puedo manejar la pluma, no puedo pensar. Es preciso que piense ahora, que actúe. El mundo vuelve a girar para mí; por fin se ha llegado la hora de hacer algo. ¿Proyectos? Tengo docenas. La haré feliz, ese es el proyecto principal, lo único importante.

Vino a mí esta mañana. En vez de ir a misa vino a mí. Se escapó de su torre clausurada y vino a golpear mi puerta, cuando apenas había terminado de rasurarme; cuando le abrí, entró de prisa, como un pajarito asustado.

—Frank —dijo sin respirar, antes de que yo pudiese abrir la boca—, he venido como tú querías, pero tienes que prometerme que te irás hoy mismo, esta misma tarde.

Le tomé una mano, pero ella la retiró y puso la mesa entre los dos.

—Por favor —me ordenó, severa—, siéntate en la cama.

Se sentó en una silla, cerca de la mesa, y cruzó los brazos. Tenía el aspecto de una maestra de escuela que toma la lección.

—¿Ves como no te estoy dando un portazo? He venido a escuchar lo que tienes que decirme.

Me di cuenta en seguida de que estaba nerviosa y comencé a hablarle con calma, tratando de apaciguarla. ¿Qué dije? Casi no recuerdo. no prestaba atención a mis palabras. Creo que dije que nunca había conocido a ninguna otra mujer por la cual hubiese sentido una atracción tan inmediata, tan fuerte; que nuestros intereses y nuestros gustos eran los mismos, que había un vínculo poderoso entre nosotros, que sabía por intuición que ella no era feliz, que no podía serlo aquí en Santa Ana, casada con un hombre que no compartía sus inclinaciones, su sensibilidad.

Negó levemente con la cabeza y no apartó sus ojos de mi rostro; sus manos descansaban ahora sobre la mesa.

—No lo niegues, Isabel —dije—, no puedes hacerlo.

Me levanté de la cama y me senté al otro lado de la mesa, frente a ella.

—Te equivocaste al casarte con Alfonso. No tuviste la culpa, eras joven y todo lo que conocías del mundo era Santa Ana. Pero es hora de que corrijas tu error, no puede ser que malgastes tu vida por un solo desacierto.

Tomé sus manos entre las mías. Cerró un instante los ojos y otra vez me miró. Su voz temblaba al hablar.

—No, Frank, estás equivocado. Elegí a Alfonso, a Santa Ana, la vida que llevo. Sabía que Alfonso y yo éramos distintos, pero me daba cuenta de lo que hacía. Lo que pasa es que tú me hiciste perder por un momento el equilibrio.

Retiró sus manos de las mías y se puso de pie.

—Si quisieras a Alfonso no habrías venido —dije—. no lo quieres, Isabel. Yo te quiero. te necesito.

La hora de hablar había pasado. ya la mesa no estaba entre nosotros. Luchó cuando la tomé entre mis brazos y la besé.

—No —balbució—. por favor. Frank. déjame ir.

—Isabel. Isabel. te quiero.

Hundí mis dedos en su pelo negro, acaricié su nuca y la besé otra vez. Besé sus labios, sus mejillas, el óvalo de su rostro, su garganta, de nuevo los labios. Su tensión se escapó con un suspiro. Se apoyó contra mi pecho, se empinó para besarme, cerró los ojos. Estuvimos así un largo rato; su piel perfumada y tersa, su cuerpo vibrante, tibio, quemándome a través de su delgado traje de verano.

Cuando la conduje hacia la cama, me siguió dócil. Más tarde, después de la entrega, del egoísta abrazo, del éxtasis, mientras acariciaba mi espalda con sus dedos suaves, repetía a media voz, memorizaba la frase:

—Te quiero, Frank, te quiero.

¿Por qué me dejó mamá este diario, este cuaderno amarillo, escrito de prisa, tachado, con la tinta desteñida después de treinta años? Las páginas están gastadas de tanto manosearlas, de tanto ser releídas. ¿Qué la impulsó después de haber guardado el secreto todos estos años, a entregármelo así, sin palabras, sin explicaciones, como un golpe repentino en la cara a través de la tumba?

Enero 13, 1932

Todo está arreglado. El barco sale de La Libertad el 19. Tuve que ir a San Salvador a cablegrafiar a mi banco para que me giren el dinero de los cuatro pasajes. Habrá, sin duda, un pequeño problema con el pasaporte. Isabel y los niños tendrán que irle a hacer otra visita a Maruca, pasado mañana, para resolver los detalles. En menos de una semana estaremos rumbo a París. Esta tarde vendrá. Le agradará la sorpresa.

—Hola —me dice Eugenia entrando—. Veo que lees el diario.

—Sí, lo leí anoche de un tirón y ahora otra vez más despacio. ¿Por qué no te quedas a dormir? Tengo muchas ganas de hablar a solas contigo.

14

Alfredo y Eduardo están sentados en las sillas del corredor; Eugenia y yo tomamos nuestros sitios de costumbre; María aparece con su paso silencioso y la bandeja de bebidas. La escena es plácidamente familiar . Alfredo se sirve un whisky doble (tenía razón papá, ya empezó de nuevo) y nos ofrece otro más débil a Eugenia y a mí. Eduardo destapa su gaseosa; desde hace años no prueba el licor.

Recuerdo la tarde de la cantina. Una nube gigantesca cubre el sol, mientras Alicia y yo jugamos en el patio a las muñecas. La tía Rosa nos manda a buscarlo.

—Allí en el "Aquí me quedo" debe estar. Apúrense que hay aire de tormenta.

El viento nos alcanza, nos empuja antes de llegar a la cantina. Escupe hojas y granos de arena; doblega a los árboles que crujen, y sacuden sus copas, desesperados. Un clarinero cruza el aire en busca de su nido. Empiezan a caer las primeras gotas gordas. Suenan secas sobre las baldosas.

Eduardo está tirado en un rincón, oliendo a vómito y a aguardiente barato. Lo sacudimos, lo levantamos, protestando, lo llevamos a rastras hacia la puerta. Una prostituta vestida de rosa chillón lo insulta, y vacía sobre su cabeza un resto de cerveza. Ya en la calle, la oímos maldecir a todos los hombres del mundo y arrojar vasos contra la pared.

La nube morada, azul, negra, cuelga amenazadora sobre nosotros y se abre. La calle se llena de charcos, de pequeños arroyos azotados por las gotas duras de agua. De todos los tejados caen chorros gruesos, la tierra huele a hoja podrida.

Eduardo revive; yo lo miro. Un rayo llena el mundo con su estruendo lívido; queda grabado en mi mente el Eduardo de ese instante, con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta, riéndose con una risa estúpida.

—Al fin se murió el coronel Gutiérrez —me mira Alfredo por sobre el borde de su vaso—. Aquí en la guardia lo van a velar.

—Sí —digo—, el Dr. Selva nos trajo la noticia. ¿Y la Ana?

—No pudo venir. La Marcelita está con mucha tos. El entierro va a estar brutal —continúa—, Carlos Samayoa ha ordenado que se cierren todos los negocios mañana.

—¿Y Alfonso?—interrumpe Eduardo.

—Se fue a jugar billar con el Dr. Selva, pero ya no tarda.

—Qué bueno —pone los pies sobre la mesita— es necesario que se distraiga. Está aplanado el pobre viejo.

—Todos estamos aplanados —suspira Eugenia—, cuando tú te vayas, Carmen, esta casa va a parecer un cementerio.

—Dicen que va a venir la banda de San Salvador —se ríe Alfredo—, Carlos quiere que el entierro sea digno de un general.

—Ah, Carlos —se indigna Eduardo—, como alcalde es igual a Dicky Durán. Hasta la misma manía de dejar al pueblo sin árboles tiene. La calle de las palmeras era la última calle sombreada de Santa Ana, pues no, a cortar las palmeras se ha dicho para que se pareciera a Canal Street.

—No fregués, Dicky era peor —lo contradice Alfredo—. ¿No te acordás de la fiesta que dio el mes pasado?

Eduardo sonríe y afirma con la cabeza. Alfredo vuelve a mí los ojos.

—Fue en honor de la Nena Hernández y de su marido, que habían venido a pasar aquí sus vacaciones.

—La Nena me dijo que ella estaba sorprendida porque nunca había tenido mayor amistad con Dicky —interviene Eugenia.

—Lo hizo porque José es oficial de la marina— encoge Alfredo los hombros despectivamente—. Debías haber estado aquí, Carmen. Estuvo mejor que una comedia de los hermanos Marx. Apenas la Nena y Joe se bajaron del auto, Dicky los saludó con salvas de cañón y la marimba empezó a tocar el himno de los marinos yan-

quis, aquel que dice: *From the halls of Montezuma to the shores of* no sé que, *we are proud to claim the title of United States Marines.*

—Ay, no puede ser —se ríe Eugenia.

—Pregúntaselo a mi mujer. Dicky presentó a Joe como a un héroe de la guerra de Viet Nam. Yo bien creído estaba hasta que la Nena me dijo que eran puras mentiras, que Joe nunca había estado ni cerca de Viet Nam. Después Dicky se los llevó a su despacho y les enseñó todas las condecoraciones que había ganado peleando por los Estados Unidos.

—No sabía —dice Eugenia.

—Son mentiras —hace Alfredo un gesto de disgusto—, todas esas medallas las ha comprado en los montepíos.

—¿Qué dicen de eso en la embajada? —pregunto.

—Nada, como les sirve de oreja y juega al golf con el embajador, piensan que es una gran cosa.

—Es un tipo asqueroso —dice Eduardo con énfasis—, capaz de cualquier cosa para quedar bien con los norteamericanos. El otro día estuve en una cena que dio para el embajador y comimos langostas que Dicky había hecho traer en avión desde Maine. ¿Se imaginan?

—Probablemente es mentira también —sonríe Eugenia.

—No, de eso lo creo muy capaz —dice Alfredo—. Para lo que no hay plata es para mejorar las viviendas de sus trabajadores.

—¿No hay escuela en la finca? —pregunto.

—Lo que hay es un cuartucho con piso de tierra. Dice que es el deber del Estado levantar las escuelas.

—¡Qué horror! —digo—, nada ha cambiado aquí en los últimos treinta años.

—Nada va a cambiar hasta que haya una revolución y los tipos como Dicky sean suprimidos —se encoleriza Alfredo.

—No, Alfredo —enciende Eduardo un cigarrillo—, yo pensaba como vos cuando era joven. ¡Hurra por la revolución y las ideas románticas! Me parecía que estaba destinado a salvar el país. Poco a poco me fui dando cuenta de que la realidad no es tan simple; no es ni blanca ni negra; es gris. Las cosas cambian lentamente. Otra masacre como la del treinta y dos nos resolvería los problemas de El Salvador.

—Dicky hace venir por avión langostas vivas y viste a su mujer con trajes de Christian Dior, mientras más de la mitad de nuestros niños vive en la suciedad y en la miseria —exclama Alfredo—. No me vengás vos con tu paciencia.

—Yo creo que la política de este gobierno es acertada —replica Eduardo sin perder el aplomo—. Estoy en el comité de finanzas y sé que el país gasta lo que puede en levantar escuelas y multifamiliares.

—¿Y cuánto gasta en el ejército? —replica Alfredo, mordaz—. ¿Y cuánto para enriquecer al presidente y a sus ministros?

—Es el deber del gobierno conservar el orden y prevenir la anarquía —prosigue Eduardo—. Todos sabemos que se hacen trampas en los contratos de construcción, pero lo importante es que se están levantando escuelas y viviendas.

—¡Achís! —se ríe Alfredo, burlón—, nuestro famoso general también hizo obra. Gracias a él El Salvador es el país que mejores carreteras tiene en Centro América. Y ahora allí está, en Miami, tomando el sol desde la terraza del hotel que compró con el dinero que le robó al país. Desde entonces sólo hemos tenido militares en el poder y todos son iguales.

Los dos se miran enconados; me apresuro a cambiar la conversación.

—¿Tú recuerdas a Frank Wolff, Eduardo?

—¿Qué te ha cogido a vos con Frank Wolff? —me pregunta Alfredo impaciente.

Eugenia me mira, aterrada.

—Claro que lo recuerdo —dice Eduardo—, aquí venía mucho a jugar ajedrez con tu papá. Días antes de la revuelta del treinta y dos los llevé a él y a aquel misionero evangelista a Izalco, a que conocieran a Martí.

—¿Nunca te escribió? —pregunto.

—No, desapareció un buen día y nadie volvió a saber de él. Era un muchacho tímido; creo que se asustó mucho con la revuelta.

Papá entra arrastrando los pies en los mosaicos y saluda a Eduardo y a Eugenia.

—¿Y vos? —se dirige malhumorado a Alfredo que ha deslizado su vaso hacia el centro de la mesa—, ¿por qué nunca regresaste? Bien sabías que te necesitaba.

—Vine, pero usted estaba durmiendo —se defiende Alfredo—, ¿verdad, Carmen?

—¿Y por qué no esperaste a que despertara? —empuja papá su mecedora hacia la mesita, y se sienta—. Le dijiste a la Carmen que ya ibas a regresar y nunca viniste. Sos una calamidad.

Alfredo se ruboriza y no contesta. Eduardo carraspea, nervioso y cruza las piernas. Todos nos quedamos inmóviles, envueltos en el silencio azul del crepúsculo.

Mi mirada se fija sobre la alfombra de piel de tigre donde jugábamos de niños, sobre las sillas cuadradas y sólidas estilo español, con bandas de cuero oscuro en los asientos, sobre el tapiz de Salarrué que cuelga en la pared, sobre el florero amarillo bajo el tapiz, sobre el mueble de caoba del tocadiscos.

María surge a mi lado.

—¿Sirvo ya la cena? —pregunta, y todos respiramos una vez más. Nos dirigimos al comedor, ocupo la silla de mamá. Me siento copiándole sus gestos, su manera de ladear la cabeza mientras sirvo la sopa. Ella no está aquí, pero nada ha cambiado. Estoy yo, sentada en su silla, cumpliendo su papel de ama de casa, mirando a papá a través de la mesa. Es ella la que presta a mis ojos una mezcla de dulzura y de reproche cuando miran a Alfredo, sentado en su silla de siempre, con ese aire furtivo de niño travieso y tímido que adopta en presencia de papá. Eugenia ocupa mi silla de antes; todavía es linda Eugenia, un poco marchita, pero linda, con su perfil griego, sus ojos almendrados, su piel aceituna. Debiera haberla pintado Matisse como a una odalisca indolente reclinada entre almohadones de colores vivos, refrescándose con su abanico de naipes, mientras en el trasfondo surgen, entrelazadas, hojas verdes y amarillas de plástico que Ricardo hizo venir de Nueva Orleáns.

—Debieras leer más en vez de jugar canasta —la aconsejaba mamá.

—Ay, Isabel —dice lentamente—, es que aquí no hay libros, tiene uno que ir hasta San Salvador a buscarlos.

Está gordo Eduardo, tiene el pelo gris. Mamá murió con su cabello casi negro, apenas unas cuantas canas brillaron a la luz de las velas, cuando me incliné por última vez a besar su frente helada. No está con nosotros, es el único cambio. Sin embargo, todo empieza a declinar, a desmoronarse, a deslizarse en el pasado. Este comedor, los corredores, los dormitorios, van pronto a tomar el aspecto frío, estéril, de las casas deshabitadas. Lo primero que va a desaparecer van a ser los ramos de flores, luego los floreros, los tapetes de crochet, los cuadros de las paredes. Su casa, su mundo, va a reducirse a nada; ninguno de nosotros puede impedirlo. En tres meses o en un año esta casa va a ser distinta, irreconocible; papá no se va a dar cuenta de los pequeños detalles que condujeron al cambio, sólo va a sentir que la casa está vacía y oscura ahora que ella ha desaparecido.

Que viejo está papá, las arrugas de su rostro se acentúan a la luz de las velas. Cuando Alfredo y yo éramos cipotes no se nos permitía hablar en la mesa sin su permiso. A veces, después de cenar, jugaba con nosotros en el patio, nos contaba el cuento del Tío Coyote culo quemado, nos recitaba largos pasajes del Quijote, hacía recuerdos de cuando peleó con Sandino contra los yanquis, de sus largas marchas por la selva nicaragüense.

Su expresión ha cambiado después de la muerte de mamá. Ya no practica su medicina; no tiene qué hacer con su tiempo más que jugar billar, sentarse en su silla mecedora, regañar a Alfredo. Aún no se ha dado cuenta cabal; el día que suceda, se va a dejar morir.

Las velas aletean, vacilan al golpe de aire que entra por las ventanas abiertas. La luz dorada se refleja temblorosa en sus cubiertos de plata, su porcelana, su blanquísimo mantel de damasco, mientras tomamos la sopa en silencio.

—Antes de que se me olvide —me dice Alfredo—, hoy me encontré con la Toña Figueroa y te mandó saludos.

—¿Cómo está? —preguntó—, ¿todavía se avergüenza el idiota de Meme de que los vean juntos?

—Jamás va con ella a una fiesta —dice Alfredo—. Hoy salía de donde el turco Sadid cuando la vi.

—Meme no es mala persona —defiende Eugenia a su cuñado. Es un poco chapado a la antigua, pero ninguna necesidad de casarse con una mengala tenía, y sin embargo, lo hizo.

—Es un imbécil y para eso no hay cura —deja Eduardo su cuchara sobre el plato y mira rabioso a Eugenia.

Eduardo se casó con una muchacha de origen humilde cuando todavía le gustaba beber. Todos en la familia la queremos mucho. Eduardo nunca se avergonzó de ella, la llevaba al casino, a todas partes donde él iba. Poco a poco llegó a ser aceptada por la "sociedad" santaneca. Ahora hasta Eugenia ha olvidado su origen, pero Eduardo no; no hay caso.

—¿Y la Marcelita cómo siguió? —le pregunta papá a Alfredo mientras sirvo los tallarines.

—Tiene una tos muy fea, me gustaría que me la fuera a ver.

—Ahora hay mucha tosferina —dice Eugenia—, procuren apartarla de los otros cipotes.

—La Ana hace todo lo posible, pero es difícil manejar a esa banda de piratas —replica Alfredo—, especialmente ahora que están de vacaciones. Nos vuelven locos; a veces me dan ganas de contratar a la Filiberta. ¿Te acordás, Carmen?

—Apúrense o llamo a la Filiberta —nos amenazaba la Cata cuando Alfredo y yo no nos queríamos bañar.

¿Qué hará la Filiberta? Carmen Bomba vendía versos y billetes de lotería. Cuando yo estudiaba piano se paraba frente a la ventana y me pedía que le tocara "Para Elisa". El Mudo Mercedes llegaba con sus calzones de manta demasiado grandes para él, un sombrero de paja metido hasta las cejas, y un papelito que decía: "Ayúdele a este pobre mudo". ¿De qué vivirá la Filiberta? No pide limosna, se arrastra por la calle vestida de harapos, con los pies descalzos, los ojos abultados, el cuerpo sacudido por espasmos. Cuando la veíamos venir de lejos, todos a coro le gritábamos el refrán "Filiberta... Lechuza... Coyota". Y salíamos corriendo con el corazón en la boca mientras ella nos contestaba con gritos chillones y gestos de aspa de molino.

La Filiberta tampoco ha cambiado, fuera de su pelo, que es blanco ahora, está igual. Por primera vez hace unos días, pude verla de

cerca. Un enjambre de niños la precedía, gritándole el mismo refrán, teniendo cuidado de mantenerse siempre fuera del alcance de su bastón. Detrás del rictus doloroso, me pareció ver dibujada en el rostro de la Filiberta la alegría de encarnar para los niños de Santa Ana la bruja temida y malograda.

—Hay que tener cuidado —dice papá limpiándose la boca con la servilleta—, a veces una bronquitis puede ser peligrosa. Así empezó Neto, apenas tres días resistió.

—Niña Carmen —me llama la Cata—, no se olvide de su mantilla.

Enérgicamente me conduce de la mano hasta el hospital.

—Mejor no le cuente a su mamá, vaya a ser que no le guste, pero no hay nada más milagroso que las ánimas del purgatorio.

—No quiero ir, Cata, tengo miedo.

—No sea tonta, ¿no ve que es por su hermanito?

La entrada está hormigueando de gentes que esperan su turno para la consulta gratuita: una mujer con las piernas hinchadas de elefante, una madre sosteniendo a un niño raquítico que tiene la boca abierta y la cabeza colgándole hacia un lado. No se aguanta el tufo. El suelo está lleno de escupidas, el aire espeso de moscas, de gemidos, de olor a medicinas y a miseria. La Cata me arrastra por los corredores. Pasamos a dos enfermeras y a una hermana de la caridad que llevan a un herido en su camilla; una venda manchada de sangre le envuelve la cabeza y le cubre un ojo.

—Dios quiera —se estremece la Cata—, que yo no tenga que venir nunca a este hospital. Pocos son los que salen vivos de aquí. Mi hermano Carlos estuvo y dice que ni caso le hacen a uno las enfermeras, que ahí lo dejan abandonado.

Llegamos a la morgue. En el suelo hay bultos cubiertos con sábanas; pasamos por entre los muertos, un zumbido de moscas se levanta de las sábanas parduscas. Nos arrodillamos frente a un crucifijo elevado en la pared; el zumbido de moscas disminuye. Cata me da el misal porque no sabe leer.

—No encuentro la página, Cata. Mejor sólo recemos un avemaría.

—Si no la encuentra vamos a rezar un rosario —me amenaza.

De nada sirvieron las oraciones, dos días después había muerto Neto.

Más tarde, cuando mamá se encerró en su dormitorio, la Cata le dio rienda suelta a su beatería. Todas las noches cuando terminábamos de cenar, nos llamaba a Alfredo y a mí a la cocina. Nos hacía leerle novenas y nos narraba a su modo la vida de los santos. La Angela, en cambio, que era india y venía de Nahuizalco, no era tan buena católica.

Se ponía a planchar hasta que la Cata concluía con nosotros, dejaba la plancha sobre la estufa, se servía una taza de café, se sentaba en un taburete con las piernas abiertas y los codos sobre la mesa, y nos miraba con malicia. Alfredo y yo revoloteábamos a su alrededor.

—Contanos de la Ciguanaba, Angela —le rogábamos.

—Ya me aburrieron ustedes, sólo eso me piden siempre —protestaba, sentándome en sus faldas mientras Alfredo se acomodaba en el suelo.

—La Ciguanaba es una mujer alta y seca —empieza—, tiene el pelo negro y bien largo.

—Le llega hasta las rodillas —grita Alfredo.

—Le robó su marido a otra mujer y Tlaloc la condenó a caminar para siempre por la orilla de los ríos, sin hablar con nadie. Apenas oscurece se esconde entre unos matorrales y allí espera, en la sombra, a que pase un hombre a caballo. Cuando el jinete solitario se acerca, la Ciguanaba le salta en ancas a la bestia, y envuelve al hombre con sus brazos y con un grito largo y terrible. El jinete pierde en seguida la memoria. No se acuerda de nada: ni de su nombre, ni de su pueblo, ni para dónde iba, ni de dónde venía.

—A tu primo lo jugó, ¿verdad?

—Sí —dice la Angela y relumbra su diente de oro—. Desde entonces quedó medio dundo el pobre Pedro.

—El tuvo la culpa —dice la Cata deshaciéndose la trenza—, se hizo protestante y a los protestantes Dios no los ampara.

—Había estado resfriado —juega papá con su tenedor, fijando la vista detrás de mí—, eso lo debilitó y pescó la pulmonía.

Es extraño que papá hable de la muerte de Neto; nunca lo hizo antes. Había un acuerdo tácito en la familia de no hablar de eso en su presencia.

—En esos días no había antibióticos —suspira—, no se pudo hacer nada.

La Angela lo termina de secar después del baño.

—Bueno —dice—, puede tenerlo un ratito mientras voy a traer los pañales.

Neto gorgotea y me pesca de la nariz. Bailo con él alrededor de la pieza para hacerlo reír, lo llevo a la ventana a ver a los soldados que marchan por el patio de la guardia. Estaba abierta. ¿Había corriente? ¿Fui yo. . . ?

—¡Por Dios! —gruñe Paul—, James apenas tiene seis meses y tú ya has tenido dos cesáreas. Sé más consciente.

—No, Paul, es un crimen.

—No seas ridícula. Es un simple raspado.

Durante tres días no me habló, la casa estaba tensa, sumergida en su irritable enojo; el doctor me mira, la luz le brilla en las gafas como al Padre Antonio, la cara pálida, los labios delgados, sin ninguna expresión en el rostro.

—Bien. Hay que hacerlo lo más pronto posible, Mrs. Pierson.

Nunca supo mamá. No pudo haber adivinado.

—Estás pálida, Carmen —me escudriña Eugenia—, ¿qué te pasa?

—Nada —empiezo a servir el postre.

—¡Icacos! —exclama Alfredo—, ¿te acordás cómo le gustaban los icacos a mamá?

—Y también los mangos —se ríe Eugenia—, cuando Maruca y yo éramos cipotas nos íbamos a esconder al baño para que ella no nos pidiera.

—Era bien alegre mi mamá —recuerda Alfredo—, siempre estaba sonriente y de buen humor.

—No —lo contradice papá—, era más bien callada la Isabel, seria y callada.

—¿Cómo la recuerdas tú, Eduardo? —pregunto.

—No sé. De joven era conservadora —frunce las cejas—, pero

es curioso, con la edad se fue haciendo izquierdista. Tenía un gran corazón.

Todos la recordamos distinta. Frank también. Los seis ciegos alrededor del elefante. En el ataúd, con los ojos cerrados, alejada de sus facciones la tensión de la vida: vibrante a la orilla del cenote, con el aire altivo de una princesa maya; con la risa gorgoteándole cuando se preparaba para uno de sus viajes; con su mirada grave (así es como más la recuerdo), caminando erguida por el corredor con su manojo de llaves tintineando.

—¡Qué calor! —se abanica Eugenia con la servilleta—, ya no llovió.

—¿Por qué no nos vamos al patio? —sugiero.

Así decía ella después de cenar. Me toco el cabello con su gesto, me levanto, guío la procesión. Papá empuja la silla con mucho ruido.

—Me perdonan —dice—, pero tengo sueño. Mañana iré a ver a la Marcelita —se dirige a Alfredo.

Se aleja arrastrando los pies hacia su cuarto, balanceando los brazos como péndulos. No deben dejarlo solo. Hablaré con Alfredo. Disponemos las sillas en el patio; la inconexa conversación comienza. Cierro los ojos, escucho las voces, las frases punteadas por los insectos que se estrellan contra las luces del corredor.

15

El eco de las voces y de los automóviles que vienen a la vela del coronel nos llega hasta el patio a través de los tejados. Papá duerme; Eduardo y Alfredo acaban de irse atraídos por el jolgorio de enfrente. Qué rico huele el jazmín, de noche huele más.

—¿Cómo te enteraste de lo de Frank y mamá, Eugenia?

—Fue antes de que Frank desapareciera, antes de la vuelta. Después de misa, un domingo, le pregunté a tu mamá por qué no comulgaba. "No puedo", me dijo, "estoy enamorada de Frank y no sé qué hacer". Fue entonces cuando me contó; tenía que desahogarse con alguien.

Eugenia pone su mano sobre mi brazo.

—Tienes que tratar de entenderla, Carmen. Debe ser muy difícil para ti, pero yo viví todo eso a su lado y sé lo que sufrió. Había tantas cosas. Cuando tu mamá estaba esperando a Neto se dio cuenta de que Alfonso la engañaba. Nació el niño y ella puso en él todo su amor, su devoción. Algo se rompió dentro de Isabel cuando Neto murió. Poco después apareció Frank. No debes juzgarla, Carmen, ninguno de nosotros puede hacerlo.

—Tu mamá era orgullosa —sonríe—. Mi papá la llamaba en broma "la princesa", por su aire altivo. Quiso perdonar a Alfonso, pero nunca pudo. A mí, en cambio —encoge los hombros—, las infidelidades de Ricardo no me afectaron tanto. Al principio me dio mucha rabia y sufrí, pero después me pasó, ya no me importaba. No soy de las que tienen tanto aguante para sufrir.

A veces, paseándonos por el corredor, un incidente pequeño, un recuerdo la estimulaba, y empezaba a contarme, a repetirme su rosario de quejas.

—¿Nicaragua? ¡Jamás! —decía con énfasis después que papá se iba al casino—. Si hubieras visto, Carmen. Llegamos a casa de sus hermanas después de la luna de miel, y lo primero que Margarita me dijo fue: "Qué maravilla que Alfonso se casó con usted y dejó a esa casquivana de Acajutla que le dio un hijo. ¡Ah! qué barbaridad", pretendió turbarse, "yo creía que usted sabía".

Entrelaza sus dedos, nerviosa, y me mira como implorándome solidaridad.

—Si esa hubiera sido la única vez —prosigue—, yo lo habría perdonado. Pero no fue así, Carmen; lo hizo una y otra vez más.

Mientras la escucho, un incómodo nudo de rabia crece en mi garganta; rabia hacia papá, hacia ella también, por abrumarme con sus quejas.

Siempre sospechaba de que papá le era infiel con más de alguna de sus pacientes. A veces, por la noche, acostada en mi cama, los oía discutir en el patio. Papá se defendía con risas y negativas de sus acusaciones. Habría sido más él si se hubiera impacientado y la hubiese callado con tres gritos. Nunca perdió su paciencia en esos momentos. A lo mejor reaccionaba así porque sabía que de otro modo podría abrirse la caja de Pandora con todas sus inimaginables consecuencias, arruinando su vida, y las nuestras.

Mamá estaba fuera de carácter en sus rencores, papá, en su manera de evadirlos.

Durante esos últimos meses vivía preocupada por ti —continúa Eugenia—, decía que te sentía triste en tus cartas, como si no te gustara vivir en Washington. Se moría por volver a ver a Lisa y a James.

—Pensábamos venir para estas navidades. Todo pasó tan rápido.

El silencio nos envuelve. Un silencio subrayado por el canto de los grillos, por las voces que nos llegan de la vela, por los gatos que aúllan en las tejas.

—¿Qué hacía mamá últimamente?

—La misma rutina de siempre que tú ya conoces. En vez de jugar canasta como yo —sonríe—, seguía leyendo. Se había hecho bien piadosa, todos los días iba a misa.

—¿Y con papá, se habían acercado más?

—No sé, Carmen. Se querían, no hay duda, vivieron juntos cuarenta años. Pero eran tan distintos, nunca hablaban mucho. Si no hubiera sido por las visitas, esta casa se habría mantenido silenciosa. Alfredo la divertía. Todos los días venía un rato antes de almuerzo con alguno de los cipotes, y por las noches, con la Ana. Hacía reír a la Isabel con sus payasadas. El día que no aparecía, ella se atormentaba porque ya sabía que andaba bebiendo.

—¿Cómo era mamá últimamente? —le pregunté a Alfredo hace unos días.

—La misma de siempre. A mí me va a hacer una falta horrible, es difícil aceptar que no está más con nosotros, dándonos ánimo, aconsejándonos. Ella me servía de pararrayos con papá. Mis hijos la adoraban: les contaba cuentos, les leía pasajes de la Biblia. Fue hasta hace unos tres meses antes de su muerte que empezó a decaer. Se levantaba tarde, no tenía ganas de hacer nada.

—¿Cómo era Frank, Eugenia? ¿No hay ningún retrato de él?

—No que yo sepa. Apenas lo conocí, fui la última en verlo. Días después del levantamiento vino a mi casa. Le dije que le había entregado su carta de San Salvador a la Isabel. "Gracias", dijo, "pero ya es tarde. Dele este paquete, por favor y dígale adiós por mí".

—¿Leíste el diario?

—No, dos veces lo tuve en mis manos pero nunca lo abrí. La Isabel me lo dio envuelto para ti. Fue el día que se la llevaron al hospital.

—¿Por qué crees tú que me lo dejó?

—No sé.

—Por aquí, hijita, por aquí —me conduce papá.

Diez años más viejo, cien años, es un niño, solloza como un niño, ojos ávidos nos persiguen, siento ganas de gritar.

"Gracias", digo, "muchas gracias". Hasta en el baño hay gente, en todos los pasillos. Arrastrando los pies y abrazándome me conduce al dormitorio.

—¿Quieres verla?

No, todavía no.

No quiero verla todavía. Su cama, su dormitorio. Cierro la puerta, me siento a su tocador con papá detrás de mí, limpio sus lágrimas de mis mejillas, paso por mis cabellos su cepillo de plata, miro mi rostro tenso, inexpresivo, me pregunto hasta cuándo van mis propias lágrimas a brotar.

—Cuando le dimos la anestesia pensaba en ti. "Prepárala", me dijo, "es horrible estar lejos". De nada sirvió la operación. Se nos fue, Carmen, sin ella no quiero vivir.

—¿Mamá no dejó su diario, Eugenia? Yo sé que llevaba uno, pero no he podido encontrarlo.

—De seguro lo quemó.

—¿Ni siquiera una carta me dejó?

—Nada, que yo sepa.

—¿Papá nunca sospechó?

—No creo; en fin no sé. A todos nos gusta engañarnos cuando hay algo doloroso enfrente.

—¿Cómo era mamá?—le pregunté ayer.

—Tú la conociste —me contesta despacio, con la mecedora casi inmóvil—. Sin ella no tiene sentido mi vida.

—A veces —añade—, me pregunto si la hice feliz. Yo intenté, a mi modo, pero éramos muy distintos. De a ratos no la entendía, la hería sin querer. Pero toda una vida juntos, Carmen —me escruta pensativo—, es más que sólo felicidad. Tiene que ser más que un mero accidente.

—Tengo sueño —dice Eugenia desperezándose—. ¿Tú no te vas a acostar todavía?

—No, está fresco aquí y quiero terminar el diario.

La acompaño al dormitorio, regreso con el diario, y me siento bajo la lámpara, en el rincón del corredor.

Esto es lo que ella tenía, solamente esto: Santa Ana con sus rostros, sus pequeñas tragedias, sus escándalos, sus comedias; papá con su carácter rudo y sus pasos firmes sobre un mundo que pueda ser visto y palpado, Alfredo, yo, el resto de la familia, y por un bre-

ve instante. Frank. Era un mundo pequeño el suyo, un mundo gris con uno que otro rasgo de color. Creo que lo de Frank cambió el curso de su vida. En realidad, no sé. A lo mejor si hubiera vivido en París, si allá hubiese sucedido, podría haber resuelto el problema. Frank fue una muralla en su camino, nunca supo cómo desplazarla o demolerla. Si él no hubiese aparecido, mamá tal vez hubiera aceptado mejor esta vida, las convenciones, las esporádicas infidelidades de papá, su papel de madre y de ama de casa. Pero Frank le abrió una puerta hacia otro mundo factible. ¿Quién cerró esa puerta finalmente? ¿Fue él o fue ella? Quienquiera que haya sido, ella nunca pudo olvidar ese vislumbre, nunca pudo amoldarse a Santa Ana después de eso. Se trocó en enigma para papá: un rompecabezas chino que él nunca pudo resolver.

Hay otras puertas en el mundo además de la de Washington y la de Paul. Podría abrirlas, podría llevarme a mis hijos a México y trabajar. Lo he pensado muchas veces, he dado vueltas como una ardilla enjaulada, alrededor de la idea. Hubo las puertas de la escritora, de la actriz; las pasé de largo. Una puerta morada se entreabre mientras paseo sonámbula por mi casa. ¿Por qué me aterra el color morado? "Tengo talentos", me digo, "si quisiera podría escribir, o actuar, o dibujar". Sigo caminando, sonámbula. "Para un hombre es distinto", me digo. "Es más fácil para un hombre abrir puertas".

No es verdad, si realmente hubiera tenido vocación la hubiese seguido. He intentado escribir, a veces, pero no tengo nada de interés para contar. Lo que trasluce en mis páginas es lástima a mí misma. ¿Por qué lástima? ¿Estoy vacía por dentro, es que sólo tengo una larguísima y delgada queja por la injusticia de que Carmen no es lo que imaginó ser? Desprecio a Paul porque le falta pasión; ¿cuándo me he lanzado yo a ciegas? ¿Temo acaso perder mi casa con calefacción central, mi auto, mi televisor? ¿Temo quedarme a solas con mi vacío?

Era distinta antes, tenía avidez de rostros, de calles, de ciudades, sed de experiencias nuevas. Nada me asombra ahora, todos los rostros me parecen iguales, no veo las calles ni los edificios. Mi propio rostro, cuando pinto sus labios y sus cejas frente al espejo, me parece muerto: un óvalo inexpresivo, con el vacío adentro, rechi-

nando. Paul también está muerto. Esconde su vacío de otro modo, lo mide de otro modo. Necesita de mí y no puedo ayudarlo. No tengo nada qué darle, nada qué decirle que no esté gastado a fuerza de tanto repetirlo. Lisa y James me necesitan, pero un día se van a dar cuenta de que tienen una madre hueca. Pienso en mí demasiado, ¿será eso? Un pensamiento circular dando vueltas alrededor de un cero. ¡Es hora de que pienses en mamá!

Cuántas veces se sentaría aquí con sus dudas, sus recuerdos, sus preocupaciones. Se me empieza a borrar su rostro, se empieza a disolver en el vacío. Su último rostro, sólo el último, iluminado por las velas, terso y vacío; inmóvil como sus manos frías con el rosario enredado entre los dedos.

Envueltos en una sábana, estaban los huesos de mamá Carmen. Ahí, a sus pies, los colocaron. Papá sollozó mientras cerraba, despacio, el ataúd. Alfredo, Rodolfo, Augusto y Eduardo la sacaron en hombros por la puerta. Ocho cuadras bajo el sol de la tarde. Ana y yo detrás, escoltando a papá, y más atrás el cortejo, arrastrando los pies en las baldosas.

A la orilla del pueblo se detuvo la carroza. La procesión se dispersó en pequeños grupos de gente limpiándose el sudor de la cara con pañuelos, y abanicándose. Seguimos despacio en auto; pasamos por la ceiba, allí estaban vendiendo pupusas las mujeres; se santiguaron, respetuosas. Pasamos por el beneficio de café de don Jaime, por el río pequeño y verde donde están las lavanderas desnudas hasta la cintura. Nos volvieron a ver y siguieron lavando, en silencio. Los maquilishuats estaban florecidos. Encontramos otro entierro, el de un niño en su cajita blanca adornada de listones de colores. Llegamos al Camposanto. Papá se tropezó al salir del auto; Alfredo lo sostuvo. Caminamos detrás del ataúd, hacia el mausoleo de la familia. La fosa de mamá Carmen estaba abierta, esperando. El padre Antonio indestructible, sin edad, recitó letanías interminables. Papá me tenía abrazada, temblaba, yo también temblaba. Lloraba papá, yo no podía, no pude llorar, ni cuando bajaron el ataúd, sostenido por dos sogas, hasta la fosa abierta.

16

Isabel:

Resuena en mis oídos el eco de tu voz repitiéndome una y otra vez aquella última frase. Debo pensar claro, Isabel. Es importantísimo para ti y para mí.

Sé lo difícil, lo abrumador que esto debe haber sido para ti, yendo y viniendo, angustiada, sobre el mismo pensamiento, pero debes de entender que esa frase no fue dicha por ti sino por presiones, convenciones que te agobian desde tu niñez y que ahora te ciegan. Si te abandonas a ellos, si dejas que te hagan su prisionera, estarás perdida, y yo también lo estaré.

Estás hecha a otra medida que la de Santa Ana, Isabel. Tu vitalidad, tu deseo por una vida más llena, más rica, se volverán contra ti si eliges quedarte. ¿Has vislumbrado la larga fila de días grises, de meses grises, de años grises que se extiende delante de ti, esperando a que tú la llenes con tu abnegación, con tus remordimientos, con la sensación de que podría haber sido de otro modo tu vida?

Reconocí tu carencia desde el primer día que te vi, mi amor. Me hice el propósito de arrancarte de la orilla del cenote donde tú te balanceabas, de cabalgar contigo hacia un futuro más amplio: un futuro de paisajes variados, de nuevos rostros, de sonidos nuevos. Pensé también, como tú lo has hecho tantas veces, en Carmen, en Alfredo, en su futuro. Quería ayudarte a darles una oportunidad para que pudieran tener un destino mejor que el que les espera aquí.

Pienso en mí, Isabel, en mi propia necesidad. Tú no puedes ser simplemente un salvavidas que alguien me arrojó, y cuando ya lo había alcanzado, un hada maléfica me lo arrancó de los dedos. No puedes ser un mero acontecimiento, un episodio de mi vida; no pue-

des ser un accidente o una broma cruel. Soy un planeta oscuro que por primera vez ha descubierto la órbita justa alrededor del Sol. No puedes condenarme de nuevo a errar a través de la noche oscura, expuesto a los fríos vientos del espacio.

Isabel:

Tus últimas palabras me siguen retumbando dentro del cráneo: "No nos podemos ver nunca más, no nos podemos ver nunca más, no nos podemos..."

Invariablemente las contesto repitiéndome:

—No, no es posible terminar, de una manera tan estúpida.

Sin embargo, después de infinitas repeticiones, me encontré traicionándome, preguntándome:

—¿Es que puede terminar así? Sentí que el suelo se me escapaba de los pies por sólo haberme planteado esa pregunta. Siento que resbalo, que caigo, Isabel. Mi mente corre enloquecida, en círculos, salta a las paredes, vuelve a caer. No puedo escribir, lo estoy haciendo en círculos también. Ahora que me has prohibido tu rostro, tu voz, cuando es más necesario que nunca manejar una pluma que te convenza, que escriba con autoridad, sin vacilar, me encuentro vacío, sin ideas.

Es el vacío, el terror, la necesidad de sentirme más fuerte lo que me ha traído aquí al bar de La Florida. No había extrañado la bebida últimamente; la tomo ahora despacio, sin deseo, como si tomara una medicina, para poder escribir las cosas que tengo que decirte. Empieza a dar buenos resultados; siempre me pasó, antes. Las pulsaciones en mis sienes se aminoran, tu voz sigue repitiendo el mismo estribillo, pero es más lejana ahora: me llega desde una distancia considerable, desde otra pieza, desde otro mundo que voy dejando atrás. Mi mente estaba febril, turbada, pero también eso va cambiando; la medicina hace su efecto. ¡Así me gusta, Frank! Unos cuantos tragos más y sentirás la mente fresca, más fresca aún, helada. Sí helada y transparente como un cubo de hielo flotando en un vaso de whisky. Se siente la llegada del *satori,* se le oye acercarse y llamar a la puerta. Otro sorbo, Frank, y otro. Ahora uno chiquito. ¡Ya! Y una vez más, subió suspendido de la cuerda de plata, casi

hasta el techo. Se miró desde allí, sentado a la mesa, con el tercer vaso al alcance de la mano, absorto en lo que escribía. De pronto advirtió que el sol de Santa Ana le había quemado la nuca, que el barbero, ayer, le había dejado una franja blanca de piel detrás de las orejas. Experimentó una sensación de deleite de estar flotando otra vez libre. Se rió, alborozado; la figurita de trapo, abajo, le hizo eco, le sonrió tontamente a su cuaderno. De nuevo, por un instante, vio con increíble claridad, con la transparencia de un cubo de hielo, el *porqué* absurdo de las cosas, del dibujo errático que había venido tejiendo sobre la gran alfombra cósmica cuya trama eran los días. Tan ridículo le pareció que se echó a reír a voces. El ruido lo sobresaltó, se sintió bajando como una vejiga agujereada. El tipo en la mesa levantó el vaso hacia sus labios rápidamente. Otra vez, con el líquido helado abriéndole surco en la garganta, volvió a equilibrarse y subió despacio, erguido hasta el techo.

—Pobre viejo Frank —pensó—, pobre estúpido Frank. Nunca ha podido entender estas cosas, pero yo le voy a ayudar. Seríamos un equipo formidable él y yo. Empezaremos por poner algunas verdades crudas sobre el papel.

El poderoso torno de su mente enrolló otra vez la cuerda y de nuevo estaba sentado a su mesa, mirando fijamente el cuaderno.

Isabel (siguió escribiendo, cada vez más rápido) es un producto de su ambiente. No es sólo que Santa Ana sea un pequeño rincón del infierno; se trata de algo más importante, del hecho de que sus fundadores trajeron con ellos la semilla de miedos inmemoriales, de prejuicios endémicos que se trasmiten por la sangre, que se absorben con la leche materna. El individuo brota aquí, no cabe duda. Alfonso, por ejemplo, es, como todos los españoles ferozmente individualista. Los hombres que he conocido aquí llevan su propia excentricidad como la señal de Caín, proclamándola sobre su frente. Al lado de eso, quizá debido a eso, hay una tremenda rigidez de formas, un decoro y una puntillosidad para cumplir las normas sociales, que linda con el *bushido* japonés. Desde su cuna, el individuo tiene libertad para desarrollar una dimensión de su ego, para hacerla crecer con la voracidad y la aspereza de una viña de zarzamora. Pero al mismo tiempo su lado social está supervigilado. Des-

de muy temprano es podado, recortado asiduamente por un padre autoritario, una madre sumisa y miedosa, una iglesia de tijeras grandes que amenaza con el fuego y la condena, una casta de tías, tíos, abuelos, maestros, curas y otros guardianes de la moral de pueblo chico.

Tú, Isabel, no has podido contra esas barreras mezquinas. Tienes vida, imaginación, inquietud, sabes que los límites impuestos por Santa Ana te deforman, que necesitas romper moldes, salir de entre esas gentes que no te entienden, que llegarán a verte como a una excéntrica más, con tus begonias y tus novelas francesas. Te has doblegado, Isabel, te has puesto de rodillas ante los miedos absurdos de tu niñez, ante fantasmas vacíos que sólo existen en tu imaginación.

Nuestro amor es real. Los dos lo hemos palpado, lo hemos vivido. Tú sabes con tanta certeza como yo que no podemos vivir el uno sin el otro.

Te pido que lo pienses, Isabel, te daré el tiempo necesario para que peses nuestro amor contra la esterilidad del ambiente que te rodea. Sabes que existe otro mundo, te lo han dicho tus libros. Yo lo he visto sin ti, lo he visto sin ti, y te necesito.

Lo que pasa es que te falta valor, no te atreves a dar el salto. Eres mujer, eres débil. Las mujeres por regla general son conservadoras, cobardes, prefieren marchitarse a arrancar de cuajo sus raíces y trasplantarse en suelo desconocido. Es tu problema, Isabel. Naciste mujer en Santa Ana. Todo lo que tienes que hacer es dejarla atrás. ¿Cómo no puedes entenderlo, mi amor? Es tan sencillo.

Cerró el cuaderno, sorbió el último trago, se dirigió al mostrador a pagar. Compró una botella de whisky. ¡Estupendo! Cuaderno en el bolsillo, botella bajo el brazo, y se echa uno al camino bajo el sol ardiente.

—Te vas a quemar la nuca —se dijo, y luego, despacio—; Isabel, usted es una cobarde.

Caminaba con paso suelto. Le sonrió benevolente a dos chiquillas que jugaban peregrina en la acera. Silbaba una serie de notas separadas, cristalinas; con cada nota se imaginaba saltando ágil, sobre un pie, a la otra casilla.

—No amas a Alfonso —dijo—, te ha engañado, te trata como a

esposa, propiedad privada, bien inmueble.

Sonrió con exageración.

—Eres un bien móvil, Isabel.

Una vieja, cargada con bultos, lo miró extrañada.

Cruzó calles adoquinadas, atravesó el parque de Santa Lucía, saludó a la virgen de piedra, entró a la casita, destapó la botella, llenó a medias un vaso, le agregó un poquito de agua de la jarra, se sentó en la silla de Virgil, levantó el vaso hasta el nivel de sus ojos, contempló el somnoliento líquido ámbar.

—De modo que no nos veremos más —dijo.

Bebió el whisky a sorbos pausados, reflexivos. Sacó su cuaderno y escribió un rato, entre los sorbos que le quedaban. La casita estaba caliente bajo el sol de la tarde. Decidió echarse en la cama y dormir una siesta.

Enero 18, 1932

No olvidar los siguientes puntos cuando le escriba:

A. No te he escrito porque quiero darte tiempo de que reconsideres, de que peses la riqueza de nuestro amor contra la esterilidad de Santa Ana, el vacío gris que se extiende delante de ti, etc.

B. Tú eres demasiado liberada, demasiado madura, como para dejar que la moral de pueblo chico dicte tu vida.

C. Alfredo y Carmen. Les ofrezco a ti y a ellos horizontes más amplios, oportunidades, el mundo entero. (Cuidado cómo expresar esto.)

D. El argumento de que te sientes con obligación hacia Alfonso porque es el padre de tus hijos, no es convincente. El es un individuo admirable, pero nunca te ha hecho feliz, nunca te ha entendido como te entiendo yo. Es autocentrado, autosuficiente. Para él, tú eres "esposa", "madre", "ama de casa" en la misma medida que una "maceta" es una maceta. Su medicina, su billar, su ajedrez, su unión de Centro América, llenan su vida. Si una maceta desaparece, encontrará otra, y seguirá tan seguro como antes.

E. He hecho reservas para el 29. Regresaré a Santa Ana temprano el 23. Debo verte. El tiempo apremia.

F. Te quiero, etc. No te contentes con ser maceta el resto de tu vida, Isabel. En vez de eso, te pido que seas mi mujer, mi camarada, mi compañera de aventuras, mi novia, mi amante.

(Enviárselo a Eugenia para que lo entregue personalmente. Llegará el día 20.)

17

Enero 27, 1932

Isabel:

Eugenia te entregará esto, después que me haya marchado. Cuando lo termines de leer, destrúyelo.

¿Por dónde empezar? Antes que nada, he estado bebiendo constantemente desde la última vez que te vi, hace dos semanas. Fui a San Salvador a cancelar los pasajes y a hacer nuevas reservas. El 22 a las seis de la tarde tomé el autobús; quería verte temprano el 23, como te lo decía en mi carta. Sentado en el asiento de atrás me concentraba en no tocar la botella que llevaba en el bolsillo. No quería estar borracho ni de goma cuando te hablara.

Cerca de Coatepeque, el conductor frenó bruscamente y brotaron de todos lados hombres armados de machetes. Dos de ellos forzaron la portezuela y sacaron a tirones al conductor. Con un golpe de machete que le partió el cráneo, pusieron fin a su resistencia. Uno por uno, siguieron sacando a los pasajeros, los despojaron de sus bienes, los condujeron a la oscuridad. Uno de los campesinos se fijó en una muchacha joven y bonita y la arrastró en otra dirección mientras ella gritaba e imploraba.

Alcancé a meter mi pasaporte y algunos billetes bajo mi cinturón y le entregué a uno de los campesinos mi cartera y mi maleta. Le dije al que parecía ser el jefe que yo era turista norteamericano, pero no pareció importarle.

—El autobús puede servir para llevar a sus hombres —alegué—, sé conducir.

Reflexionó un instante, mirándome con desconfianza. En esos momentos, un auto frenó detrás del autobús. El conductor intentó frenéticamente dar una vuelta en redondo, pero no pudo. Los campesinos se lanzaron contra el auto y sacaron a golpes a los pasajeros. Fue ese el detalle que me salvó. El jefe señaló a un bruto para que me vigilase, me ordenó estacionar el autobús unos metros más adelante y se alejó. Mi guardián se sentó detrás de mí, con el machete en su regazo. Enfrente, a unos doscientos metros de distancia, vi perfilado contra las luces de un vehículo, a otro grupo, deteniendo a los autos que venían de Santa Ana.

Permanecí sentado en mi asiento; temblaba espasmódicamente. Después de quince minutos, una veintena de hombres subió al autobús.

—A la Milagrosa —me ordenó el líder.

—No sé dónde queda, ustedes me tendrán que indicar.

Desviamos de la carretera hacia la izquierda y nos metimos por un camino estrecho de tierra. Las luces iluminaban los arbolitos de café: fantasmas grises a ambos lados del camino. Los hombres atrás de mi estaban exaltados: reían, se hablaban a gritos, golpeaban con sus machetes el suelo del autobús.

Sólo reconocí el camino cuando apareció el lago ante nuestros ojos, oblongo y plateado a la luz de la luna. Empezamos a bajar, seguimos la orilla del lago, subimos despacio por la cuesta donde Alfonso y yo nos atascamos, continuamos subiendo interminablemente, pasamos el cementerio donde llevamos el cortejo que acompañaba al niño. Me pregunté si alguno de entre estos hombres que iba ahora conmigo, estaría esa tarde con nosotros. A nuestra derecha, una nube negra, iluminada por intermitentes fulgores color naranja, indicaba la ubicación de Izalco.

Después de media hora de subir sin descanso por el borde interior del cráter que rodea el lago, el camino empezó otra vez a bajar. De pronto, el declive se acentuó y ganamos velocidad. Puse el embrague en neutro, abrí la portezuela, y me arrojé fuera. Aterricé corriendo, logré dar dos o tres pasos gigantescos antes de estrellarme contra el terraplén.

El golpe me dejó casi sin conocimiento. Me quedé ahí, retorciéndome con el dolor de mi cadera magullada, todavía sin darme cuenta de las heridas hondas que tenía en las palmas de las manos y en los antebrazos. Levanté la cabeza; el autobús zigzagueaba sin control mientras alguien intentaba enderezarlo. Rozó contra un paredón, viró, se estrelló contra el otro, corcoveó y cayó de costado.

Me levanté y empecé a cojear dolorosamente cuesta arriba. Cada paso que daba me producía un dolor indescriptible. A menudo me veía obligado a detenerme; imaginaba oír detrás de mí pasos de perseguidores. La luna se hundía, roja entre la niebla de cenizas altas que arrojaba el volcán. Me acordé de la botella. Como por milagro estaba intacta. Bebí un gran sorbo de whisky que me fortaleció. Me llevó horas alcanzar el borde del cráter, apenas a dos kilómetros de distancia. Cuando llegué al otro lado estaba exhausto, no podía más. Me metí en un lecho seco de riachuelo; encontré, bajo un arbusto, un espacio del tamaño de un ataúd, y me quedé allí, descansando. Otro trago de whisky me sirvió para aminorar mi dolor y dejarme dormir a pesar de los mosquitos y del fresco de la noche.

Desperté al alba; mi cadera no podía sostener mi peso. Estaba loco de sed, me arrastré por la hondonada hasta que encontré una poza, y bebí y bebí.

Obviamente no eran bandidos; sin duda se trataba del levantamiento que profetizó Eduardo. Estaba claro que había peligro entre Santa Ana y el lugar donde me encontraba. Decidí caminar en dirección opuesta, evitar contacto con seres vivientes que pudieran cortarme la cabeza.

Toda la mañana me arrastré, hasta que por fin encontré una rama bifurcada que podía servirme de muleta. Pasé horas acortándola con una piedra filosa. Bebí más agua, dormí una siesta al mediodía. El dolor de mi cadera había cedido un poco. Al llegar la noche, furtivamente subí otra vez hasta el borde del cráter para orientarme. Comencé a cojear despacio, en dirección de la nube de humo que señalaba a Izalco.

Me costó trabajo aprender a manejar la muleta, pero después de media hora mi cadera se flexibilizó un poco y pudo aguantar más peso. A pesar del dolor, sentía hambre, pero no importaba. Fue una

noche extraña, inolvidable. El Izalco estaba en constante erupción, la brisa me traía sus rugidos intermitentes, y la lluvia fina de ceniza cubría el suelo, los árboles, mi ropa; se me metía a veces por los ojos con un resquemor sulfúrico. La nube negra de humo giraba ininterrumpidamente por el cielo y oscurecía la luna y las estrellas. Mi único norte era el fulgor rojo del volcán. Aparte de eso, el mundo era una masa de árboles oscuros, de arbustos, de barrancas traicioneras, de dolorosa faena.

Un recuerdo de infancia cruzó mi mente. Tenía que ver con el órgano de pedal de nuestra sala, con la gruesa Biblia ilustrada. Al fin pude ubicarlo: *Pilgrim's Progress*, claro, y yo, Frank Christian Barleycorn, seguía cojeando bajo la nube de cenizas maldiciendo la imaginación demasiado activa de Bunyan. Pensé en ti, Isabel, pero nada podía hacer hasta no salir de este atolladero y poder otra vez hablarte.

La botella de whisky gorgoteaba en mi bolsillo cada vez que mi muleta golpeaba el suelo. Pensé en ella. Además de mi propio peso tenía también que cargar con el suyo. No tenía deseos de beber. Había decidido atesorar el whisky que me quedaba como un sustituto de energía que seguramente iba a necesitar antes de que esta absurda prueba tocara fin.

Las cenizas seguían cayendo sobre mi rostro mientras la luz demoníaca iluminaba los árboles y el camino cada vez con mayor intensidad. Por un instante vi claro que yo, Frank Christian Barleycorn, era sólo un pellejo detestable que envolvía a una sombra enemiga, a una sombra que estaba resuelta a sofocar, a desintegrar, a hundir en el líquido ardiente y borboteante su asquerosa envoltura. Seguí adelante renqueando, cargando con la botella y con mi oculto, desconocido huésped.

Supe una vez más que me había engañado a mí mismo, que había iniciado el acoso a Isabel sabiendo de antemano que era inútil. Eché a rodar la piedra para abastecerme con una excusa válida y poder así regresar a la botella cuando tú me dejaras caer. Los finales de mis nervios me habían vuelto a ganar la partida: era sólo un pelele relleno de trapos, manejado por una sed atávica y voraz.

Fue entonces que casi arrojé la botella; decidí que iba a dominar

mis clamores internos, que iba a volver al carril que no bebería ni un trago más. Me había probado por tres largos meses que podía hacerlo. Al final ya casi no me hacía falta, si no hubiese perdido pie y tropezado, aún estaría sin beber, ya había aprendido a soportar la sensación, podría incluso acostumbrarme a vivir con ella.

Me detuve: iba a sacar la botella de mi bolsillo y arrojarla lejos de mí, cuando se me ocurrió que era el único recipiente que tenía en caso de encontrarse agua. Un hombre puede aguantar muchos días sin comer, pero sin agua se vuelve loco. Comencé a cojear otra vez, hacia el centro del infierno.

Pensé vagamente en el sanatorio, en qué cómoda era la cama blanca, qué eficientes las enfermeras con sus uniformes blancos, qué amable y paternal había sido conmigo el doctor Adams. Pensé también en mis ardillas imaginarias, en los pájaros y los conejos pasando el invierno cerca del lago en la sierra, rodeados de nieve blanca y fresca; en qué rico debía ser dormitar en la cabaña, con la chimenea encendida, en vez de seguir cojeando así, por un mundo enloquecido y hostil.

Poco a poco, mientras contemplaba el espectáculo que tenía delante, dejé de sentirme lástima. No era mala suerte, no era una serie de experiencias desagradables ni un castigo por mi conducta, lo que sufría. Era un *Vía Crucis,* una lección un laberinto que yo, Frank Christian Barleycorn, rata de laboratorio estaba descubriendo a fuerza de choques eléctricos en la rabadilla, que me empujaban hacia adelante, hacia lo imposible, hacia lo inimaginable.

—Uno no puede escapar de lo que uno es.

Debo haber dicho en voz alta esas palabras.

—No tiene que gustarle lo que eres, pero no puedes escapar de ti ni esperar que otros te sostengan. Isabel tampoco puede escapar de sí; no puede dejar de ser una flor centroamericana, una rara y bella orquídea que yo descubrí y quise arrancar.

Me encontraba ya cerca del Izalco. El grueso pilar de humo grasiento huía por arriba de los árboles. La nube ya no era difusa, era un cielo tangible, el cielo de una caverna endemoniada que corría palpitante hacia el lago, con un fulgor rojizo después de cada erupción. El rugido de las explosiones era ensordecedor ahora, pero es

fantástico cómo uno se puede acostumbrar a todo, aun a ese increíble panorama. Continué caminando, el reflejo de la luz iluminaba el sendero.

El camino y los árboles se hundieron a mi izquierda. De pronto, en una curva, me detuve deslumbrado. El cono del Izalco estaba frente a mí en toda su furia y su esplendor. Allí, en medio de la noche, a no más de dos kilómetros de distancia, casi al nivel de mis ojos, levantaba el titán su cabeza llameante. El cráter era una herida abierta, forrada de lava incandescente. Mientras lo contemplaba, hizo una nueva explosión, abrió sus fauces, y arrojó chorros de lava a muchos metros de altura. Una lámina de piedra líquida se levantó, se dividió en grandes chispas encendidas que hacían arco y se escapaban a través del vómito de humo que salía, horizontal, del cráter. Fragmentos del tamaño de automóviles, de casas, se estrellaban contra los flancos del volcán y rodaban cuesta abajo envueltos en un resplandor amarillo. Una ola de lava se abrió paso a través de una grieta en el cráter, justo frente a mí, y empezó a descender despacio por la pared inclinada, palpitante y brillando con vida mineral. Un río encendido, salpicado de rojo y negro, bajó desde la misma grieta, y, al llegar a la base, se abrió en un delta luminoso y humeante. Mientras yo estaba allí, paralizado ante el espectáculo, la corriente de lava se convirtió de pronto en el poderoso brazo de Tlaloc, que salía del cono para enterrar en su suelo los dedos extendidos. Estaba despierto. Tlaloc se preparaba a levantarse, a salir de su cráter, a caminar su tierra una vez más, sembrando terror muerte y destrucción.

Seguí cojeando, con los ojos fijos en el cono, en la espesa corona de humo que salía rugiendo de él. De pronto mi muleta se hundió en el lodo y descubrí un arroyo que cruzaba el camino. Lo seguí cuesta arriba unos cuantos metros y me arrodillé a beber. El agua tenía un gusto sulfuroso a las cenizas que caían del volcán.

Decidí llenar mi botella. La miré a través de la luz que emitía el cono y vi que aún estaba por la mitad.

No, no la vacié. Me dije que necesitaba la energía, dejé que un chorrito de agua la llenara. Mientras bajaba la cuesta bebí un sulfúrico *highball*. Me senté un rato con mi espalda apoyada en una ro-

ca, y seguí bebiendo mientras Tlaloc se enfurecía y luchaba por salir a través de su chimenea para triturarme entre su puño rojo.

Levanté la botella y lo saludé.

—Mi último trago —le aseguré con gesto solemne.

El agua cortó el sabor del whisky y el whisky el del azufre en el agua. No era una mala combinación. Tenía una botella casi llena, más que suficiente en mi estado actual, para emborracharme. Después de los primeros tragos rápidos, seguí bebiendo a sorbos lentos sin dejar de mirar el volcán.

—Si fueras cámara, Frank —pensaba—, si pudieras captar esta escena, harías algo que vale la pena. Si tan sólo fueses una infeliz cámara, podrías hacerlo.

Puse a un lado la botella, hice con mis manos un marco y encuadré la escena, despacio, mientras otra erupción hacía temblar el suelo.

—Pero ni siquiera eres una cámara, Frank. Y aunque lo fueras, se te habría acabado la película antes de llegar aquí.

Di un suspiro y seguí con mi pensamiento previo, interrumpido: Ella lo sabía sin conocer el porqué de las palabras. Todo lo que pudo decir fue: "No nos podremos ver nunca más". Su sabiduría le dictó esa frase y no hay nada qué hacer. Sin duda en un chispazo de intuición reconoció que tú la habías inventado, que habías invocado un espejismo, que todo había sido una alucinación provocada por ti, que en tu desesperación te habías contado un antiguo cuento de hadas que servía a tus propósitos, que habías llegado a creer en él a pesar de que al mismo tiempo planeabas y manipulabas el próximo de los innumerables episodios que pueden extraerse del tema del vendedor viajero y la hija del labriego, el hastiado escritor y la mujer de doctor de pueblo, el borracho incorregible y el fantasma que se le escapaba ante sus ojos: un hallazgo de tu afiebrada imaginación que a lo mejor podría salvarte de ti mismo.

Pensé en los campesinos del autobús que se estrelló. No había pensado en ellos hasta ahora.

—Sin embargo, la quiero; necesito de ella.

Por un instante, bajo las estrellas, con el Izalco rugiendo, babeando lava incandescente como un coloso imbécil, sentí de nuevo la llegada del *satori*. Esta vez dije que no.

—A la nada con tu *satori* —dije—, con tu *karma*, con tu *darma*, con tu idiota reencarnación y premios de *boy scout*. Si eso fuera verdad, Isabel, sería horrible. Lo que yo deseo es el olvido, un sueño oscuro, interminable.

A pesar de los rugidos y las sacudidas del Izalco, pude dormir. A la mañana siguiente llené la botella con agua y empecé a caminar por el costado del Cerro Verde. El estómago se me pegaba al espinazo. Hacía dos días no probaba bocado. Busqué en vano a ver si encontraba zarzamoras, una mata de bananas, cualquier cosa. Sólo hierba, maleza y alguno que otro árbol raquítico crecían en esa tierra venenosa.

El pueblo de Izalco se divisó detrás del flanco del volcán. Forcé la vista para ver qué podía captar. Parecía pacífico el pueblo. Empecé a creer que mi aventura de hacía dos noches había sido un incidente aislado. De seguro, me dije, mis conclusiones son falsas. Fue la atmósfera de tensión política que se respira en el país desde el cuartelazo, los discursos de Eduardo vaticinando una larga noche de machetes, la discusión de nochebuena en casa de los Rojas, lo que me hizo pensar en una revuelta. Durante dos días me he pasado escondiendo como un conejo asustado sin ninguna razón.

Dejé atrás el cráter y comencé a bajar la empinada cuesta del cerro sin tomar más precauciones.

Mi cadera estaba mejor. Utilicé la muleta como bastón para frenar el descenso. Antes del mediodía me encontré de nuevo en medio de cafetales; seguí caminando sin miedo por entre los árboles.

De pronto me sorprendí en un espacio abierto en el que sólo había una choza de paja. Desde la puerta, una india descalza se me quedó mirando con curiosidad mientras tres niños se refugiaban detrás de sus faldas. Me sentí incómodo, pero habría sido estúpido salir huyendo. Atravesé con determinación el espacio que nos separaba y le pedí de comer. Sin decir una palabra entró a la choza y regresó con una tortilla rellena de frijoles que devoré en dos bocados. Uno de los niños me ofreció bananas y un jarro de agua fresca sin azufre.

La mujer rechazó con gravedad los centavos que quise darle; me indicó la dirección del pueblo y le dijo a uno de los chicos que me

acompañara hasta la carretera. Le di las gracias y empecé a caminar detrás de mi silencioso compañero, que desapareció entre los árboles tan pronto como llegamos a la orilla del camino. Seguí solo mi marcha hacia Izalco con una sensación de bienestar.

Minutos después me detuvo una patrulla dirigida por un civil que llevaba una banda blanca sobre el brazo. Los soldados caminaban a ambos lados del camino, con los rifles prontos.

Le conté al líder a grandes rasgos lo que me pasaba, omitiendo los detalles de la escapada. Sacudió la cabeza y me aseguró que había tenido una suerte increíble.

—Esa misma noche —me dijo—, bandas de campesinos atacaron Izalco y otros pueblos cercanos y lograron ocuparlos; los recapturamos todos ayer. Cuatro horas estuvimos peleando en las calles.

El caleidoscopio de mi mundo dio vuelta abruptamente y volvió a fijarse en el cuadro que había imaginado antes.

—¿Y Santa Ana? —pregunté, recordando que la Guardia Nacional quedaba frente a tu casa, Isabel.

Sacudió la cabeza.

—Tiroteos en las afueras de la ciudad. Nada serio.

—¿Hay peligro en Izalco?

—Ya no —replicó—, hemos desarmado a todos los indios de la región, ahora vamos a empezar con los de las fincas.

Su rostro se congeló de pronto en una mueca amarga.

—Mataron a mi hermano y a su familia —dijo.

Se dio vuelta bruscamente y con un gesto les ordenó a los soldados que siguieran.

Continué caminando hacia Izalco en medio de una calma inquietante. No había movimiento en la carretera; ningún campesino se veía trabajando entre los cafetales; las chozas que pasé estaban cerradas, sin niños jugando afuera, o mujeres moliendo. Sin embargo, sentía que me observaban, que me estaban espiando por entre la paja.

Por fin sucedió, pensé: la explosión que Eduardo vaticinó, la represión de fuerzas uniformadas que predijo don Manuel. Me pregunté dónde estaría Martí, el hombre que quiso dirigir el ciclón. Su finca no quedaba lejos de donde me encontraba. Y yo durmiendo en barrancos los dos días de la breve y sangrienta guerra civil, sin dar-

me cuenta de lo que sucedía, cojeando entre matorrales sulfurosos. El cielo estaba limpio, pero detrás de mí la siniestra nube de Izalco hervía; era llevada por el viento hacia Santa Ana.

Isabel debe estarla viendo, me dije, mirando el cielo encapotado y la lluvia fina de ceniza; debe estar meditando sobre las matanzas de estos últimos días. Me pregunté si pensabas en mí; deseché el pensamiento y seguí mi camino.

Había soldados vigilando cada esquina del pueblo y un pelotón de reserva en la plaza central. Las balas habían excavado heridas ocre en las paredes blancas de las casas. En las calles había parches oscuros que me parecieron ser de sangre seca. Con excepción de los soldados, sentí el mismo silencio, la misma suspensión de actividades cotidianas que había percibido en el camino.

El cuartel general estaba en la oficina del alcalde, frente al atrio de la iglesia encalada de una sola torre. Le entregué mi pasaporte a uno de los centinelas. Después de unos minutos me hizo pasar a la oficina, donde estaba el capitán sentado a su escritorio.

Repetí mi crónica, otra vez omitiendo los detalles de mi fuga. La aceptó sin comentarios, asintiendo con la cabeza mientras yo hablaba.

—Debo irme inmediatamente a Santa Ana —le dije—, ¿cómo puedo hacerlo?

Se encogió de hombros.

—Todos los autobuses y camiones han sido requisados por el ejército —me informó—. Aún no se ha reestablecido la red de transportes públicos. Siento mucho, pero no puedo ayudarlo.

Le pregunté si podía ir a Santa Ana en uno de sus vehículos. Negó rotundamente.

—Siento mucho —me dijo—, pero sólo el ejército y la guardia civil pueden usarlos.

—¿No es posible alquilar un auto particular, un caballo, cualquier cosa? —insistí.

Se impacientó.

—Todo ha sido requisado por el ejército —repitió—. No puedo violar órdenes. Esta es una zona militar, señor, y mientras no se reestablezca la calma, será muy peligroso que intente salir del pueblo.

Me devolvió el pasaporte y así terminó la entrevista.

Salí cojeando al sol, sin tener idea de lo que iba a hacer. Aún estaba hambriento; me dirigí a la cantina, al otro lado de la plaza, y pedí un almuerzo copioso. La dueña, una mujercita minúscula y arrugada, era poseedora de uno de los pocos teléfonos del pueblo. Después de comer, decidí llamar a Eduardo al periódico. Mientras esperaba la comunicación, vacié varias botellas de cerveza y me puse a conversar con la vieja.

—¿Qué es lo que ha pasado? —le pregunté.

Sus arrugas le dibujaron un mapa de angustia en el rostro.

—Ah, fue terrible —se lamentó—. Bajaron de los cerros en la noche, armados de machetes. Yo me desperté con los disparos de la policía. El pueblo estaba lleno de hombres que entraban a las casas buscando armas. A mí me obligaron a abrirles la cantina y aquí se quedaron, esperando.

—Temprano en la mañana —prosiguió—, arrastraron a don Indalecio, el alcalde, a don Benjamín, y a otros seis hombres más hasta la plaza, y allí los hicieron picadillos.

Se frotó una mano, distraída.

—Los dejaron hechos picadillo —repitió.

—Los soldados llegaron ayer al mediodía. Todos nos escondimos cuando empezó el tiroteo. Yo no vi lo que pasó, puse las botellas en el suelo y me metí detrás de los barriles. Fue tremendo, tremendo.

Cuando conseguí la comunicación con Eduardo, él no podía creer que durante dos días yo hubiera caminado por la zona más sangrienta del país.

—Están pasando cosas monstruosas, Frank —le temblaba la voz—. El ejército y la guardia civil persiguen en jaurías a los campesinos y los cazan como a animales salvajes.

Recordé el machete ondeando sobre la cabeza del conductor, la muchacha a la que arrastraron dando gritos.

—Nuestra generación está manchada —sus palabras me llegaron a través del teléfono con eco de sepulcro—. No hay perdón para lo que pasa.

—¿Fue Martí el que lanzó a los campesinos? —pregunté.

—A Martí lo arrestaron hace unos días. ¿No sabías?

Tuve que confesarle que no me había enterado.

—No, Frank, no creo —dijo—. Martí quería contenerlos y ganar tiempo, pero todo se vino abajo cuando lo capturaron.

Me consultó acerca de la situación en Izalco; traté de informarlo lo mejor que pude, le expliqué el atolladero en que me encontraba y le supliqué si podía venir a buscarme en su auto.

—Con mucho gusto lo haría —dijo—, pero hay un trabajo espantoso. Estoy virtualmente viviendo en el periódico desde que empezó la revuelta y apenas tengo tiempo de dormir.

Me prometió que enviaría su auto con alguna otra persona. Le di las gracias y le dije que esperaría en la cantina.

Salí a la calle a dar una vuelta con la esperanza de que se me presentara alguna oportunidad de ir a Santa Ana. Aparte de los soldados, no había un alma en las calles. Los habitantes de Izalco estaban metidos en sus casas, detrás de puertas y ventanas cerradas, esperando.

Eran las seis cuando regresé a la cantina. Había unos cuantos soldados conversando de pie frente al bar, y otros más sentados a una mesa. Estaban taciturnos; el silencio de Izalco se les había contagiado. Tenían la vista fija en sus vasos y sólo de vez en cuando hacían algún comentario en voz baja. Cuando entré me miraron con curiosidad, pero no se volvieron a ocupar de mí ni yo de ellos.

Me dirigí hacia un rincón donde había una mesita solitaria y le pedí a la vieja una botella de cerveza. Es raro: siendo alcohólico, el whisky o cualquier otra bebida fuerte se me sube en seguida. La cerveza, en cambio, no me afecta mayormente; puedo seguir tomando noche y día.

Pensé en nosotros, Isabel. Pensé en mí con lástima y ternura. Era culpa tuya que yo estuviera bebiendo de nuevo, después de tres meses de portarme bien. Estaba en tus manos salvarme, pero me habías fallado.

Pensé con rabia impotente en Alfonso: tan admirable, tan de una sola pieza, tan seguro de sí, tan insensible. "El no te necesita como yo", me dije. "Entraré cojeando al patio con una barba de tres días. Isabel me va a ver mugriento, con la ropa manchada de sangre. Se va a dar cuenta en seguida de los horrores por los que he pasado pa-

ra llegar a ella, va a saber cómo la necesito, se va a ablandar, va a cambiar de opinión cuando me vea así".

Distraídamente iba marcando cada punto con una moneda que ponía sobre la mesa, frente a mí, en el centro mismo de los círculos mojados que dejaba mi vaso. Contemplé el diseño geométrico y vislumbré de pronto los círculos de la mente y la personalidad de Frank Wolff. Pobres círculos intercalados que se cerraban sobre ellos mismos y conducían... ¿dónde? Recogí las monedas y me fui al bar a comprar un aguardiente doble que me bebí de un trago. Se hacía tarde; compré una botella de guaro para seguir esperando.

Nadie venía a rescatarme. La vieja confirmó mis sospechas de que no existían hoteles en Izalco y me ofreció un lecho de pasto seco en el desván, detrás de la cantina. Acepté sin hacer preguntas; me encaminé a mi cueva, llevando bajo el brazo la botella que me sirvió para guarecerme contra el frío.

Era buena la vieja. A la mañana siguiente me trajo un guacal de agua, jabón, y una toalla. Se rió con ganas de la goma que visiblemente llevaba encima y me preparó un rico desayuno de tortillas, frijoles y café negro.

Volví al cuartel para hablar con el capitán que no sabía, ni le importaba, cuándo la red de transportes públicos volvería a funcionar. Otra vez me dijo que no podía hacer nada para ayudarme.

La plaza de Izalco, casi desierta el día anterior, hormigueaba de gente. Me fijé que varios grupos de soldados custodiaban las bocacalles; me sentí incómodo al ver tantos indios con sus sombreros de paja y sus calzones anchos de manta, recostados contra los muros, o acurrucados en las baldosas. Ninguno llevaba machete; los soldados parecían no prestarles atención.

Me dirigí hacia las afueras del pueblo, abriéndome paso entre una corriente de cotones blancos que colmaba el camino por el que entré ayer.

Dos camiones del ejército estaban estacionados a la entrada del pueblo. Había largas filas de hombres frente a ellos. Advertí que cada uno de los campesinos entregaba su machete a los soldados y recibía, en cambio, una hoja de papel impreso.

—Qué pasa? —le pregunté al oficial que vigilaba la maniobra.

—Desarmamos a los campesinos de la región —dijo—. Hay órdenes de fusilar a cualquiera que se encuentre esta tarde con machete o sin salvoconducto.

Otros soldados se ocupaban en dirigir a los hombres desarmados hacia la plaza.

—¿Y eso por qué? —gesticulé.

El oficial se encogió de hombros.

—El general Calderón vendrá de San Salvador dentro de unas horas a dirigirles la palabra, y quiere que todos estén reunidos en la plaza.

Regresé pensativo a la cantina. Las medidas que tomaban me parecían duras, pero probablemente se justificaban bajo las circunstancias. Con semejante aglomeración en el pueblo iba a ser difícil localizarme a menos que permaneciera en la cantina. Aceleré el paso.

Mi mesa aún se encontraba vacía. No había soldados entre numerosa clientela; eran todos indios que habían bajado de los cerros. El apagado zumbido de sus conversaciones cesó abruptamente cuando entré. Todas las miradas se volvieron severas y suspicaces hacia mí, haciéndome sentir que era un intruso. ¿Debía irme?, ¿sonreír? Me senté a mi mesa con una nueva botella de aguardiente y comencé mi tarea con el ritmo lento del buen bebedor que va para lejos. Un hombre de rostro hirsuto se me quedó mirando por sobre el borde de su copa vacía. Lo invité con un gesto a beber conmigo, pero él sacudió la cabeza con gravedad y desvió de mí su mirada.

Seguí bebiendo con los ojos clavados en mi mesa. Poco a poco los campesinos se olvidaron de mi presencia y siguieron hablando en voz baja, sin que les cambiara la expresión del rostro.

Cuidadosamente, con mucho temor, como quien remueve la venda de una herida gangrenosa, me obligué a pensar en tus últimas palabras: “No nos podemos ver nunca más”.

¿Qué dijiste antes de eso?, ¿cuál era el argumento que yo luchaba por destruir?

—He pensado en nosotros —dijiste—, sólo en eso he pensado estos últimos días.

Estábamos sentados a la mesa, en la casita de Virgil. Pusiste tu mano sobre la mía.

—No me arrepiento de lo que pasó, tenía que ser así. Te quiero, Frank, no lo olvides nunca. Tú estás solo —dijiste— y puedes pensar exclusivamente en tu soledad y en tu amor. Yo, en cambio, no puedo seguir la voz de mi egoísmo, debo pensar en las tres vidas que están ligadas a la mía.

—Los niños están pequeños —alegué—, se olvidarán de Alfonso en pocos meses.

—Es su padre —susurraste—, son tan suyos como míos.

Miraste nuestras manos enlazadas sobre la mesa.

—Sería otra cosa si Alfonso no fuera un buen padre, si no tratase a su manera de ser un buen marido. Además, aunque es distinto lo que siento por él que por ti, también lo quiero.

Me oprimiste con fuerza la mano y me miraste intensa a los ojos.

—Tú y yo somos demasiado parecidos. Me he preguntado una y otra vez si es sólo miedo a lo desconocido lo que siento. ¿Es que estoy atada a mi casa a mis sirvientas a la protección que me ofrece Alfonso? ¿Podría empezar una nueva vida a tu lado sabiendo que los dos compartiríamos las mismas dudas. Las mismas indecisiones? No he podido contestarme esas preguntas Frank. A lo mejor no soy más que una pobre cobarde.

Yo te miraba en silencio sin poder hablar.

—Si es así —dijiste— si es que somos así ¿cómo podríamos construir algo duradero sobre una base de traición de huida de culpa?

La botella estaba a medio vaciar cuando divisé a Virgil que me buscaba desde la puerta.

—Hola —lo saludé— ¿cuándo llegaste de Guatemala?

Ondeó con la mano y vino a sentarse a mi lado.

—Otra vez en la pendiente, Frank.

—Parece que sí —repliqué— pero aún no me he roto ningún hueso. ¿Quieres un trago?

Sacudió la cabeza y pidió una gaseosa.

—Qué se va a hacer —dijo.

Me sentí provocado por el reproche que encerraba su gesto puritano y me encogí de hombros.

—Estaba resolviendo algunos problemas —dije—. ¿No has advertido que la vida parece ser el resultado de una tensión que fluc-



túa entre dos polos? El polo norte y el polo sur. El polo negativo y el polo positivo de un imán. Los dos polos que sostienen el alambre del malabarista.

Se movió impaciente en su silla pero yo lo clavé con mi mirada del Viejo Marinero.

—Juguemos con analogías Virgil. Imaginemos que cada uno de nosotros es el malabarista. Para cualquiera es difícil atravesar el alambre aun en las mejores circunstancias, ¿pero sabes lo que me pasa a mí? Cada vez que subo y empiezo a caminar, uno de mis polos revienta.

—Vámonos Frank —empezó a levantarse pero yo puse mi mano sobre su brazo.

—En serio Virgil ese es mi problema. Me dieron un equipo inferior de polos y alambre y no sé dónde ir a reclamar.

—No me gusta verte así Frank —dijo mirándome— pero no te voy a regañar. Es mejor que salgamos ya. No se sabe lo que pueda ocurrir.

Fui a despedirme de la vieja y deslicé entre sus manos unos de los pocos billetes que me quedaban.

A Virgil no le habían permitido estacionar el auto de Eduardo en ninguna de las calles que rodean la plaza. Nos abrimos paso entre la multitud en dirección a la esquina donde se encontraba el auto. La bocacalle estaba bloqueada por soldados que no nos dejaron pasar.

—Nadie sale —nos informó un sargento gordo.

—Vamos a buscar nuestro auto que está en la otra cuadra —alegué—. Nada tenemos que ver con lo que pasa aquí.

—Cumplo órdenes —replicó sin inmutarse.

Mascullé unas cuantas malas palabras y arrastré a Virgil a través del gentío una vez más hacia el cuartel general.

—El capitán no puede verlo ahora —me informó un soldado.

—Lo único que necesitamos es un permiso para salir de la plaza —alegué.

—Hay órdenes estrictas de que nadie salga. El general llegará dentro de unos minutos.

—Somos extranjeros —dijo Virgil— al general no le interesa que nosotros le oigamos.

El soldado se encogió de hombros y se volvió hacia un mensajero que llegaba.

—Intentemos por otro lado, Frank —dijo Virgil— me gustaría salir de aquí lo más pronto posible.

—No te apures —lo tranquilicé— el general los va a retar, eso es todo.

Una vez más atravesamos a empellones la abarrotada plaza, hacia la esquina de la taberna. Virgil se puso derecho y se dirigió con tono autoritario a uno de los soldados:

—Mi auto está en la otra cuadra —dijo—, por favor déjenos pasar.

El soldado titubeó: ya parecía que iba a ceder cuando se acercó un sargento.

—Vos sabés cuáles son tus órdenes —lo clavó con la mirada—. Nadie sale de aquí hasta que el general no termine su discurso.

Virgil me miró con desaliento y sacudió la cabeza. Recordé la botella a medio vaciar que había dejado en la cantina y sentí, de pronto, que me moría de sed.

—Vamos donde hay sombra —dije—, lo que menos deseo es quedarme aquí de pie, oyendo discursos patrióticos.

Maquiavélicamente lo conduje a la cantina, preguntándome si debía seguir con aguardiente o cambiar a cerveza.

—No, Frank —adivinó mi intención—, no sigas bebiendo.

—Eres injusto, Virgil —lo miré ofendido—. Tengo un plan para salir de aquí.

La puerta de la cantina estaba cerrada con llave. Golpée con los nudillos y la vieja se asomó a la ventana y nos miró con cara de susto.

—Abrame, abuela —le sonreí—, su mejor cliente se lo pide.

Otro soldado brotó súbitamente a mi costado.

—Está cerrada —dijo—, todos los negocios de la plaza están cerrados.

Apunté con el dedo hacia el cuartel general.

—Pero amigo —dije—, el capitán acaba de pedirme que le lleve una cerveza helada. Me aseguró que usted me dejaría entrar a la cantina.

El soldado me miró con desconfianza, pero yo tenía la piel blanca y los ojos azules. Podía ser amigo del general. Con gesto malhumorado le ordenó a la vieja que nos abriera.

Me sumergí, satisfecho, en una silla.

—¿No ves? —miré radiante a Virgil—, ¿no es mejor esto que cocinarnos la cabeza bajo el sol? Una cerveza grande para mí y una gaseosa para el amigo —me apresuré a pedirle a la vieja antes de que Virgil pudiera objetar.

—¿Cuál es tu famoso plan? —preguntó Virgil, desconfiado.

—La primera parte se ha llevado a cabo con éxito —le aseguré mientras sorbía mi cerveza—. El próximo paso es esperar aquí hasta que el general llegue y empiece su discurso. Mientras sus leales tropas lo escuchan con la boca abierta de admiración, nosotros podemos salir por la puerta de atrás, saltar el tapial que da a una callecita escondida, y alejarnos en puntas de pie.

En ese mismo instante oímos un ruido de camiones que llegaban.

—Bienvenido, general —alcé mi vaso.

Virgil se levantó y se dirigió a la ventana. Aproveché de su ausencia para pedirle a la vieja con un gesto frenético, otra cerveza.

—No entiendo lo que pasa —dijo Virgil preocupado—. Hay dos camiones frente a la iglesia, y uno en cada esquina; todas las bocacalles están bloqueadas.

—Es obvio que el general desconfía de sus dotes oratorios —me reí mientras llenaba de nuevo mi vaso.

En eso se oyó la primera *racu taca taca* de ametralladoras.

—¡Por Dios!, Frank —exclamó Virgil—, ¡es una emboscada! Disparan desde los camiones.

Derribé la silla al levantarme. Un torbellino de gritos angustiados ahogó el ruido de las próximas descargas. La plaza entera estaba en violenta moción; una masa de calzones blancos se agitaba como hojas de otoño que levanta una ráfaga de viento.

Las ametralladoras estaban montadas en los camiones, con oficiales manejándolas. Mientras mirábamos, la masa de campesinos en el espacio abierto de la plaza salía de su estupor, buscaba a ciegas escaparse por un hueco. Sentimos la onda que se extendió por los cuerpos cuando se dieron cuenta que no había escape posible.

que estaban atrapados. Frente a nosotros, tres o cuatro torsos aparecieron sobre las cabezas de sus compañeros. Habían sido arrebatados del suelo y luchaban desesperados por alcanzar un alero bajo. Uno de ellos lo logró; se arrastraba ya por las tejas cuando una ametralladora lo pilló y quedó allí, desparramado. Sus compañeros fueron clavados contra el muro por las balas. Antes de caer al suelo, se encogieron con espasmos.

—A los camiones, vayan a los camiones —gritó alguien cerca de nuestra ventana—. Primero sólo unos cuantos, luego una turba ciega y delirante se lanzó convulsiva hacia la boca de la ametralladora en la esquina más próxima a nosotros. Saltaban sobre los cuerpos de las primeras víctimas, se deslizaban por las baldosas manchadas de sangre, se arrastraban, heridos. Un oficial al otro lado de la plaza hizo girar su ametralladora. Interpuso un muro invisible que los paró en seco, que los aplastó contra el suelo en pesadilla de gestos extravagantes, de gritos que borboteaban sangre, de trapos blancos por el suelo manchándose de sangre. A pesar de la valla mortífera, unos cuantos alcanzaron la fila de soldados con bayonetas que había frente a cada camión. Allí los atravesaron, los dejaron morir entre gritos y convulsiones.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —las palabras de Virgil eran una mezcla de imprecación y rezo.

Yo estaba paralizado, todavía sin poder dar crédito a lo que mis ojos contemplaban. Los rimeros de cadáveres formaban una masa enmarañada que protegía los camiones. El último grupo de campesinos que intentó lanzarse sobre las ametralladoras, cayó despedazado sobre los cuerpos de sus compañeros muertos y heridos. Los gritos continuaron, pero ya no había en ellos el timbre de ira y de sorpresa. Eran gritos agónicos de puro dolor. Puro dolor.

Hubo un cambio sutil. Los hombres que quedaban vivos no se lanzaron más sobre los camiones. El movimiento insensato se detuvo; parecía como si los indios simultáneamente se hubiesen aferrado a la esperanza de que todo se debía a un error mostruoso y quizá si se quedaban quietos, sin moverse, las ametralladoras también se callarían.

Virgil tenía las manos crispadas y pálidas sobre los barrotes de la ventana. Los dos conteníamos el aliento, compartíamos la misma esperanza. Pero las ametralladoras seguían tartamudeando. Las botellas en los estantes chocaban unas contra otras. Hablaban las ametralladoras en ráfagas cortas, en frases de hombre de negocios. Limpiaban metódicamente los portones, los bordes de la plaza, como una escrupulosa ama de casa que barre el polvo de las grietas y los rincones y lo junta en un nítido montón en el centro del suelo.

Se produjo otra convulsión en la gran bestia de mil cabezas que agonizaba bajo el sol, bajo el embudo negro que emitía el Izalco y se alejaba hirviendo hacia el este. Los campesinos se agruparon, se desviaban gateando de las abejas metálicas que rebotaban y gemían, se arrastraban con las uñas hacia el centro del espacio abierto, hacia el único refugio temporal que ofrecía el muro todavía viviente de sus compañeros. Todos estaban en el suelo de rodillas, de barriga, culebreando. Las ametralladoras seguían con sus tersos, impávidos monólogos; cada una cortando el aire en un ángulo agudo de fuego para no alcanzar a los otros camiones y soldados, cada una buscando un indicio de movimiento en el suelo, cada una dibujando nítidos acordes en el círculo viviente.

Los soldados de a pie no tenían por qué usar más sus bayonetas; estaban allí congelados, mirando la masacre. La vieja había abandonado la ventana y limpiaba automáticamente nuestra mesa, mientras las lágrimas corrían por entre sus arrugas.

Todo esto pasó en menos de un minuto. La mayor parte de los indios apiñados en el centro de la plaza seguía viviendo: algunos ilesos, otros levemente heridos. Aun con media docena de ametralladoras lleva tiempo matar cinco o seis mil personas.

Fue entonces, mientras me empezaba a entrar que lo que pasaba frente a mis ojos era real, mientras el impacto del horror y monstruosidad golpeaba mi plexo solar, fue entonces, Isabel, que ocurrió lo más increíble, lo más inimaginable. Alguien allí en medio de la convulsa plaza debe haber gritado algo. No lo oí, pero debe haber gritado algo como: "Si nos van a matar que nos maten de pie". A lo mejor no lo gritó sino sólo lo pensó mientras se levantaba, pero su

ejemplo, o más bien dicho su pensamiento, alcanzó por telepatía la mente de los otros, sensibilizada por la inminencia de la muerte.

Lo cierto es que tres o cuatro se levantaron, luego veinte, cincuenta, cien. Se levantaron erguidos, como hipnotizados, como si al fin hubiesen recordado algo que habían memorizado hace muchos años, en la niñez, pero que luego olvidaron por un largo, largo tiempo.

Los que pudieron ponerse de pie, los que pudieron dar unos cuantos pasos, formaron una columna errática, dispersa y empezaron a marchar hacia la iglesia, hacia las bocas humeantes de las dos ametralladoras histéricas que los amenazaban desde los camiones, frente a la iglesia. La cabeza de la columna se encrespó, rompiéndose como una ola sobre la arena. Fueron cayendo, caminando, cayendo. Muchos, todos cayeron, culebrearon un rato y se quedaron quietos. Otros se levantaron a tomar su sitio como sonámbulos. Marcharon sobre cadáveres y heridos hacia los dos camiones.

—¡No! —sollozó Virgil—. ¡No! ¡No! —y se lanzó hacia la puerta. Lo alcancé mientras luchaba con la llave, pero con una fuerza demoníaca se liberó de mí.

—¡Virgil, no seas idiota! —le grité. Ya era tarde.

Fue como si él y yo hubiésemos también aprendido nuestros papeles cuando niños y sólo ahora los recordáramos.

Salió Virgil, ¿y yo?

Yo regresé a la ventana.

Un hombre y un niño de doce o trece años se levantaban. El niño miraba aterrorizado, pero obediente, a su padre.

—¡Quítese de ahí! —me gritó la vieja.

Virgil cruzó desde la cantina. Tomó al niño de la otra mano. Los tres empezaron a caminar hacia la iglesia. La vieja se puso junto a mí. Los seguí con los ojos hasta que cayeron.

Isabel:

Hoy le devolví su auto a Eduardo, recogí algunas de las cosas de Virgil (su Biblia, su estuche, algunos de sus sermones) y estuve toda la noche, sentado a su mesa, escribiéndote. ¿Por qué? Pa-

ra cerrar una cuenta pendiente quizá. para levantar una vela y escrutarle el rostro a la verdad; para decirte, en fin, que tenías razón.

Te quiero. Frank.

18

Con una pala le siguieron echando tierra, tierra negra del volcán.

Una ola de cuervos me abrazaba.

—Está en la gloria —decían—, tienes que ser valiente.

Se borró el rostro de mamá, el de Neto, el de mamita María, el de papá Manuel. Sigue cayendo la tierra, cubriéndola, cubriéndolos a todos.

La dejamos sola entre sus muertos. Frank se llevó con él un rostro distinto de mamá, uno que nunca adiviné.

Aquí, en este mismo patio, bajo la misma luz le descubrí, le descubrió otro rostro.